

NUMANCIA

Los que hablan en ella son los siguientes :

CIPIÓN.
JUGURTA.
GAYO MARIO.
QUINTO FABIO.
TEÓGENES.
SU MUJER y sus hijos.
CORABINO.
MILVIO.
MARQUINO, hechicero.
VIRIATO.
SERVIO.
ERMILIO.
MORANDO y LEONCIO, soldados numantinos.
LIRA.
SU HERMANO.
UN DEMONIO.
LA GUERRA.
LA ENFERMEDAD.
LA FAMA.
ESPAÑA.
EL RÍO DUERO.
UN CUERPO AMORTAJADO.

Soldados, embajadores, sacerdotes y ciudadanos, todos de Numancia.
Mujeres, madres numantinas y sus hijos.
Soldados romanos.

JORNADA PRIMERA

Salen CIPIÓN y JUGURTA

CIPIÓN. Esta difícil y pesada carga
Que el senado romano me ha encargado,
Tanto me aprieta, me fatiga y carga,
Que ya sale de quicio mi cuidado :
Guerra de curso tan extraño y larga,

Y que tantos romanos has costado,
 ¡ Quién no estará suspenso al acabarla,
 Ó quién no temerá de renovarla!

JUGURTA. ¿Quién, Cipión? Quien tiene la ventura
 Y el valor nunca visto, que en ti encierras,
 Pues con ella y con él está segura
 La victoria y el triunfo d'estas guerras.

CIPIÓN. El esfuerzo regido con cordura
 Allana al suelo las más altas sierras,
 Y la fuerza feroz de loca mano,
 Áspero vuelve lo que está más llano;
 Mas no hay que reprimir, á lo que veo,
 La furia del ejército presente,
 Que, olvidado de gloria y de trofeo,
 Yace embebido en la lascivia ardiente.
 Esto sólo pretendo, ésto deseo;
 Volver á nuevo trato á nuestra gente;
 Que enmendado primero el que es amigo,
 Sujetaré más presto al enemigo. —
 ¿Mario?

Sale GAYO MARIO

MARIO. ¿Señor?

CIPIÓN. Haz que á noticia venga
 De todo nuestro ejército, en un punto,
 Que sin que estorbo alguno le detenga,
 Parezca en este sitio todo junto,
 Porque una breve plática ó arenga
 Les quiero hacer.

MARIO. Harélo en este punto.

CIPIÓN. Camina, porque es bien que sepan todos
 Mis nuevas trazas y sus viejos modos.

Vase GAYO MARIO

JUGURTA. Séte decir, señor, que no hay soldado
 Que no te tema juntamente y te ame;
 Y porque ese valor tuyo extremado
 De Antártico á Calixto se derrame,
 Cada cual con feroz ánimo osado,
 Cuando la trompa á la ocasión le llame,
 Piensa de hacer en tu servicio cosas
 Que pasen las hazañas fabulosas.

CIPIÓN. Primero es menester que se refrene
 El vicio que entre todos se derrama;
 Que si éste no se quita, en nada tiene
 Con ellos que hacer la buena fama;
 Si este daño común no se previene,
 Y se deja arraigar su ardiente llama,
 El vicio solo puede hacernos guerra
 Más que los enemigos d'esta tierra.

Dentro se echa este bando, habiendo primero tocado á recoger el tambor.

Manda nuestro General
 Que se recojan, armados,
 Luego todos los soldados
 En la plaza principal,
 Y que ninguno no quede
 De parecer á esta vista,
 So pena que de la lista
 Al punto borrado quede.

JUGURTA. No dudo yo, señor, sino que importa
 Regir con duro freno la milicia,
 Y que se dé al soldado rienda corta
 Cuando él se precipita en la injusticia :
 La fuerza del ejército se acorta
 Cuando va sin arrimo de justicia,
 Aunque más le acompañen á montones
 Mil pintadas banderas y escuadrones.

Á este punto han de entrar los más soldados que pudieren, y GAYO MARIO, armados á la antigua, sin arcabuces, y CIPIÓN se sube sobre una peñuela que está en el tablado, y mirando á los soldados, dice :

CIPIÓN. En el fiero ademán, en los lozanos
 Marciales aderezos y vistosos,
 Bien os conozco, amigos, por romanos :
 Romanos, digo, fuertes y animosos;
 Mas en las blancas delicadas manos
 Y en las teces de rostros tan lustrosos
 Allá en Bretaña parecéis criados,
 Y de padres flamencos engendrados.
 El general descuido vuestro, amigos,
 El no mirar por lo que tanto os toca,
 Levanta los caídos enemigos,

Y vuestro esfuerzo y opinión apoca;
 D'esta ciudad los muros son testigos,
 Que aun hoy están cual bien fundada roca.
 De vuestras perezosas fuerzas vanas,
 Que sólo el nombre tienen de romanas.

¿Paréceos, hijos, que es gentil hazafia
 Que tiemble del romano nombre el mundo,
 Y que vosotros solos en España
 Le aniquiléis y echéis en el profundo?
 ¿Qué flojedad es ésta tan extraña?
 ¿Qué flojedad? Si mal yo no me fundo,
 Es flojedad nacida de pereza,
 Enemiga mortal de fortaleza.

La blanda Venus con el duro Marte
 Jamás hacen durable ayuntamiento :
 Ella regalos sigue, él sigue el arte
 Que incita á daños, y á furor sangriento.
 La cipria diosa estése agora aparte,
 Deje su hijo nuestro alojamiento;
 Que mal se aloja en las marciales tiendas
 Quien gusta de banquetes y meriendas.

¿Pensáis que solo atierra (1) la muralla
 El aríete de ferrada punta,
 Y que sólo atropella la batalla
 La multitud de gentes y armas junta?
 Si el esfuerzo y cordura no se halla,
 Que todo lo previene y lo barrunta,
 Poco aprovechan muchos escuadrones,
 Y menos infinitas municiones.

Si á militar concierto se reduce
 Cualquier pequeño ejército que sea,
 Veréis que como sol claro reluce
 Y alcanza las victorias que desea;
 Pero si á flojedad él se conduce,
 Aunque abreviado el mundo en él se vea,
 En un momento quedará deshecho
 Por más reglada mano y fuerte pecho.

Avergüénceos, varones esforzados,
 Ver que á nuestro pesar, con arrogancia
 Tan pocos españoles y encerrados

(1) Derriba.

Defiendan este nido de Numancia.
Diez y seis años son, y más, pasados,
Que mantienen la guerra, y la jactancia
De haber vencido con feroces manos
Millares de millares de romanos.

Vosotros os vencéis, que estáis vencidos
Del bajo antojo femenino liviano,
Con Venus y con Baco entretenidos,
Sin que á las armas extendáis la mano.
Córraos agora, si no estáis corridos,
De ver que este pequeño pueblo hispano
Contra el poder romano se defienda,
Y cuando más rendido, más ofenda.

De nuestro campo quiero en todo caso
Que salgan las infames meretrices,
Que de ser reducidos á este paso
Ellas solas han sido las raíces.
Para beber no quede más de un vaso,
Y los lechos un tiempo ya felices
Llenos de concubinas, se deshagan,
Y de fajina y en el suelo se hagan.

No me huela el soldado á otros olores
Que al olor de la pez y de resina,
Ni por gulosidad de los sabores
Traiga aparato alguno de cocina :
Que el que busca en la guerra estos primores,
Muy mal podrá sufrir la coracina :
No quiero otro primor ni otra fragancia
En tanto que español viva en Numancia.

No os parezca, varones, escabroso
Ni duro este mi justo mandamiento,
Que al fin conoceréis ser provechoso,
Cuando aquél consigáis de vuestro intento.
Bien sé se os ha de hacer dificultoso
Dar á vuestras costumbres nuevo asiento;
Mas si no las mudáis, estará firme
La guerra, que esta afrenta más confirme.

En blandas camas, entre juego y vino
Hállase mal el trabajoso Marte;
Otro aparejo busca, otro camino,
Otros brazos levantan su estandarte;
Cada cual se fabrica su destino;

No tiene aquí fortuna alguna parte;
 La pereza fortuna baja cría,
 La diligencia, imperio y monarquía.

Estoy con todo esto tan seguro
 De que al fin mostraréis que sois romanos,
 Que tengo en nada el defendido muro
 D'estos rebeldes bárbaros hispanos,
 Y así os prometo por mi diestra y juro
 Que si igualáis al ánimo las manos,
 Que las mías se alarguen en pagaros,
 Y mi lengua también en alabaros.

Míranse los soldados unos á otros, y hacen señas á uno de ellos,
 GAYO MARIO, que responda por todos, y así dice :

MARIO. Si con atentos ojos has mirado,
 Inclito general, en los semblantes
 Que á tus breves razones han mostrado
 Los que tienes ahora circunstantes,
 Cuál habréis visto sin color, turbado,
 Y cuál con ella; indicios bien bastantes
 De que el temor y la vergüenza á una
 Les aflige, molesta é importuna :

Vergüenza de mirarse reducidos
 Á términos tan bajos por su culpa,
 Que viendo ser por ti reprehendidos,
 No saben á su falta dar disculpa;
 Temor de tantos yerros cometidos,
 Y la torpe pereza que nos culpa,
 Los tiene de tal modo, que se holgaran
 Antes morir que en esto se hallaran.

Pero el lugar y tiempo que les queda,
 Para mostrar alguna recompensa,
 Es causa que con menos fuerza pueda
 Fatigar el rigor de tal ofensa;
 De hoy más con presta voluntad y leda
 El más mínimo de éstos cuida y piensa
 De ofrecer sin revés á tu servicio
 La hacienda, vida y honra en sacrificio.

Admite, pues, de sus intentos sanos
 El justo ofrecimiento, señor mío,
 Y considera al fin que son romanos,
 En quien nunca faltó del todo el brío. —

Vosotros, levantad las diestras manos
En señas que aprobáis el voto mío.

VAR. SOL. Todo lo que aquí has dicho confirmamos,
Y lo juramos todos.

TODOS. Sí, juramos.

CIPIÓN. Pues arrimada á tal ofrecimiento
Crecerá desde hoy más mi confianza,
Creciendo en vuestros pechos ardimiento,
Y del viejo vivir nueva mudanza;
Vuestras promesas no se lleve el viento;
Hacedlas verdaderas con la lanza;
Que las mías saldrán tan verdaderas,
Cuanto fuere el valor de vuestras veras.

UN SOL. Dos numantinos con seguro vienen
Á darte, Cipión, una embajada.

CIPIÓN. ¿Por qué no llegan ya? ¿En qué se detienen?

UN SOL. Esperan que licencia les sea dada.

CIPIÓN. Si son embajadores, ya la tienen.

UN SOL. Embajadores son.

CIPIÓN. Dales entrada :

Que aunque descubra cierto ó falso pecho
El enemigo, siempre es de provecho.

Jamás la falsedad vino cubierta
Tanto con la verdad, que no mostrase
Algún pequeño indicio, alguna puerta
Por donde su maldad se investigase;
Oír al enemigo es cosa cierta
Que siempre aprovechó, antes que dañase,
Y en las cosas de guerra la experiencia
Muestra que lo que digo es cierta ciencia.

Entran dos embajadores numantinos.

EMB. I.º Si nos das, buen señor, grata licencia
De decir la embajada que traemos,
Do estamos, ó ante sola tu presencia,
Todo á lo que venimos te diremos.

CIPIÓN. Decid; que á donde quiera doy audiencia.

EMB. I.º Pues con ese seguro que tenemos,
De tu real grandeza concedido,
Daré principio á lo que soy venido.

Numancia, de quien soy ciudadano,
Íncrito General, á ti me envía

Como el más fuerte Cipión romano,
 Que ha cubierto la noche, visto el día,
 Á pedirte, señor, la amiga mano
 En señal de que cesa la porfía
 Tan trabada y cruel de tantos años,
 Que ha causado sus propios y tus daños.

Dice que nunca de la ley y fueros
 Del romano senado se apartara,
 Si el insufrible mando y desafueros
 De un cónsul y otro no la fatigara;
 Ellos con duros estatutos fieros
 Y con su estrecha condición avara,
 Pusieron tan gran yugo á nuestros cuellos,
 Que forzados salimos d'él y d'ellos.

Y en todo el largo tiempo que ha durado
 Entre ambas partes la contienda, es cierto
 Que ningún general hemos hallado
 Con quien poder tratar de algún concierto.
 Empero agora, que ha querido el hado
 Reducir nuestra nave á tan buen puerto,
 Las velas de la guerra recogemos,
 Y á cualquiera partido nos ponemos.

Y no imagines que temor nos lleva
 Á pedirte las paces con instancia;
 Pues la larga existencia ha dado prueba
 Del poder valeroso de Numancia :
 Tu virtud y valor es quien nos ceba,
 Y nos declara que será ganancia
 Mayor de cuantas desear podremos
 Si por señor y amigo te tenemos.

Á esto ha sido la venida nuestra;
 Respóndenos, señor, lo que te place.

CIPIÓN. Tarde de arrepentiros dáis la muestra,
 Poco vuestra amistad me satisface;
 De nuevo ejercitad la fuerte diestra.
 Que quiero ver lo que la mía hace,
 Ya que ha puesto en ella la ventura
 La gloria mía, y vuestra desventura.

Á desvergüenza de tan largos años
 Es poca recompensa pedir paces;
 Seguid la guerra, renovad los daños,
 Salgan de nuevo las valientes haces.

EMB. 2.º La falsa confianza mil engaños
 Consigo trae. Advierte lo que haces,
 Señor, que esa arrogancia que nos muestras,
 Renovará el valor en nuestras diestras;
 Y pues niegas la paz, que con buen celo
 Te ha sido por nosotros demandada,
 De hoy más la causa nuestra con el cielo
 Quedará por mejor calificada;
 Y antes que pises de Numancia el suelo,
 Probarás dó se extiende la indignada
 Furia de aquel que siéndote enemigo,
 Quiere ser vasallo y fiel amigo.

CIPIÓN.ª ¿Tenéis más que decir?

EMB. 1.º No : mas tenemos

Que hacer, pues tú, señor, así lo quieres,
 Sin querer la amistad que te ofrecemos,
 Correspondiendo mal á ser quien eres.
 Pero entonces verás lo que podemos,
 Cuando nos muestres tú lo que pudieres;
 Que es una cosa razonar de paces,
 Y otra romper por las armadas haces.

CIPIÓN.ª Verdad dices; y así, para mostraros
 Si sé tratar en paz y obrar en guerra,
 No quiero por amigos aceptaros,
 Ni lo seré jamás de vuestra tierra;
 Y con esto, podéis luego tornaros.

EMB. 2.º ¿Que en esto tu querer, señor, se encierra?

CIPIÓN.ª Ya he dicho que sí.

EMB. 2.º Pues sús al hecho;

Que guerras ama el numantino pecho.

Sálense los embajadores, y QUINTO FABIO, hermano de CIPIÓN,
 dice :

FABIO.ª El descuido pasado nuestro ha sido
 El que os hace hablar de aquea suerte;
 Mas ya ha llegado el tiempo, ya es venido,
 Do veréis nuestra gloria y vuestra muerte.

CIPIÓN.ª El vano blasonar no es admitido
 De pecho valeroso, honrado y fuerte;
 Templa las amenazas, Fabio, y calla,
 Y tu valor descubre en la batalla.

Aunque yo pienso hacer que el numantino.

Nunca á las manos con nosotros venga,
 Buscando de vencerle tal camino
 Que más á mi provecho le convenga;
 Yo haré que baje el brío y pierda el tino,
 Y que en sí mismo su furor detenga.
 Pienso de un hondo foso rodeallos,
 Y por hambre insufrible sujetallos :

No quiero ya que sangre de romano
 Colore más el suelo desta tierra;
 Basta la que han vertido estos hispanos
 En tan larga, reñida y cruda guerra;
 Ejercitense agora vuestras manos
 En romper y cavar la dura tierra,
 Y cúbranse de polvo los amigos
 Que no lo están de sangre de enemigos :

No quede deste oficio reservado
 Ninguno que le tenga preminente;
 Trabaje el decurión como el soldado,
 Y no se muestre en esto diferente;
 Yo mismo tomaré el hierro pesado,
 Y romperé la tierra fácilmente;
 Haced todos cual yo, y veréis que hago
 Tal obra con que á todos satisfago.

FABIO. Valeroso señor y hermano mío,
 Bien nos muestras en esto tu cordura,
 Pues fuera conocido desvarío
 Y temeraria muestra de locura,
 Pelear contra el loco airado brío
 D'estos desesperados sin ventura;
 Mejor será encerrallos, como dices,
 Y quitarles al brío las raíces.

Bien puede la ciudad toda cercarse,
 Sino es la parte por do el río la baña.
 CIPIÓN. Vamos, y venga luego á efectüarse
 Esta mi nueva poco usada hazaña,
 Y si en nuestro favor quiere mostrarse
 El cielo, quedará sujeta España
 Al senado romano, solamente
 Con vencer la soberbia d'esta gente.

Sale una doncella coronada con unas torres, y trae un castillo en la mano, la cual significa ESPAÑA, y dice :

ESPAÑA. Alto, sereno, y espacioso cielo,
 Que con tus influencias enriqueces
 La parte que es mayor d'este mi suelo,
 Y sobre muchos otros le engrandesces :
 Muévate á compasión mi amargo duelo,
 Y pues al afligido favoreces,
 Favoréceme á mí en ansia tamaña,
 Que soy la sola desdichada España.

Bástete ya que un tiempo me tuviste
 Todos mis fuertes miembros abrasados,
 Y al sol por mi entrañas descubriste
 El reino oscuro de los condenados.
 Á mil tiranos, mil riquezas diste;
 Á fenicios y griegos entregados
 Mis reinos fueron, porque tú has querido,
 Ó porque mi maldad lo ha merecido.

¿Será posible que contino sea
 Esclava de naciones extranjeras,
 Y que un pequeño tiempo yo no vea
 De libertad, tendidas mis banderas?
 Con justísimo título se emplea
 En mí el rigor de tantas penas fieras,
 Pues mis famosos hijos y valientes
 Andan entre sí mesmos diferentes.

Jamás en su provecho concertaron
 Los divididos ánimos briosos,
 Antes entonces más los apartaron
 Cuando se vieron más menesterosos;
 Y así con sus discordias convidaron
 Los bárbaros de pechos codiciosos
 Á venir y entregarse en mis riquezas,
 Usando en mí y en ellos mil cruezas.

Sola Numancia es la que sola ha sido
 Quien la luciente espada sacó fuera,
 Y á costa de su sangre ha mantenido
 La amada libertad suya primera.
 Mas ¡ay! que veo el término cumplido
 Y llegada la hora postrimera,
 Do acabará su vida y no su fama,
 Cual Fénix, renovándose en la llama.

Estos tan muchos tímidos romanos,
 Que buscan de vencer cien mil caminos,

Rehuyen de venir más á las manos
 Con los pocos valientes numantinos.
 ¡ Oh, si saliesen sus intentos vanos,
 Y fuesen sus quimeras desatinos,
 Y esta pequeña tierra de Numancia,
 Sacase de su pérdida ganancia!

Mas ¡ ay! que el enemigo la ha cercado
 No sólo con las armas contrapuestas
 Al flaco muro suyo, mas ha obrado
 Con diligencia extraña y manos prestas.
 Que un foso por la margen trincheado
 Rodea la ciudad por llano y cuestras :
 Sola la parte por do el río se extiende,
 De este ardid nunca visto se defiende.

Así están encogidos y encerrados
 Los tristes numantinos en sus muros;
 Ni ellos pueden salir ni ser entrados,
 Y están de los asaltos bien seguros;
 Pero en solo mirar que están privados
 De ejercitar sus fuertes brazos duros,
 Con horrendos acentos y feroces
 La guerra piden ó la muerte á voces.

Y pues sola la parte por do corre
 Y toca á la ciudad el ancho Duero,
 Es aquella que ayuda y que socorre
 En algo al numantino prisionero,
 Antes que alguna máquina ó gran torre
 En sus aguas se funde, rogar quiero
 Al caudaloso conocido río,
 En lo que puede ayude al pueblo mío. —

Duero gentil, que con torcidas vueltas
 Humedeces gran parte de mi seno,
 Así en tus aguas siempre veas envueltas
 Arenas de oro, cual el Tajo ameno,
 Y así las ninfas fugitivas sueltas,
 De que está el verde prado y bosque lleno,
 Vengan humildes á tus aguas claras;
 Y en prestarte favor no sean avaras,

Que prestes á mis ásperos lamentos
 Atento oído, ó que á escucharlos vengas;
 Y aunque dejes un rato tus contentos,
 Suplícote que en nada te detengas.

Si tú, con tus continuos crecimientos,
D'estos fieros romanos no me vengas,
Cerrado veo y á cualquier camino
Á la salud del pueblo numantino.

Sale el RÍO DUERO con otros muchachos, vestidos de río como él,
que son tres riachuelos que entran en el DUERO.

DUERO. Madre y querida España, rato había
Que hirieron mis oídos tus querellas,
Y si en salir acá me detenía
Fué por no poder dar remedio á ellas.
El fatal, miserable, y triste día
Según el disponer de las estrellas,
Se llega de Numancia, y cierto temo
Que no hay dar medio á su dolor extremo.

Con Orvión, Minuesa y también Tera,
Cuyas aguas las mías acrecientan,
He llenado mi seno en tal manera,
Que los usados márgenes revientan;
Mas sin temor de mi veloz carrera,
Cual si fuera un arroyo, veo que intentan
De hacer lo que tú, España, nunca veas,
Sobre mis aguas, torres y trincheas.

Mas ya que el revolver del duro hado
Tenga el último fin estatuido
Deste tu pueblo numantino amado,
Pues á términos tales ha venido,
Un consuelo le queda en este estado :
Que no podrán las sombras del olvido
Escurecer el sol de sus hazañas,
En toda edad temidas por extrañas.

Y puesto que el feroz romano tiende
El paso agora por tu fértil suelo,
Y que te oprime aquí, y allí te ofende
Con arrogante y ambicioso celo,
Tiempo vendrá, según que así lo entiende
El saber que á Proteo ha dado el cielo,
Que esos romanos sean oprimidos
Por los que agora tienen abatidos.

De remotas naciones venir veo
Gentes que habitarán tu dulce seno
Después que, como quiere tu deseo,

Habrán á los romanos puesto freno :
 Godos serán, que con vistoso arreo,
 Dejando de su fama el mundo lleno,
 Vendrán á recogerse en tus entrañas,
 Dando de nuevo vida á sus hazañas.

Estas injurias vengará la mano
 Del fiero Atila en tiempos venideros,
 Poniendo al pueblo tan feroz romano
 Sujeto á obedecer todos sus fueros;
 Y portillos abriendo en Vaticano.
 Tus bravos hijos, y otros extranjeros,
 Harán que para huír vuelva la planta
 El gran piloto de la nave santa.

Y también vendrá tiempo en que se mire
 Estar blandiendo el español cuchillo
 Sobre el cuello romano, y que respire
 Sólo por la bondad de su caudillo.
 El grande Albano hará que se retire
 El español ejército, sencillo,
 No de valor, sino de poca gente,
 Que iguala al mayor número en valiente.

Y cuando fuere ya más conocido
 El propio Hacedor de tierra y cielo,
 Aquel que ha de quedar estatuido
 Por visorrey de Dios en todo el suelo
 Á tus reyes dará tal apellido,
 Cual viere que más cuadra con su celo :
Católicos serán llamados todos,
 Sucesión digna de los fuertes godos.

Pero el que más levantará la mano
 En honra tuya y general contento,
 Haciendo que el valor del nombre hispano
 Tenga entre todos el mejor asiento,
 Un rey será, de cuyo intento sano
 Grandes cosas me muestra el pensamiento :
 Será llamado, siendo suyo el mundo,
 El Segundo Filipo sin segundo.

Debajo d'este imperio tan dichoso
 Serán á una corona reducidos,
 Por bien universal y tu reposo,
 Tres reinos hasta entonces divididos :
 El girón Lusitano tan famoso,

Que un tiempo se cortó de los vestidos
De la ilustre Castilla, ha de zurcirse
De nuevo, y á su estado antiguo unirse.

¡Qué envidia y qué temor, España amada.
Te tendrán las naciones extranjeras,
En quien tú reñirás tu aguda espada
Y tenderás triunfando tus banderas!
Sírvate esto de alivio en la pesada
Ocasión por quien lloras tan de veras,
Pues no puede faltar lo que ordenado
Ya tiene de Numancia el duro hado.

ESPAÑA. Tus razones alivio han dado en parte,
Famoso Duero, á las pasiones mías,
Sólo porque imagino que no hay parte
De engaño alguno en estas profecías.

DUERO. Bien puedes deso, España, asegurarte,
Puesto que tarden tan dichosos días;
Y adiós, porque me esperan ya mis ninfas :

ESPAÑA. El cielo aumente tus sabrosas linfas.

JORNADA SEGUNDA

TEÓGENES y CORABINO, con otros cuatro numantinos, gobernadores
de Numancia, y MARQUINO, hechicero, y un CUERPO MUERTO,
que saldrá á su tiempo. Siéntanse á consejo.

TEÓG. Paréceme, varones esforzados,
Que en nuestros daños con rigor influyen
Los tristes signos y contrarios hados,
Pues nuestra fuerza y maña disminuyen.
Tiénnenos los romanos encerrados,
Y con cobardes mañas nos destruyen ;
Ni con matar muriendo no hay vengarnos,
Ni podemos sin alas escaparnos.

Y no sólo á vencernos se despiertan
Los que habemos vencido veces tantas,
Que también españoles se conciertan
Con ellos á segar nuestras gargantas.
Tan gran maldad los cielos no consientan;
Los rayos hieran las ligeras plantas

Que se mueven en daño del amigo,
Favoreciendo al pérfido enemigo.

Mirad si imagináis algún remedio
Para salir de tanta desventura,
Porque este largo y trabajoso asedio
Sólo promete presta sepultura :
El ancho foso nos estorba el medio
De probar con las armas la ventura,
Aunque á veces valientes, fuertes brazos,
Rompen mil contrapuestos embarazos.

CORAB.

¡ Á Júpiter pluguiera soberano
Que nuestra juventud sola se viera
Con todo el bravo ejército romano
Á donde el brazo rodear pudiera !
Que allí el valor de la española mano
La misma muerte poco estorbo fuera
Para dejar de abrir ancho camino
Á la salud del pueblo numantino.

Mas, pues en tales términos nos vemos,
Que estamos como damas encerrados,
Hagamos todo cuanto hacer podremos
Para mostrar los ánimos osados :
Á nuestros enemigos convidemos
Á singular batalla, que cansados
De este cerco tan largo, ser podría
Quisiesen acabarle por tal vía.

Y cuando este remedio no suceda
Á la justa medida del deseo,
Otro camino de intentar nos queda,
Aunque más trabajoso á lo que creo :
Este foso y muralla que nos veda
El paso al enemigo que allí veo,
En un tropel de noche le rompamos,
Y por ayuda á los amigos vamos.

NUM. 1.º

Ó sea por el foso ó por la muerte,
De abrir tenemos paso á nuestra vida ;
Que es dolor insufrible el de la muerte,
Si llega cuando más vive la vida.
Remedio á las miserias es la muerte,
Si se acrecientan ellas con la vida,
Y suele tanto más ser excelente
Cuanto se muere más honradamente.

NUM. 2.º ¿Con qué más honra pueden apartarse
De nuestros cuerpos estas almas nuestras,
Que en las romanas armas arrojarse,
Y en su daño mover las fuertes diestras?
En la ciudad podrá muy bien quedarse
Quien guste de cobarde dar las muestras;
Que yo mi gusto pongo en quedar muerto
En el cerrado foso ó campo abierto.

NUM. 3.º Esta insufrible hambre macilenta,
Que tanto nos persigue y nos rodea,
Hace que en vuestro parecer consienta,
Puesto que temerario y duro sea,
Muriendo, excusaremos tanta afrenta;
Mas quien morir de hambre no desea,
Arrójese conmigo al foso, y haga
Camino á su remedio con la daga.

NUM. 4.º Primero que vengáis al trance duro
D'esta resolución que habéis tomado,
Paréceme ser bien, que desde el muro
Nuestro fiero enemigo sea avisado,
Diciéndole que dé campo seguro
Á un numantino y otro su soldado,
Y que la muerte de uno sea sentencia
Que acabe nuestra antigua diferencia.

Son los romanos tan soberbia gente,
Que luego aceptarán este partido,
Y si lo aceptan, creo firmemente
Que nuestro amargo daño ha fenecido,
Pues está Corabino aquí presente,
Cuyo valor me tiene persuadido
Que él solo contra tres bravos romanos
Quitará la victoria de las manos.

También será acertado, que Marquino,
Pues es un agorero tan famoso,
Mire qué estrella, qué planeta ó sino
Nos amenaza muerte, ó fin honroso,
Y si puede hallar algún camino
Que nos pueda mostrar, si del dudoso
Cercro cruel do estamos oprimidos,
Saldremos vencedores ó vencidos.

También primero encargo que se haga
Á Júpiter solene sacrificio,

De quien podremos esperar la paga
 Harto mayor que nuestro beneficio;
 Cúrese luego la profunda llaga
 Del arraigado acostumbrado vicio;
 Quizá con esto mudará de intento
 El hado esquivo y nos dará contento.

Para morir jamás le falta tiempo
 Al que quiere morir desesperado;
 Siempre seremos á sazón y á tiempo
 Para mostrar, muriendo, el pecho osado;
 Mas porque no se pase en balde el tiempo,
 Mirad si os cuadra lo que aquí he ordenado,
 Y si no os pareciere, dad un modo
 Que mejor venga, y que convenga á todo.

MARQ. Esa razón que muestran tus razones,
 Es aprobada del intento mío;
 Háganse sacrificios y oblacones,
 Y póngase en efecto el desafío;
 Que yo no perderé las ocasiones
 De mostrar de mi ciencia el poderío;
 Yo sacaré del hondo centro oscuro
 Quien nos declare el bien ó el mal futuro.

TEÓG. Yo desde aquí me ofrezco, si os parece
 Que puede de mi esfuerzo algo fiarse,
 De salir á este duelo que se ofrece,
 Si por ventura viene á efectüarse.

CORAB. Más honra tu valor raro merece;
 Bien pueden de tu esfuerzo confiarse
 Más difíciles cosas y mayores,
 Por ser el que es mejor de los mejores;
 Y pues tú ocupas el lugar primero
 De la honra y valor por causa justa,
 Yo, que en todo me cuento por postrero,
 Quiero ser heraldo d'esta justa.

NUM. 1.º Pues yo con todo el pueblo me prefiero
 Hacer de lo que Júpiter más gusta,
 Que son los sacrificios y oraciones,
 Si van con enmendados corazones.

NUM. 2.º Vámonos, y con presta diligencia
 Hagamos cuanto aquí propuesto habemos
 Antes que la pestífera dolencia
 De la hambre nos ponga en los extremos.

NUM. 3.º Si tiene el cielo dada la sentencia
De que en este rigor fiero acabemos,
Revóquela, si acaso lo merece
La justa enmienda que Numancia ofrece.

Salen primero dos soldados numantinos MORANDRO
y LEONCIO.

- LEONCIO. Morandro, amigo, ¿á dó vas,
Ó hacia dó mueves el pie?
- MORAN. Si yo mismo no lo sé,
Tampoco tú lo sabrás.
- LEONCIO. ¿Cómo te saca de seso
Tu amoroso pensamiento?
- MORAN. Antes después que lo siento
Tengo más razón y peso.
- LEONCIO. Eso ya está averiguado
Que el que sirviere al amor,
Ha de ser, por su dolor,
Con razón muy más pesado.
- MORAN. De malicia ó de agudeza
No escapa lo que dijiste.
- LEONCIO. Tú mi agudeza entendiste,
Mas yo entiendo tu simpleza.
- MORAN. ¡Qué! ¿Soy simple en querer bien?
- LEONCIO. Sí, si el querer no se mide,
Como la razón lo pide,
Con cuándo, cómo, y á quién.
- MORAN. ¿Reglas quies poner á amor?
- LEONCIO. La razón puede ponellas.
- MORAN. Razonables serán ellas
Mas no de mucho primor.
- LEONCIO. En la amorosa porfía,
Á razón no hay conocella.
- MORAN. Amor no va contra ella,
Aunque de ella se desvía.
- LEONCIO. ¿No es ya contra la razón,
Siendo tú tan buen soldado,
Andar tan enamorado
En esta estrecha ocasión?
Al tiempo que del dios Marte
Has de pedir el furor,
¿Te entretienes con amor

Que mil blanduras reparte?

Ves la patria consumida
Y de enemigos cercada,
¿Y tu memoria turbada
Por amor, de ella se olvida?

MORAN.

En ira mi pecho se arde
Por verte hablar sin cordura :
¿Hizo el amor, por ventura,
Á ningún pecho cobarde?

¿Dejo yo la centinela
Por ir donde está mi dama,
Ó estoy durmiendo en la cama
Cuando mi capitán vela?

¿Hásme tú visto faltar
De lo que debo á mi oficio,
Por algún regalo ó vicio,
Ni menos por bien amar?

Y si nada me has hallado
De que deba dar disculpa,
¿Por qué me das tanta culpa
De que sea enamorado?

Y si de conversación
Me ves que ando siempre ajeno,
Mete la mano en tu seno,
Verás si tengo razón.

¿No sabes los muchos años
Que tras Lira ando perdido?

¿No sabes que era venido
El fin de mis tristes daños,

Porque su padre ordenaba
De dármele por mujer,
Y que Lira su querer
Con el mío concertaba?

También sabes que llegó
En tan dulce coyuntura
Esta fuerte guerra dura,
Por quien mi gloria cesó.

Dilatóse el casamiento
Hasta acabar esta guerra,
Porque no está nuestra tierra
Para fiestas y contento.

Mira cuán poca esperanza

Puedo tener de mi gloria,
Pues está nuestra victoria
Toda en la enemiga lanza.

De la hambre fatigados,
Sin medio de algún remedio,
Tal muralla y foso en medio,
Pocos, y esos encerrados. —

Pues, como veo llevar
Mis esperanzas del viento,
Ando triste y descontento
Así cual me ves andar.

LEONCIO. Sosiega, Morandro, el pecho;
Vuelve al brío que tenías;
Quizá por ocultas vías
Se ordena nuestro provecho;

Que Júpiter soberano
Nos descubrirá camino,
Por do el pueblo numantino
Quede libre del romano;

Y en dulce paz y sosiego
De tu esposa gozarás,
Y las llamas templarás
Desde tu amoroso fuego;

Que para tener propicio
Al gran Júpiter tonante,
Hoy Numancia en este instante,
Le quiere hacer sacrificio.

Ya el pueblo viene y se muestra
Con las víctimas é incienso.

¡ Oh, Júpiter, padre inmenso;
Mira la miseria nuestra !

Han de salir agora dos numantinos, vestidos como sacerdotes antiguos, y traen asido de los cuernos en medio de entrambos un carnero grande, coronado de oliva ó hiedra y otras flores, y un paje con una fuente de plata y una toalla al hombro; otro con un jarro de plata lleno de agua; otro con otro lleno de vino; otro con otro plato de plata con un poco de incienso; otro con fuego y leña; otro que ponga una mesa con un tapete, donde se ponga todo esto, y salgan en esta escena todos los que hubiere en la comedia en hábito de numantinos, y luego DOS SACERDOTES, y dejando uno el carnero de la mano, diga al SACERDOTE 1.º :

SAC. 1.º Señales ciertas de dolores ciertos
Se me han presentado en el camino,

Y los canos cabellos tengo yertos.

SAC. 2.º Si acaso yo no soy mal adevino,
Nunca con bien saldremos d'esta impresa.
¡Ay, desdichado pueblo numantino!

SAC. 1.º Hagamos nuestro oficio con la priesa
Que nos incitan los agüeros tristes.

SAC. 2.º Poned, amigos, hacia aquí esa mesa;
El vino, incienso y agua, que trujistes,
Ponedlo encima, y apartaos afuera,
Y arrepentíos de cuanto mal hicistes;
Que la oblación mejor y la primera
Que se debe ofrecer al alto cielo,
Es el alma limpia y voluntad sincera.

SAC. 1.º El fuego no le hagáis, vos, en el suelo;
Que aquí viene brasero para ello;
Que así lo pide el religioso celo.

SAC. 2.º Lavaos las manos y limpiaos el cuello.

SAC. 1.º Dad acá el agua; el fuego ¿no se enciende?

UNO. No hay quien pueda, señores, encendello.

SAC. 2.º ¡Oh, Júpiter! ¿Qué es esto que pretende
De hacer en nuestro daño el hado esquivo?
¿Cómo el fuego en la tea no se enciende?

UNO. Ya parece, señor, que está algo vivo.

SAC. 1.º Quitate afuera, ¡oh flaca llama oscura,
Qué dolor en mirarte así, recibo!

¿No miras cómo el humo se apresura

Á caminar al lado del Poniente,

Y la amarilla llama, mal sigura,

Sus puntas encamina hacia el Oriente?

Desdichada señal, señal notoria

Que nuestro mal y daño está presente.

SAC. 2.º Aunque lleven romanos la victoria
De nuestra muerte, en humo ha de tornarse
Y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.

SAC. 1.º Pues debe con el vino rociarse
El sacro fuego, dad acá ese vino,
Y el incienso también que ha de quemarse.

Rocían el fuego, y á la redonda, con el vino, y luego ponen el incienso
en el fuego y dice SACERDOTE 2.º :

SAC. 2.º Al bien del triste pueblo numantino
Endereza, ¡oh, gran Júpiter! la fuerza
Propicia, del contrario amargo sino.

SAC. 1.º Así como este ardiente fuego fuerza
 Á que en humo se vaya el sacro incienso,
 Así se haga al enemigo fuerza,
 Para que en humo eterno, Padre inmenso,
 Todo su bien, toda su gloria vaya,
 Así como tú puedes y yo pienso.

SAC. 2.º Tengan los cielos su poder á raya,
 Así como esta víctima tenemos,
 Y lo que ella ha de haber, él también haya.

SAC. 1.º Mal responde el agüero, mal podremos
 Ofrecer esperanza al pueblo triste.
 Para salir del mal que poseemos.

Hágase ruido debajo del tablado con un barril lleno de piedras,
 y dispárese un cohete volador.

SAC. 2.º ¿No oyes un ruido, amigo? ¿Ya no viste
 El rayo ardiente que pasó volando?
 Presagio verdadero d'esto fuiste.

SAC. 1.º Turbado estoy, de miedo estoy temblando.
 ¡ Oh, qué señales en el aire veo!
 ¡ Qué amargo fin nos van pronosticando!
 ¿No ves un escuadrón airado y teo
 De unas águilas fieras, que pelean
 Con otras aves en marcial rodeo?

SAC. 2.º Sólo su esfuerzo y su rigor emplean
 En encerrar las aves en un cabo,
 Y con astucia y arte las rodean.

SAC. 1.º Tal señal vitupero y no la alabo,
 Águilas imperiales vencedoras.
 Tú verás de Numancia presto el cabo.

SAC. 2.º Águilas, de gran mal anunciadoras,
 Partíos; que ya el agüero vuestro entiendo,
 Ya el efecto; contadas son las horas.

SAC. 1.º Con todo, el sacrificio hacer pretendo
 Desta inocente víctima, guardada
 Para aplacar el dios del rostro horrendo. —
 ¡ Oh gran Plutón, á quien por suerte dada
 Le fué la habitación del reino obscuro,
 Y el mando en la infernal triste morada!
 Así vivas en paz, cierto y seguro
 De que la hija de la sacra Ceres
 Corresponde á tu amor con amor puro,

Que en todo aquello que en provecho vieres
 Venir del pueblo triste que te invoca,
 Lo allegues, cual se espera de quien eres;
 Atapa la profunda escura boca
 Por do salen las tres fieras hermanas
 Á hacernos el daño que nos toca,
 Y sean de dañarnos tan livianas

(Quite algunos pelos al carnero y échelos al aire.)

Sus intenciones, que las lleve el viento;
 Y así como yo baño y ensangriento
 Este cuchillo en esta sangre pura,
 Con alma limpia y limpio pensamiento,
 Así la tierra de Numancia dura
 Se bañe con la sangre de romanos,
 Y aun les sirva también de sepultura.

Aquí ha de salir por los huecos del tablado UN DEMONIO hasta el medio cuerpo, y ha de arrebatar el carnero, y meterle dentro, y tornar luego á salir, y derramar y esparcir el fuego y todos los sacrificios.

Mas ¡quién me ha arrebatado de las manos
 La víctima! ¿Qué es ésto, dioses santos?
 ¿Qué prodigios son estos tan insanos?
 ¿No os han enternecido ya los llantos
 Deste pueblo lloroso y afligido,
 Ni la sagrada voz de nuestros cantos?

SAC. 2.^o Antes creo que se han endurecido,
 Cual se puede inferir de las señales
 Tan fieras como aquí han acontecido;
 Nuestros vivos remedios son mortales,
 Toda es nuestra pereza diligencia,
 Y los bienes ajenos nuestros males.

UNO DEL P. En fin, dado han los cielos la sentencia
 De nuestro fin amargo y miserable;
 No nos quiere valer ya su clemencia.

OTRO. Lloremos, pues, en son tan lamentable
 Nuestra desdicha, que en la edad postrera
 Dél y de nuestro esfuerzo siempre se hable.

Marquino haga la experiencia entera
 De todo su saber, y sepa cuanto
 Nos promete del mal la lastimera
 Suerte, que ha vuelto nuestra risa en llanto.

Éntranse todos, y quedan solos MORANDRO y LEONCIO,

- MORAN. Leoncio, ¿qué te parece?
 ¿Tendrán remedio mis males
 Con estas buenas señales
 Que aquí el cielo nos ofrece?
 ¿Tendrá fin mi desventura
 Cuando se acabe la guerra,
 Que será cuando la tierra
 Me sirva de sepultura?
- LEONCIO. Morandro, al que es buen soldado
 Agüeros no le dan pena,
 Que pone la suerte buena
 En el ánimo esforzado;
 Y esas vanas apariencias
 Nunca le turban el tino;
 Su brazo es su estrella y sino,
 Su valor sus influencias;
 Pero si quieres creer
 En este notorio engaño,
 Aun quedan, si no me engaño,
 Experiencias más que hacer,
 Que Marquino las hará
 Las mejores de su ciencia,
 Y el fin de nuestra dolencia
 Ser bueno ó malo sabrá.
 Paréceme que le veo;
 ¡ En qué extraño traje viene!
- MORAN. Quien con feos se entretiene,
 No es mucho que venga feo.
 ¿Será acertado seguirle?
- LEONCIO. Acertado me parece,
 Por si acaso se le ofrece
 Algo en que poder servirle.

Aquí sale MARQUINO con una ropa negra de bocací ancha, y una cabellera negra, y los pies descalzos, y en la cinta traerá, de modo que se le vean, tres redomillas llenas de agua : la una negra, la otra teñida con azafrán y la otra clara; y en la una mano una lanza barnizada de negro, y en la otra un libro; y viene MILVIO con él, y así como entran, se ponen á un lado LEONCIO y MORANDRO.

- MARQ. ¿Do dices, Milvio, que está el joven triste?
 MILVIO. En esta sepultura está enterrado.

MARQ. No yerres el lugar do le pusiste.

MILVIO. No, que con esta piedra señalado
Dejó el lugar adonde el mozo tierno
Fué con lágrimas tiernas sepultado.

MARQ. ¿De qué murió?

MILVIO. Murió de mal gobierno :
La flaca hambre le acabó la vida,
Peste cruel, salida del infierno.

MARQ. En fin, ¿qué dices, que ninguna herida
Le cortó el hilo del vital aliento,
Ni fué cáncer, ni llaga su homicida?

Esto te digo, porque hace al cuento
De mi saber, que esté este cuerpo entero,
Organizado todo y en su asiento.

MILVIO. Habrá tres horas que lo di el postrero
Reposo, y le entregué á la sepultura,
Y de hambre murió, como refiero.

MARQ. Está muy bien, y es buena coyuntura
La que me ofrecen los propicios sinos
Para invocar de la región obscura
Los feroces espíritus malinos;

Presta atentos oídos á mis versos,
Fiero Plutón, que en la región obscura
Entre ministros de ánimos perversos
Te cupo de reinar suerte y ventura;
Haz, aunque sean de tu gusto adversos,
Cumplidos mis deseos, y en la dura
Ocasión que te invoco no te tardes
Ni á ser más oprimido de mí guardes.

Quiero que al cuerpo que aquí está enterrado
Vuelvas el alma que le daba vida,
Aunque el fiero Carón del otro lado
La tenga en la ribera denegrida.
Y aunque en las tres gargantas del airado
Cerberero esté penada y escondida,
Salga, y torne á la luz del mundo nuestro,
Que luego tornará al obscuro vuestro;

Y pues ha de salir, salga informada
Del fin que ha de tener guerra tan cruda,
Y desto no me encubra ó calle nada,
Ni me deje confuso y con más duda;
La plática desta alma desdichada,

De toda ambigüidad libre y desnuda
 Tiene de ser; invíala; ¿qué esperas?
 ¿Esperas á que hable con más veras?
 ¿No revolvéis la piedra, desleales?
 Decid, ministros falsos : ¿qué os detiene?
 ¿Cómo? ¿No me habéis dado ya señales
 De que hacéis lo que digo y me conviene?
 ¿Buscáis, con deteneros, vuestros males,
 Ó gustáis de que yo al momento ordene
 De poner en efecto los conjuros
 Que ablandan vuestros fieros pechos duros?

Ea, pues, vil canalla, mentirosa,
 Aparejaos á duro sentimiento,
 Pues sabéis que mi voz es poderosa
 De doblaros la rabia y el tormento.
 Dime, traidor esposo de la esposa
 Que seis meses del año á su contento
 Está sin ti, haciéndote cornudo,
 ¿Porqué á mis peticiones estás mudo?
 Este hierro, bañado en agua clara,
 Que al suelo no tocó en el mes de Mayo,
 Herirá en esta piedra, y hará clara
 Y patente la fuerza deste ensayo.

Con el agua de la redoma clara baña el hierro de la lanza, y luego hiere en la tabla, y debajo, ó súeltense cohetes ó hágase el rumor con el barril de piedras.

Ya parece, canalla, que á la clara
 Dáis muestras de que os toma cruel desmayo.
 ¿Qué rumores son estos? Ea, malvados,
 Que al fin venís, aunque venís forzados.

Levantad esta piedra, fermentidos,
 Y descubridme el cuerpo que aquí yace.
 ¿Qué es esto? ¿qué tardáis? ¿á dó sois idos?
 ¿Cómo mi mando al punto no se hace?
 ¿No os curáis de amenazas, descreídos?
 Pues no esperéis que más os amenace;
 Esta agua negra del Estigio lago
 Dará á vuestra tardanza presto el pago.

Agua de la fatal negra laguna,
 Cogida en triste noche, obscura y negra,
 Por el poder que en ti junto se auna

Á quien otro poder ninguno quiebra,
Ni otra fuerza diabólica importuna,
Y á quien la primer forma de culebra
Tomó, conjuro, apremio, pido y mando
Que venga á obedecerme aquí volando.

Rocía con el agua la sepultura, y ábrese.

¡Oh, mal logrado mozo! Sal ya fuera,
Y vuelve á ver el sol claro y sereno;
Deja aquella región do no se espera
En ella un día sosegado y bueno;
Dame, pues puedes, relación entera
De lo que has visto en el profundo seno;
Digo, de aquello á que mandado eres,
Y más, si al caso toca, y tú pudieres.

Sale el CUERPO AMORTAJADO, con un rostro de máscara descolorido, como de muerto, y va saliendo poco á poco, y saliendo, déjase caer en el teatro sin mover pie ni mano hasta su tiempo.

¿Qué es ésto? ¿No respondes? ¿No revives?
¿Otra vez has gustado de la muerte?
Pues yo haré que con tu pena avives,
Y tengas el hablar á buena suerte;
Pues eres de los nuestros, no te esquives
De hablarme y responderme, mira, advierte
Que si callas, haré que con tu mengua
Sueltes la atada y encogida lengua. —

Rocía el cuerpo con el agua amarilla, y luego le azota con un azote.

Espíritus malinos, ¿no aprovecha?
Pues esperad, saldrá el agua encantada
Que hará mi voluntad tan satisfecha,
Cuanto es la vuestra pérfida y dañada;
Y aunque esta carne fuera polvos hecha,
Siendo con este azote castigada,
Cobrará nueva, aunque ligera vida,
Del áspero rigor suyo oprimida.

Menéase y estremécese el cuerpo á este punto

Alma rebelde, vuelve al aposento
Que pocas horas ha desocupaste.

EL CUER. Cese la furia del rigor violento
 Tuyo, Marquino, baste, triste, baste
 La que yo paso en la región obscura,
 Sin que tú crezcas más mi desventura.

Engañaste si piensas que recibo
 Contento de volver á esta penosa,
 Misera y corta vida que ahora vivo,
 Que ya me va faltando presurosa;
 Antes me causas un dolor esquivo,
 Pues otra vez la muerte rigurosa
 Triunfará de mi vida y de mi alma;
 Mi enemigo tendrá doblada palma.

El cual, con otros del obscuro bando,
 De los que son sujetos á guardarte,
 Está con rabia en torno aquí esperando
 Á que acabe, Marquino, de informarte
 Del lamentable fin, del mal nefando
 Que de Numancia puedo asegurarte;
 La cual acabará á las mismas manos
 De los que son á ella más cercanos.

No llevarán romanos la victoria
 De la fuerte Numancia, ni ella menos
 Tendrá del enemigo triunfo ó gloria,
 Amigos y enemigos, siendo buenos;
 No entiendas que de paz habrá memoria,
 Que rabia albergan sus contrarios senos,
 El amigo cuchillo el homicida
 De Numancia será, y será su vida,

Arrójase en la sepultura y dice :

Y quédate, Marquino; que los hados
 No me conceden más hablar contigo;
 Y aunque mis dichos tengas por trocados,
 Al fin saldrá verdad lo que te digo.

MARQ. ¡ Oh, tristes signos, signos desdichados!
 Si esto ha de suceder del pueblo amigo,
 Primero que mirar tal desventura,
 Mi vida acabe en esta sepultura.

Arrójase en la sepultura

MORAN. Mira, Leoncio; si ves
 Por do yo pueda decir

Que no me haya de salir
 Todo mi gusto al revés.

De toda nuestra ventura
 Cerrado está ya el camino;
 Si no, dígalo Marquino,
 El muerto y la sepultura.

LEONCIO. Que todas son ilusiones,
 Quimeras y fantasías,
 Agüeros y hechicerías,
 Diabólicas invenciones.

No muestres que tienes poca
 Ciencia en creer desconciertos;
 Que poco cuidan los muertos
 De lo que á los vivos toca.

MILVIO. Nunca Marquino hiciera
 Desatino tan estraño,
 Si nuestro futuro daño
 Como presente no viera;
 Avisemos este caso
 Al pueblo, que está mortal;
 Mas para dar nueva tal,
 ¿Quién podrá mover el paso?

JORNADA TERCERA

CIPIÓN, JUGURTA y GAYO MARIO

CIPIÓN. En forma estoy contento en mirar como
 Corresponde á mi gusto la ventura,
 Y esta libre nación soberbia domo
 Sin fuerzas, solamente con cordura.
 En viendo la ocasión, luego la tomo,
 Porque sé que si corre y se apresura,
 Y si se pasa en cosas de la guerra,
 El crédito consume y vida atierra.

Juzgábades á loco desvario
 Tener los enemigos encerrados,
 Y que era mengua del romano brio
 No vencerlos con modos más usados;

Bien sé que lo habrán dicho, mas yo fio
 Que los que fueren prácticos soldados
 Dirán que es de tener en mayor cuenta
 La victoria que menos es sangrienta.

¿Qué gloria puede haber más levantada
 En las cosas de guerra que aquí digo,
 Que sin quitar de su lugar la espada
 Vencer y sujetar al enemigo?
 Que cuando la victoria es granjeada
 Con la sangre vertida del amigo,
 El gusto mengua que causar pudiera
 La que sin sangre tal, ganada fuera.

Aquí ha de sonar una trompeta desde el muro de Numancia.

FABIO. Oye señor, que de Numancia suena
 El son de una trompeta, y me asiguro
 Que decirte algo desde allá se ordena,
 Pues el salir de acá lo estorba el muro.
 Corabino se ha puesto en una almena.
 Y una señal ha hecho de seguro :
 Lleguémonos más cerca.

CIPIÓN. Sea, lleguemos.

MARIO. No más : que desde aquí le entenderemos.

Pónese CORABINO encima de la muralla con bandera blanca puesta
 en una lanza.

CORAB. Romanos, ¡ah, romanos! ¿Puede acaso
 Ser de vosotros esta voz oída?

MARIO. Puesto que más la bajas, y hables paso,
 Cualquiera tu razón será entendida.

CORAB. Decid al general, que acerque el paso
 Al foso, porque viene dirigida
 Á él una embajada.

CIPIÓN. Dila presto,
 Que yo soy Cipión.

CORAB. Escucha el resto.

Dice Numancia, general prudente,
 Que consideres bien que há muchos años
 Que entre la nuestra y tu romana gente
 Duran los males de la guerra extraños,
 Y que por evitar que no se aumente
 La dura pestilencia destos daños,

Quiere, si tú quieres, acaballa,
Con una breve y singular batalla.

Un soldado se ofrece de los nuestros
Á combatir, cerrado en estacada,
Con cualquier esforzado de los vuestros,
Por acabar contienda tan pesada;
Y si los hados fueren tan siniestros,
Que el uno quede sin la vida amada,
Si fuere el nuestro, darse ha la tierra;
Si el tuyo fuere, acábase la guerra :

Y por seguridad déste concierto,
Daremos á tu gusto los rehenes.
Bien sé que en él vendrás, porque estás cierto
De los soldados que á tu cargo tienes,
Y sabes que el menos, en campo abierto
Hará sudar el pecho, el rostro y sienes
Al más aventajado de Numancia;
Así que está segura tu ganancia.

Respóndeme, señor, si estás en ello,
Porque á la ejecución se venga luego.

CIPIÓN. Donaire es lo que dices, risa, juego,
Y loco el que pensase de hacello.
Usad el medio del humilde ruego,
Si queréis que se escape vuestro cuello
De probar el rigor y filos diestros
Del romano cuchillo y brazos nuestros.

La fiera que en la jaula está encerrada
Por su selvaticuez y fuerza dura,
Si puede allí con maña ser domada
Y con el tiempo y medios de cordura,
Quien la dejase ir libre y desatada
Daría grandes muestras de locura.
Bestias sois, y por tales encerrados
Os tengo donde habéis de ser domados.

Mía será Numancia, á pesar vuestro,
Sin que me cueste un mínimo soldado,
Y el que tenéis vosotros por más diestro
Rompa por ese foso trincheado,
Y si en esto os parece que yo muestro
Un poco mi valor acobardado,
El viento lleve agora esta vergüenza,
Y vuélvale la fama cuando os venza.

Váanse CIPIÓN y los suyos.

CORAB. ¿No escuchas más cobarde? ¿Ya te escondes?

¿Enfádate la igual justa batalla?
Mal con tu nombradía correspondes,
Mal podrás d'este modo sustentalla.
En fin, como cobarde me respondes :
Cobardes sois, romanos, vil canalla,
En vuestra muchedumbre confiados,
Y no en los diestros brazos levantados.

Pérfidos, desleales, fementidos,
Cruelles, revoltosos y tiranos,
Ingratos, codiciosos, mal nacidos,
Pertinaces, feroces y villanos,
Adúlteros, infames, conocidos
Por de industrias, mas cobardes manos;
¿Qué gloria alcanzaréis en darnos muerte
Teniéndonos atados d'esta suerte?

En cerrado escuadrón, ó manga suelta
En la campaña rasa, do no pueda
Estorbar la mortal fiera revuelta
El ancho foso y muro que la veda,
Fuera bien que sin dar el pie la vuelta
Y sin tener jamás la espada queda
Ese ejército mucho bravo vuestro,
Se viera con el poco flaco nuestro.

Mas, como siempre estáis acostumbrados
Á vencer con ventajas y con mañas,
Estos conciertos, en valor fundados,
No los admiten bien vuestras marañas,
Liebres en pieles fieras disfrazados,
Load y engrandeced vuestras hazañas;
Que espero en el gran Júpiter de veros
Sujetos á Numancia y á sus fueros.

Bájase, y torna á salir luego con todos los numantinos que salieron en el principio de la segunda jornada, excepto MARQUINO que se arrojó en la sepultura, y sale también MORANDRO.

TEÓG. En términos nos tiene nuestra suerte,
Dulces amigos, que será ventura
Acabar nuestros daños con la muerte;
Por nuestro mal, por nuestra desventura,
Vistes del sacrificio el triste agüero,

Y á Marquino tragar la sepultura;
 El desafío no ha importado un cero;
 De intentar qué nos queda, no lo siento,
 Si no es acelerar el fin postrero.

Esta noche se muestre el ardimiento
 Del numantino acelerado pecho,
 Y póngase por obra nuestro intento :
 El enemigo muro sea deshecho;
 Salgamos á morir á la campaña,
 Y no, como cobardes, en estrecho.

Bien sé que sólo sirve esta hazaña
 De que á nuestro morir se mude el modo,
 Que con ella la muerte se acompaña.

CORAB. Con ese parecer yo me acomodo;
 Morir quiero rompiendo el fuerte muro,
 Y deshacelle por mi mano todo,
 Mas tiéneme una cosa mal seguro :
 Que si nuestras mujeres saben esto,
 De que no haremos nada os aseguro.

Quando otra vez tuvimos presupuesto
 De salir y dejallas, cada uno
 Fiado en su cabello y brazo diestro,
 Ellas, que el trato á ellas importuno
 Supieron, al momento nos robaron
 Los frenos, sin dejarnos sólo uno.

Entonces el salir nos estorbaron,
 Y así lo harán agora fácilmente,
 Si las lágrimas muestran que mostraron.

MORAN. Nuestro disinio á todas es patente,
 Todas lo saben; ya no queda alguna
 Que no se queja d'ello amargamente,
 Y dicen que en la buena ó ruín fortuna
 Quieren en vida y muerte acompañarnos,
 Aunque su compañía es importuna.

Aquí entran cuatro ó más mujeres de Numancia, y con ellas LIRA.
 Las mujeres traen unas figuras de niños en los brazos y otros de las
 manos, excepto LIRA, que no trae ninguno.

Veislas aquí do vienen á rogaros
 No las dejéis en tantos embarazos;
 Aunque seáis de acero, han de ablandaros.
 Los tiernos hijos vuestros en los brazos

Las tristes traen : ¡ no véis con qué señales
De amor les dan los últimos abrazos !

MUJER I.ª Dulces señores nuestros, si en los males
Hasta aquí de Numancia padecidos,
Que son menores los que son mortales,
Y en los bienes también que ya son idos,
Siempre mostramos ser mujeres vuestras
Y vosotros también nuestros maridos,
¿Por qué en las ocasiones tan siniestras
Que el cielo airado agora nos ofrece,
Nos dáis de aquel amor tan cortas muestras?

Hemos sabido, y claro se parece
Que en las romanas armas arrojaros
Queréis, pues su rigor menos empece,
Que no la hambre de que véis cercaros,
De cuyas flacas manos desabridas
Por imposible tengo el escaparos.

Peleando queréis dejar las vidas
Y dejarnos también desamparadas,
Á deshonras y muertes ofrecidas.

Nuestro cuello ofreced á las espadas
Vuestras primero, que es mejor partido
Que vernos de enemigos deshonradas.

Yo tengo en mi intención estatuido
Que si puedo, haré cuanto en mí fuere
Por morir do muriese mi marido,

Y esto mesmo hará la que quisiere
Mostrar que no los miedos de la muerte
Le estorban, de querer á quien bien quiere
En buena, ó mala, en dulce, ó amarga suerte.

OTRA. ¿Qué pensáis, varones claros?

¿Revolvéis aun todavía

En la triste fantasía

De dejarnos y ausentaros?

¿Queréis dejar por ventura

Á la romana arrogancia

Las vírgenes de Numancia

Para mayor desventura?

¿Y á los libres hijos nuestros

Queréis esclavos dejallos?

¿No será mejor ahogallos

Con los propios brazos vuestros?

¿Queréis hartar el deseo
De la romana codicia,
Y que triunfe su injusticia
De nuestro justo trofeo?
¿Serán por ajenas manos
Nuestras casas derribadas?
Y las bodas esperadas
¿Hánlas de gozar romanos?
En salir haréis error,
Que acarrea cien mil yerros,
Porque dejáis sin los perros
El ganado, y sin señor.

Si al foso queréis salir,
Llevadnos en tal salida,
Porque tendremos por vida
Á vuestros lados morir.

No apresuréis el camino
Al morir, porque su estambre
Cuidado tiene la hambre
De cercenarla contino.

OTRA.

Hijos de éstas tristes madres,
¿Qué es ésto? ¿Cómo no habláis
Y con lágrimas rogáis
Que no os dejen vuestros padres?

Baste que la hambre insana
Os acabe con dolor,
Sin esperar el rigor
De la aspereza romana.

Decildes que os engendraron
Libres, y libres nacistes,
Y que vuestras madres tristes
También libres os criaron.

Decildes que pues la suerte
Nuestra va tan de caída,
Que, como os dieron la vida,
Ansimismo os den la muerte; —

¡Oh, muros desta ciudad!
Si podéis hablar, decid,
Y mil veces repetid :

« ¡Numantinos, libertad! » —

Los templos, las casas nuestras,
Levantadas en concordia,

Os piden misericordia
 Hijos y mujeres vuestras.
 Ablandad, claros varones,
 Esos pechos diamantinos,
 Y mostrad, cual numantinos,
 Amorosos corazones;

Que no por romper el muro
 Remediáis un mal tamaño;
 Antes en ello está el daño
 Más propincuo y más seguro.

LIRA.

También las tiernas doncellas
 Ponen en vuestra defensa
 El remedio de su ofensa,
 Y el alivio á sus querellas;
 No dejéis tan ricos robos
 Á las codiciosas manos;
 Mirad que son los romanos
 Hambrientos y fieros lobos.

Desesperación notoria
 Es ésta que hacer queréis,
 Adonde sólo hallaréis
 Breve muerte y larga gloria.

Mas, ya que salga mejor
 Que yo pienso, esta hazaña,
 ¿Qué ciudad hay en España
 Que quiera daros favor?

Mi pobre ingenio os advierte
 Que si hacéis esta salida,
 Al enemigo dáis vida,
 Y á toda Numancia muerte.

De vuestro acuerdo gentil
 Los romanos burlarán;
 Porque, decidme, ¿qué harán
 Tres mil contra ochenta mil?

Aunque estuviesen abiertos
 Los muros y sin defensa,
 Seríades con ofensa
 Mal vengados y bien muertos.

Mejor es que la ventura
 Del daño que el cielo ordene
 Ó nos salve, ó nos condene.
 Dé la vida, ó sepultura.

TRÓG. Limpíad los ojos húmidos del llanto,
 Mujeres tiernas, y tené entendido
 Que vuestra angustia la sentimos tanto,
 Que responde al amor nuestro subido;
 Ora crezca el dolor, ora el quebranto,
 Sea por nuestro bien diminuído,
 Jamás en vida ó muerte os dejaremos,
 Antes en muerte y vida os serviremos.

Pensábamos salir al foso ciertos
 Antes de allí morir que de escaparnos,
 Pues fuera quedar vivos aunque muertos,
 Si muriendo pudiéramos vengarnos;
 Mas, pues nuestros disinios descubiertos
 Han sido, y es locura aventurarnos,
 Amados hijos y mujeres nuestras,
 Nuestras vidas serán de hoy más las vuestras.

Sólo se ha de mirar que el enemigo
 No alcance de nosotros triunfo y gloria;
 Antes ha de servir él de testigo
 Que apruebe y eternice nuestra historia;
 Y si todos venís en lo que digo,
 Mil siglos durará nuestra memoria,
 Y es, que no quede aquí en Numancia
 De do el contrario pueda haber ganancia.

En medio de la plaza se haga un fuego,
 En cuya ardiente llama licenciosa
 Nuestras riquezas todas se echen luego,
 Desde la pobre á la más rica cosa;
 Y esto podéis tener á dulce juego,
 Cuando os declare la intención honrosa
 Que se ha de efectuar, después que sea
 Abrasada cualquier rica presea.

Y para entretener por alguna hora
 La hambre, que ya roe nuestros huesos,
 Haréis descuartizar luego á la hora
 Esos tristes romanos que están presos,
 Y sin del chico al grande hacer mejora,
 Repártanse entre todos, que con esos
 Será nuestra comida celebrada
 Por extraña, cruel, necesitada.

Amigos, ¿qué os parece? ¿Estáis en esto?
 COR. Digo que á mí me tiene satisfecho,

Y que á la ejecución se venga presto
De tan extraño y tan honroso hecho.

TEÓG. Pues yo de mi intención os diré el resto.
Después que sea lo que digo hecho,
Vamos á ser ministros todos luego
De encender el ardiente y rico fuego.

MUJ. I.^a Nosotras desde aquí ya comenzamos
Á dar con voluntad nuestros arreos,
Y la vida á las vuestras entregamos,
Como se han entregado los deseos.

LIRA. Ea, pues, caminemos, vamos, vamos,
Y abrásense en un punto los trofeos
Que pudieran hacer ricas las manos,
Y aun hartar la codicia de romanós.

Vánse todos, y al salir MORANDRO, ase á LIRA
por el brazo y detiénela.

MORAN. No vayas tan de corrida,
Lira : déjame gozar
Del bien que me puede dar
En la muerte alegre vida :
Deja que miren mis ojos
Un rato tu hermosura,
Pues tanto mi desventura
Se entretiene en mis enojos.
¡ Oh, dulce Lira, que sueñas
Contino en mi fantasía
Con tan süave armonía
Que vuelve en gloria mis penas !
¿ Qué tienes? ¿ qué estás pensando
Gloria de mi pensamiento?

LIRA. Pienso cómo mi contento
Y el tuyo se va acabando,
Y no será su homicida
El cerco de nuestra tierra;
Que primero que la guerra,
Se me acabará la vida.

MORAN. ¿ Qué dices, bien de mi alma?

LIRA. Que me tiene tal la hambre,
Que de mi vital estambre
Llevará presto la palma.
¿ Qué tálamo has de esperar

De quien está en tal extremo,
Que te aseguro que temo
Antes de un hora expirar?

 Mi hermano ayer expiró
De la hambre fatigado,
Y mi madre ya ha acabado,
Que la hambre le acabó.

 Y si la hambre y su fuerza
No ha rendido mi salud,
Es porque la juventud
Contra su rigor se esfuerza;

 Pero, como ha tantos días
Que no le hago defensa,
No pueden contra su ofensa
Las débiles fuerzas mías.

MORAN.

 Enjuga, Lira, los ojos,
Deja que los tristes míos
Se vuelvan corrientes ríos,
Nacidos de tus enojos;

 Y aunque la hambre ofendida
Te tenga tan sin compás,
De hambre no morirás
Mientras yo tuviere vida.

 Yo me ofrezco de saltar
El foso y el muro fuerte,
Y entrar por la misma muerte
Para la tuya excusar.

 El pan que el romano toca
Sin que el temor me destruya,
Lo quitaré de la suya
Para ponerlo en tu boca.

 Con mi brazo haré carrera
Á tu vida y á mi muerte,
Porque más me mata el verte,
Señora, desa manera.

 Yo te traeré de comer
Á pesar de los romanos,
Si ya son estas mis manos
Las mismas que solían ser.

LIRA.

 Hablas como enamorado,
Morandro, pero no es justo
Que yo tome el gusto al gusto

Con tu peligro comprado.

Poco podrá sustentarme
Cualquier robo que harás,
Aunque más cierto hallarás
El perderte que ganarme.

Goza de tu mocedad
En fresca edad y crecida;
Que más importa tu vida
Que la mía, á la ciudad.

Tú podrás bien defendella
De la enemiga asechanza,
Que no la flaca pujanza
Desta tan triste doncella.

Ansí que, mi dulce amor,
Despide ese pensamiento;
Que yo no quiero sustento
Ganado con tu sudor.

Que aunque puedas alargar
Mi muerte por algún día,
Esta hambre que porfia,
En fin, nos ha de acabar.

MORAN.

En vano trabajas, Lira,
De impedirme este camino,
Do mi voluntad y sino
Allá me convida y tira.

Tú rogarás entre tanto
Á los dioses que me vuelvan
Con despojos que resuelvan
Tu miseria y mi quebranto.

LIRA.

Morandro, mi dulce amigo,
No vayas; que se me antoja
Que de tu sangre veo roja
La espada del enemigo.

No hagas esta jornada,
Morandro, bien de mi vida;
Que si es mala la salida,
Es muy peor la tornada.

Si quiero aplacar tu brío,
Por testigo pongo al cielo;
Que de mi daño recelo
Y no del provecho mío;

Mas si acaso, amado amigo,

Prosigues esta contienda,
Lleva este abrazo por prenda
De que me llevas contigo.

MORAN. Lira, el cielo te acompañe;

Vete, que á Leoncio veo.

LIRA. Y á ti te cumpla el deseo,

Y en ninguna parte dañe.

LEONCIO ha de estar escuchando todo lo que ha pasado entre su amigo MORANDRO y LIRA.

LEONCIO. Terrible ofrecimiento es el que has hecho,
Y en él, Morandro, se nos muestra claro
Que no hay cobarde enamorado pecho,
Aunque de tu virtud y valor raro
Debe más esperarse; mas yo temo
Que nuestro hado infeliz se muestre avaro.

He estado atento al miserable extremo
En que te ha dicho Lira que se halla,
Indigno, cierto, á su valor supremo;

Y que tú has prometido de librilla
Deste presente daño y arrojarte
En las armas romanas á batalla.

Yo quiero, buen amigo, acompañarte,
Y en empresa tan justa y tan forzosa
Con mis pequeñas fuerzas ayudarte.

MORAN. ¡ Oh mitad de mi alma ! ¡ oh venturosa
Amistad, no en trabajos dividida,

Ni en la ocasión más próspera y dichosa !

Goza, Leoncio, de la dulce vida,
Quédate en la ciudad; que yo no quiero
Ser de tus verdes años homicida :

Yo solo tengo de ir, yo solo espero
Volver con los despojos merecidos
Á mi inviolable fe y amor sincero.

LEONCIO. Pues ya tienes, Morandro, conocidos
Mis deseos, que en buena ó mala suerte
Al sabor de los tuyos van medidos.

Sabrás que no los miedos de la muerte
De ti me apartarán un solo punto,
Ni otra cosa, si la hay, que sea más fuerte.

Contigo tengo de ir, contigo junto
He de volver, si ya el cielo no ordena

Que quede en tu defensa allá difunto.

MORAN. ¡Quédate, amigo!, queda en hora buena,
Porque si yo acabare aquí la vida
En esta empresa de peligro llena,
Tú puedas á mi madre dolorida
Consolar en el trance riguroso,
Y á la esposa de mí tanto querida.

LEONCIO. Cierto que estás, amigo, muy donoso
En pensar que, tú muerto, quedaría
Yo con tal quietud y tal reposo,
Que de consuelo alguno serviría
Á la doliente madre y triste esposa :
Pues en la tuya está la muerte mía,
Seguirte tengo en la ocasión dudosa;
Mira cómo ha de ser, Morandro amigo,
Y en el quedarme no me hables cosa.

MORAN. Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,
En el silencio de la noche oscura
Tenemos de asaltar al enemigo.
Lleva ligeras armas; que ventura
Es la que ha de ayudar al alto intento,
Que no la malla entretejida y dura;
Lleva ansimismo puesto el pensamiento
En robar y traer á buen recado
Lo que pudieres más de bastimento.

LEONCIO. Vamos, que no saldré de tu mandado.

DOS NUMANTINOS.

NUM. 1.º Derrama, ¡oh, dulce hermano!, por los ojos
El alma, en llanto amargo convertida;
Venga la muerte y lleve los despojos
De nuestra miserable y triste vida.

NUM. 2.º Bien poco durarán estos enojos;
Que ya la muerte viene apercebida
Para llevar en presto y breve vuelo
Á cuantos pisan de Numancia el suelo.

Principios veo que prometen presto
Amargo fin á nuestra dulce tierra,
Sin que tengan cuidado de hacer esto
Los contrarios ministros de la guerra :
Nosotros mismos, á quien ya es molesto
Y enfadoso el vivir que nos atierra,

Hemos dado sentencia irrevocable
De nuestra muerte, aunque cruel, loable.

En la plaza mayor ya levantada
Queda una ardiente cudiciosa hoguera,
Que de nuestras riquezas ministrada,
Sus llamas sube hasta la cuarta esfera.
Allí con triste priesa acelerada
Y con mortal y tímida carrera
Acuden todos, como á santa ofrenda,
Á sustentar sus llamas con su hacienda.

Allí la perla del rosado Oriente,
Y el oro en mil vasijas fabricado,
Y el diamante y rubí más excelente,
Y la extremada púrpura y brocado
En medio del rigor fogoso ardiente
De la encendida llama es arrojado :
Despojos do pudieran los romanos
Henchir los senos y ocupar las manos.

Aquí salen algunos cargados de ropa, y entran por una puerta y salen por otra.

Vuelve al triste espectáculo la vista;
Verás con cuánta priesa y cuánta gana
Toda Numancia en numerosa lista
Aguija á sustentar la llama insana;
Y no con verde leño y seca arista,
No con materia al consumir liviana,
Sino con sus haciendas mal gozadas,
Pues se ganaron para ser quemadas.

NUM. I.º Si con esto acabara nuestro daño,
Pudiéramos llevallo con paciencia;
Mas ¡ ay !, que se ha de dar, si no me engaño
De que muramos todos, cruel sentencia.
Primero que el vigor bárbaro extraño
Muestre en nuestras gargantas su inclemencia,
Verdugos de nosotros nuestras manos
Serán, y no los pérfidos romanos.

Han acordado que no quede alguna
Mujer, niño ni viejo con la vida,
Pues al fin la cruel hambre importuna
Con más fiero rigor es su homicida.
Mas ves allí do așoma, hermano, una

Que como sabes, fué de mí querida
Un tiempo, con extremo tal de amores,
Cual es el que ella tiene de dolores.

Sale una mujer con una criatura en los brazos, y otra de la mano.

- MADRE. ¡ Oh, duro vivir molesto!
¡ Terrible y triste agonía!
- HIJO. Madre ¿por ventura habría
Quién nos diese pan por esto?
- MADRE. ¡ Pan, hijo!, ni aun otra cosa
Que semeje de comer.
- HIJO. Pues ¿tengo de perecer
De dura hambre rabiosa?
Con poco pan que me déis,
Madre, no os pediré más.
- MADRE. Hijo, ¡ qué penas me das!
- HIJO. Pues ¡ qué, madre! ¿no queréis?
- MADRE. Sí quiero; mas ¿qué haré
Que no sé donde buscallo?
- HIJO. Bien podéis, madre, comprallo;
Si no, yo lo compraré;
Mas, por quitarme de afán,
Si alguno conmigo topa,
Le daré toda esta ropa
Por un mendrugo de pan.
- MADRE. ¡ Qué mamas, triste criatura!
¿No sientes que á mi despecho,
Sacas ya del flaco pecho
Por leche, la sangre pura?
Lleva la carne á pedazos,
Y procura de hartarte;
Que no pueden más llevarte
Mis flojos, cansados brazos.
Hijos del ánima mía,
¿Con qué os podré sustentar,
Si apenas tengo qué os dar
De la propia carne mía?
¡ Oh hambre terrible y fuerte!
¡ Cómo me acabas la vida!
¡ Oh guerra, sólo venida
Para causarme la muerte!
- HIJO. Madre mía, que me fino;

Aguijemos á do vamos,
Que parece que alargamos
La hambre con el camino.

MADRE. Hijo, cerca está la casa
Adonde echaremos luego
En mitad del vivo fuego
El peso que te embaraza.

(Éntranse.)

JORNADA CUARTA

Tócase á la arma con gran priesa, y á este rumor salen
CIPIÓN con JUGURTA y GAYO MARIO.

CIPIÓN. ¿Qué es ésto, capitanes? ¿Quién nos toca?
¿Al arma en tal sazón? ¿Es por ventura
Alguna gente desmandada y loca,
Que viene á procurar su sepultura?
Ó no sea algún motín el que provoca
Tocar al arma en recia coyuntura :
Que tan seguro estoy del enemigo,
Que tengo más temor al que es amigo.

Sale QUINTO FABIO con la espada desnuda, y dice :

FABIO. Sosiega el pecho, General prudente,
Que ya desta arma la ocasión se sabe,
Puesto que ha sido á costa de tu gente,
De aquella en quien más brío ó fuerza cabe.
Dos numantinos con soberbia fuerte,
Cuyo valor será razón se alabe,
Saltando el ancho foso y la muralla,
Han movido á tu campo cruel batalla.
Á las primeras guardias invistieron,
Y en medio de mil lanzas se arrojaron,
Y con tal furia y rabia arremetieron,
Que libre paso al campo les dejaron;
Las tiendas de Fabricio acometieron.
Allí su fuerza y su valor mostraron
De modo, que en un punto seis soldados

Fueron de agudas puntas traspasados.

No con tanta presteza el rayo ardiente
Pasa, rompiendo el aire en presto vuelo,
Ni tanto la cometa reluciente
Se muestra ir presurosa por el cielo,
Como estos dos por medio de tu gente
Pasaron, colorando el duro suelo
Con la sangre romana que sacaban
Sus espadas do quiera que llegaban.

Queda Fabricio traspasado el pecho,
Abierta la cabeza tiene Horacio,
Olmida ya perdió el brazo derecho,
Y de vivir le queda poco espacio.
Fuéle así mismo poco de provecho
La ligereza al valeroso Estacio,
Pues el correr al numantino fuerte
Fué abreviar el camino de su muerte.

Con presta ligereza discurriendo
Iban de tienda en tienda, hasta que hallaron
Un poco de bizcocho, el cual cogieron;
El paso, y no el furor, atrás tornaron;
El uno dellos se escapó huyendo,
Al otro mil espadas le acabaron,
Por donde infiero que la hambre ha sido
Quien les dió atrevimiento tan subido.

CIPIÓN.

Si estando deshambrios y encerrados
Muestran tan demasiado atrevimiento,
¿Qué hicieran siendo libres, y enterados
En sus fuerzas primeras y ardimiento?
Indómitos, al fin seréis domados,
Porque contra el furor vuestro violento
Se tiene de poner la industria nuestra,
Que de domar soberbios es maestra.

Éntrase CIPIÓN y los suyos, y luego tócase al arma en la ciudad, y al rumor sale MORANDRO herido y lleno de sangre, con una cestilla blanca en el brazo izquierdo con algún poco de bizcocho ensangrentado, y dice :

MORAN.

¿No vienes, Leoncio? di;
¿Qué es esto, mi dulce amigo?
Si tú no vienes conmigo,
¿Cómo _vengo_ yo sin ti?

Amigo, ¿qué? ¿te has quedado?
 Amigo, ¿qué? ¿te quedaste?
 No eres tú el que me dejaste,
 Sino yo el que te ha dejado.

¡Que es posible que ya dan
 Tus carnes despedazadas
 Señales averiguadas
 De lo que cuesta este pan!

Y ¿es posible que la herida
 Que á ti te dejó difunto
 En aqueste instante y punto
 No me quitó á mí la vida?

No quiso el hado cruel
 Acabarme en paso tal,
 Por hacerme á mí más mal,
 Y hacerte á ti más bien.

Tú, en fin, llevarás la palma
 De más verdadero amigo,
 Yo á disculparme contigo
 Enviaré bien presto el alma;

Y tan presto, que el afán
 Á morir me llama y tira,
 En dando á mi dulce Lira
 Este tan amargo pan :

Pan ganado de enemigos;
 Pero no ha sido ganado,
 Sino con sangre comprado
 De dos sin ventura amigos.

Sale LIRA con alguna ropa, como que la lleva á quemar, y dice :

LIRA. ¿Qué es esto que ven mis ojos?

MORAN. Lo que presto no verán,
 Según la priesa se dan
 De acabarme mis enojos.

Ves aquí, Lira, cumplida
 Mi palabra y mis porfías
 De que tú no morirías
 Mientras yo tuviese vida.

Y aun podré mejor decir
 Que presto vendrás á ver
 Que á ti sobraré el comer,
 Y á mí faltará el vivir,

LIRA. ¿Qué dices, Morandro amado?

MORAN. Lira, que acortes la hambre,
Entre tanto que la estambre
De mi vida corta el hado.

Pero mi sangre vertida,
Y con este pan mezclada,
Te ha de dar, mi dulce amada,
Triste y amarga comida.

Ves aquí el pan que guardaban
Ochenta mil enemigos,
Que cuesta de dos amigos
Las vidas que más amaban.

Y porque lo entiendas cierto
Y cuánto tu amor merezco,
Ya yo, señora, perezco,
Y Leoncio ya está muerto.

Mi voluntad sana y justa
Recíbela con amor,
Que es la comida mejor
Y de que el alma más gusta.

Y pues en tormenta y calma
Siempre has sido mi señora,
Recibe este cuerpo agora
Como recibiste el alma.

Cáese muerto y cógele en las faldas LIRA.

LIRA. Morandro, dulce bien mío,
¿Qué sentís, ó que tenéis?
¿Cómo tan presto perdéis
Vuestro acostumbrado brío?

Mas ¡ay triste sin ventura
Que ya está muerto mi esposo!
¡Oh, caso el más lastimoso
Que se vió en la desventura!

¿Quién os hizo, dulce amado,
Con amor tan excelente,
Enamorado valiente
Y soldado desdichado?

Hicistes una salida,
Esposo mío, de suerte,
Que por excusar mi muerte
Me habéis quitado la vida.

¡ Oh pan, de la sangre lleno
 Que por mí se derramó!
 No te tengo en cuenta yo
 De pan, sino de veneno.
 No te llegaré á mi boca
 Por poderme sustentar,
 Si ya no es para besar
 Esta sangre que te toca.

Á este punto ha de entrar un muchacho hablando desmayadamente,
 el cual es HERMANO de LIRA.

HERM. Lira, hermana, ya expiró
 Mi padre, y mi madre está
 En términos que ya, ya
 Morirá, cual muero yo.
 La hambre los ha acabado.
 Hermana mía, ¿pan tienes?
 ¡ Oh, pan, y cuán tarde vienes,
 Que ya no hay pasar bocado!
 Tiene la hambre apretada
 Mi garganta en tal manera,
 Que aunque este pan agua fuera,
 No pudiera pasar nada.
 Tómalo, hermana querida,
 Que por más crecer mi afán,
 Veo que me sobra el pan
 Cuando me falta la vida.

(Cáese muerto.)

LIRA. ¿Expiraste, hermano amado?
 Ni aliento ni vida tiene :
 ¡ Bien es el mal cuando viene
 Sin venir acompañado!
 Fortuna ¿por qué me aquejas
 Con un daño y otro junto,
 Y por qué en un solo punto
 Huérfana y viuda me dejas?
 ¡ Oh, duro escuadrón romano!
 ¡ Cómo me tiene tu espada
 De dos muertos rodeada,
 Uno esposo y otro hermano!
 ¿Á cuál volveré la cara

En este trance importuno,
Si en la vida cada uno
Fué prenda del alma cara?

¡ Dulce esposo, hermano tierno,
Yo os igualaré en quereros,
Porque pienso presto veros
En el cielo ó el infierno.

En el modo de morir
Á entrambos he de imitar,
Porque el hierro ha de acabar
Y la hambre mi vivir.

Primero daré á mi pecho
Una daga que este pan;
Que á quien vive con afán,
Es la muerte de provecho.

¿Qué aguardo? cobarde estoy.
Brazo, ¿ya os habéis turbado?
¡ Dulce esposo, hermano amado,
Esperadme, que ya voy!

Á este punto sale una MUJER huyendo, y tras ella un SOLDADO NUMANTINO con una daga en la mano para matarla.

MUJER. Eterno padre, Júpiter piadoso,
Favorecedme en tan adversa suerte.

SOLD. Aunque más lleves vuelo presuroso
Mi dura mano te ha de dar la muerte.

Éntrase la MUJER.

LIRA. El hierro agudo, el brazo belicoso,
Contra mí, buen soldado, le convierte;
Deja vivir á quien la vida agrada,
Y quitame la mía, que me enfada.

SOLD. Puesto que es el decreto del Senado
Que ninguna mujer quede con vida,
¿Cuál será el bravo pecho acelerado
Que en ese hermoso vuestro dé herida?
Yo, señora, no soy tan mal mirado
Que me aprecie de ser vuestro homicida;
Otra mano, otro hierro ha de acabaros;
Que yo sólo nací para adoraros.

LIRA. Esa piedad que quies usar conmigo,
Valeroso soldado, yo te juro,

Y al alto cielo pongo por testigo,
 Que yo la estimo por rigor muy duro;
 Tuviérate yo entonces por amigo,
 Cuando con pecho y ánimo seguro
 Este mío afligido traspasaras,
 Y de la amarga vida me privaras.

Pero, pues quies mostrarte piadoso
 Tan en daño, señor, de mi contento,
 Muéstralo agora en que á mi triste esposo
 Demos el funeral, último asiento;
 También á este mi hermano, que en reposo
 Yace, ya libre del vital aliento,
 Mi esposo feneció por darme vida;
 De mi hermano la hambre fué homicida.

SOLD. Hacer lo que me mandas está llano,
 Con condición que en el camino cuentes,
 Quién á tu amado esposo y caro hermano
 Trujo á los postrimeros accidentes.

LIRA. Amigo, ya el hablar no está en mi mano.

SOLD. Qué ¿tan al cabo estás? Qué, ¿tal te sientes?
 Lleva á tu hermano, pues que es menor carga,
 Y yo á tu esposo, que más pesa y carga.

Sálense llevando los dos cuerpos.

Sale una mujer, armada con un escudo en el brazo izquierdo, y una lancilla en la mano que significa LA GUERRA, trae consigo á LA ENFERMEDAD, arrimada á una muleta, y rodeada de paños la cabeza, con una máscara amarilla, y LA HAMBRE saldrá vestida con una ropa de bocací amarillo, y una máscara amarilla ó descolorida: pueden estas figuras hacellas hombres, pues llevan máscaras.

GUERRA. Hambre y Enfermedad, ejecutoras
 De mis terribles mandos y severos,
 De vidas y salud consumidoras,
 Con quien no vale ruego, mando, ó fueros,
 Pues ya de mi intención sois sabidoras,
 No hay para qué de nuevo encareceros
 De cuánto gusto me será y contento,
 Que luego, luego, hagáis mi mandamiento.

La fuerza incontrastable de los hados,
 Cuyos efectos nunca salen vanos,
 Me fuerza á que de mí sean ayudados
 Estos sagaces milites romanos;
 Ellos serán un tiempo levantados,

Y abatidos también estos hispanos;
 Pero tiempo vendrá en que yo me mude,
 Y dañe al alto, y al pequeño ayude;

Que yo que soy la poderosa Guerra,
 De tantas madres detestada en vano,
 Aunque quien me maldice á veces yerra,
 Pues no sabe el valor desta mi mano,
 Sé bien que en todo el orbe de la tierra
 Seré llevada del valor hispano,
 En la dulce sazón que estén reinando
 Un Carlos, un Filipo y un Fernando.

ENFER. Si ya la Hambre, nuestra amiga fida,
 No tuviera tomado con instancia
 Á su cargo, de ser fiera homicida
 De todos cuantos viven en Numancia,
 Fuera de mí tu voluntad cumplida,
 De modo que se viera la ganancia
 Fácil y rica que el romano hubiera,
 Harto mejor de aquella que se espera.

Mas ella, en cuanto su poder alcanza,
 Ya tiene tal al pueblo numantino,
 Que de esperar alguna buena andanza
 Le ha tomado las sendas y el camino;
 Mas del furor la rigurosa lanza
 Y la influencia del contrario sino
 Le trata con tan áspera violencia,
 Que no es menester hambre ni dolencia.

El Furor y la Rabia, tus secuaces,
 Han tomado en sus pechos tal asiento,
 Que cual si fuese de romanas haces,
 Cada cual de su sangre está sediento.
 Muertes, incendios, iras son sus paces;
 En el morir han puesto su contento,
 Y por quitar el triunfo á los romanos,
 Ellos mismos se matan con sus manos.

HAMBRE. Volved los ojos, y veréis ardiendo
 De la ciudad los encumbrados techos;
 Escuchad los suspiros que saliendo
 Van de mil tristes lastimados pechos;
 Oíd la voz y lamentable estruendo
 De bellas damas, á quien ya deshechos
 Los tiernos miembros en ceniza y fuego,

No valen padre, amigo, amor ni ruego.

Cual suelen las ovejas descuidadas,
Siendo del fiero lobo acometidas,
Andar aquí y allí descarriadas,
Con temor de perder las simples vidas;
Tal niños y mujeres delicadas,
Huyendo las espadas homicidas
Andan de calle en calle, ¡oh, hado insano!
Su cierta muerte dilatando en vano.

Al pecho de la amada nueva esposa
Traspasa del esposo el hierro agudo;
Contra la madre, ¡oh, nunca vista cosa!
Se muestra el hijo de piedad desnudo,
Y contra el hijo el padre, con rabiosa
Clemencia, levantando el brazo duro,
Rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
Quedando satisfecho y lastimado.

No hay plaza, no hay rincón, no hay calle ó casa:
Que de sangre y de muertos no esté llena;
El hierro mata, el duro fuego abrasa,
Y el rigor ferocísimo condena :
Presto veréis, que por el suelo rasa
Está la más subida y alta almena,
Y las casas y templos más crecidos
En polvo y en ceniza convertidos.

Venid, veréis que en los amados cuellos
De tiernos hijos y mujer querida,
Teógenes afila y prueba en ellos
De su espada el cruel corte homicida,
Y cómo ya después de muertos ellos,
Estima en poco la cansada vida,
Buscando de morir un modo extraño
Que causó, como el suyo, más de un daño.

GUERRA. Vamos, pues, y ninguno se descuide
De ejecutar por eso aquí su fuerza,
Y á lo que diga sólo atienda y cuide,
Sin que de mi intención un punto tuerza.

(Vanse.)

Sale TEÓGENES con dos HIJOS pequeños y una hij
y su MUJER.

TEÓG. Cuando el paterno amor no me detiene
De ejecutar la furia de mi intento,
Considerad, mis hijos, cuál me tiene
El celo de mi honroso pensamiento.
Terrible es el dolor que se previene
Con acabar la vida en fin violento,
Y más el mío, pues al hado plugo
Que yo sea de vosotros cruel verdugo.

No quedaréis, ¡oh, hijos de mi alma!,
Esclavos, ni el romano poderío
Llevará de vosotros triunfo ó palma,
Por más que á sujetarnos alce el brío;
El camino más llano que la palma
De nuestra libertad el cielo pío
Nos ofrece, nos muestra y nos advierte,
Que sólo está en las manos de la muerte.

Ni vos, dulce consorte amada mía,
Os veréis en peligro que romanos
Pongan en vuestro pecho y gallardía
Los vanos ojos y las torpes manos.
Mi espada os sacará desta agonía,
Y hará que sus intentos salgan vanos,
Pues por más que condicia les atiza,
Triunfará de Numancia en la ceniza.

Yo soy, consorte amada, el que primero
Di el parecer que todos pereciésemos
Antes que al insufrible desafuero
Del romano poder sujetos fuésemos,
Y en el morir no pienso ser postrero,
Ni lo serán mis hijos.

MUJER.

Si pudiésemos
Escaparnos, señor, por otra vía,
El cielo sabe si me holgaría;

Mas, pues no puede ser, según yo veo,
Y está ya mi muerte tan cercana;
Lleva de nuestras vidas tú el trofeo,
Y no la espada pérfida romana,
Mas, pues que he de morir, morir deseo
En el sagrado templo de Diana.
Allá nos lleva, buen señor, y luego
Entrérganos al hierro, al lazo y fuego.

TEÓG.

Así se haga, y no nos detengamos,

Que ya á morir me incita el triste hado.

HIJO. Madre, ¿porqué lloráis? ¿Adónde vamos?
Teneos, que andar no puedo de cansado :
Mejor será, mi madre, que comamos,
Que la hambre me tiene fatigado.

MADRE. Ven en mis brazos, hijo de mi vida,
Do te daré la muerte por comida.

Vanse luego, y salen dos muchachos huyendo, y el uno de ellos ha de ser el que se arroja de la torre, que se llama VIRIATO, y el otro SERVIO.

VIRIATO. ¿Por dónde quieres que huyamos,
Servio?

SERVIO. ¿Yo? por do quisieres.

VIRIATO. Camina; ¡qué flojo eres!
Tú ordenas que aquí muramos.
¿No ves, triste, que nos siguen
Mil hierros para matarnos?

SERVIO. Imposible es escaparnos
De aquellos que nos persiguen.
Mas di, ¿qué piensas hacer,
Ó qué medio hay que nos cuadre?

VIRIATO. Á una torre de mi padre
Me pienso ir á esconder.

SERVIO. Amigo, bien puedes irte,
Que yo estoy tan flaco y laso
De hambre, que un solo paso
No puedo dar, ni seguirte.

VIRIATO. ¡Qué! ¿No quies venir?

SERVIO. No puedo.

VIRIATO. Si no puedes caminar,
¡Ahí te habrá de acabar
La hambre, la espada ó miedo!
Y voime, que ya temo
Lo que el vivir desbarata,
Ó que la espada me mata,
Ó que en el fuego me quemo.

Vase y sale TEÓGENES con dos espadas desnudas y ensangrentadas las manos, y como SERVIO le ve venir, háyese y éntrase dentro.

TEÓG. Sangre de mis entrañas derramada,
Pues sois aquella de los hijos míos;

Mano contra ti misma acelerada,
Llena de honrosos y crueles bríos;
Fortuna en daño nuestro conjurada;
Cielos, de justa piedad vacíos,
Ofrecedme en tan dura amarga suerte
Alguna honrosa, aunque cercana muerte. —

Valientes numantinos, haced cuenta
Que yo soy algún pérfido romano,
Y vengad en mi pecho vuestra afrenta,
Ensangrentando en él espada y mano.

(Arroja la una espada de la mano.)

Una de estas espadas os presenta
Mi airada furia, mi dolor insano;
Que muriendo en batalla no se siente
Tanto el rigor del último accidente;
Y el que privare del vital sosiego
Al otro, por señal de beneficio,
Entregue el desdichado cuerpo al fuego;
Que éste será bien piadoso oficio.
Venid; ¿qué os detenéis? acudid luego,
Haced ya de mi vida sacrificio,
Y esa terneza que tenéis de amigos,
Volved en rabia fiera de enemigos.

NUMANT. ¿Á quién, fuerte Teógenes, invocas?
¿Qué nuevo modo de morir procuras?
¿Para qué nos incitas y provocas
Á tantas desiguales desventuras?

TEÓG. Valiente numantino, si no apocas
Con el miedo tus bravas fuerzas duras,
Toma esa espada, y mátrate conmigo
Así como si fuese tu enemigo;

Que esta manera de morir me aplace,
En este trance, más que no otra alguna.

NUMAN. También á mí me agrada y satisface,
Pues que lo quiere así nuestra fortuna;
Mas vamos á la plaza, donde yace
La hoguera á nuestras vidas importuna,
Porque el que allí venciere pueda luego
Entregar el vencido al duro fuego.

TEÓG. Bien dices, y camina, que se tarda
El tiempo de morir como deseo,

Ora me mate el hierro, ó el fuego me arda,
Que gloria nuestra en cualquier muerte veo.

(Éntrase.)

CIPIÓN, JUGURTA, QUINTO FABIO Y GAYO MARIO
y algunos soldados romanos.

- CIPIÓN. Si no me engaña el pensamiento mío,
Ó salen mentirosas las señales
Que habéis visto en Numancia, del estruendo
Y lamentable son, y ardientes llamas,
Sin duda alguna que recelo y temo
Que el bárbaro furor del enemigo
Contra su propio pecho no se vuelva,
Ya no parece gente en la muralla,
Ni suenan las usadas centinelas;
Todo está en calma y en silencio puesto,
Como si en paz tranquila y sosegada
Estuviesen los fieros numantinos.
- MARIO. Presto podrás salir de aquea duda,
Porque si tú lo quieres, yo me ofrezco
De subir sobre el muro, aunque me ponga
Al riguroso trance que se ofrece,
Sólo por ver aquello que en Numancia
Hacen nuestros soberbios enemigos.
- CIPIÓN. Arrima, pues, ¡oh Mario! alguna escala
Á la muralla, y haz lo que prometes.
- MARIO. Id por la escala luego, y vos, Ermilio
Haced que mi rodela se me traiga,
Y la celada blanca de las plumas;
Que á fe que tengo de perder la vida
Ó sacar desta duda al campo todo.
- ERMILIO. Ves aquí la rodela y la celada;
La escala vesla allí, la trae Olimpio
- MARIO. Encomendadme á Júpiter inmenso;
Que yo voy á cumplir lo prometido
- CIPIÓN. Alza más alta la rodilla, Mario,
Y encoge el cuerpo, y cubre la cabeza :
Ánimo, que ya llegas á lo alto.
¿Qué ves?
- MARIO. ¡ Oh, santos dioses ! y ¿qué es ésto?
- JUGURTA. ¿De qué te admiras?

MARIO. De mirar de sangre
Un rojo lago, y de ver mil cuerpos
Tendidos por las calles de Numancia.

CIPIÓN. ¡Qué! ¿no hay ninguno vivo?

MARIO. Ni por pienso;

Á lo menos ninguno se me ofrece
En todo cuanto alcanzo con la vista.

CIPIÓN. Salta, pues, dentro, y míralo bien todo.

Salta CAYO MARIO en la ciudad.

Síguele tu también, Jugurta amigo;
Mas sigámosle todos.

JUGURTA. No conviene

Al oficio que tienes esta impresa;
Sosiega el pecho, buen señor, y espera
Que Mario vuelva ó yo con la respuesta
De lo que pasa en la ciudad soberbia.
Tened bien esa escala. ¡ Oh, cielos justos !
Y ¡ cuán triste espectáculo y horrendo
Se me ofrece á la vista ! ¡ oh, caso extraño !
Caliente sangre baña todo el suelo,
Cuerpos muertos ocupan plaza y calles;
Dentro quiero saltar y verlo todo.

Salta JUGURTA en la ciudad, y dice QUINTO FABIO:

FABIO. Sin duda que los fieros numantinos,
Del bárbaro furor suyo incitados,
Viéndose sin remedio de salvarse,
Antes quisieron entregar las vidas
Al filo agudo de sus propios hierros
Que no á las vencedoras manos nuestras,
Aborrecidas d'ellos lo posible.

CIPIÓN. Con uno sólo que quedase vivo
No se me negaría el triunfo en Roma
De haber domado esta nación soberbia
Enemiga mortal de nuestro nombre,
Constante en su opinión, presta, arrojada
Al peligro mayor y duro trance,
De quien jamás se alabará romano
Que vió la espalda vuelta al numantino,
Cuyo valor, cuya destreza en armas
Me forzó con razón á usar el medio

De encerrarlos cual fieras indomables,
 Y triunfar dellos con industria y maña,
 Pues era con las fuerzas imposible.
 Pero ya me parece vuelve Mario.

GAYO MARIO torna á salir por las murallas, y dice

MARIO. En balde, ilustre General prudente;
 Han sido nuestras fuerzas ocupadas;
 En balde te has mostrado diligente;
 Pues en humo y en viento son tornadas
 Las ciertas esperanzas de victoria,
 De tu industria continua aseguradas.
 El lamentable fin y triste historia
 De la ciudad invicta de Numancia
 Merece ser eterna en la memoria.
 Sacado han de su pérdida ganancia;
 Quitádotte han el triunfo de las manos,
 Muriendo con magnánima constancia,
 Nuestros desinios han salido vanos,
 Pues ha podido más su honroso intento
 Que toda la potencia de romanos.
 El fatigado pueblo, en fin violento
 Acabó la miseria de su vida,
 Dando triste remate al largo cuento.
 Numancia está en un lago convertida
 De roja sangre y de mil cuerpos llena,
 De quien fué su rigor propio homicida;
 De la pesada y sin igual cadena
 Dura de esclavitud se han escapado
 Con presta audacia, de temor ajena.
 En medio de la plaza levantado
 Está un ardiente fuego temeroso,
 De sus cuerpos y haciendas sustentado.
 Á tiempo llegué á verlo, que el furioso
 Teógenes, valiente numantino,
 De fenecer su vida deseoso,
 Maldiciendo su corto amargo sino,
 En medio se arroja de la llama,
 Lleno de temerario desatino,
 Y al arrojarse, dijo, « ¡ Oh, clara fama !
 Ocupa aquí tus lenguas y tus ojos
 En esta hazaña que á cantar te llama.

Venid, romanos, ya por los despojos
 Desta ciudad, en polvo y humo envueltos,
 Y sus flores y frutos en abrojos! »

Y allí con pies y pensamientos sueltos
 Gran parte de la tierra he rodeado,
 Por las calles y pasos mal revueltos.

Y á un solo numantino no he hallado
 Que poderte traer vivo siquiera,
 Para que fueras dél bien informado

Por qué ocasión, de qué suerte ó manera
 Cometieron tan graves desvarío,
 Apresurando la mortal carrera.

CIPIÓN. ¿Estaba por ventura el pecho mío
 De bárbara arrogancia y muertes lleno,
 Y de crueldad justísima vacío?

¿Es de mi condición acaso ajeno
 Usar benignidad con el rendido,
 Como conviene al vencedor que es bueno?

Mal, por cierto, teníades conocido
 El valor, en Numancia, de mi pecho,
 Para vencer y perdonar nacido.

FABIO. Jugurta te hará más satisfecho,
 Señor, de aquello que saber deseas,
 Que vesle, vuelve lleno de despecho.

Torna JUGURTA por la mesma muralla;

JUGURTA. Prudente General, en vano empleas
 Más aquí tu valor; vuelve á otra parte
 La industria sin igual de que te arreas.

No hay en Numancia cosa en que ocuparte;
 Todos son muertos ya; sólo uno creo
 Que queda vivo, para el triunfo darte.

Allí en aquella torre, según veo,
 Allí denantes un muchacho estaba,
 Turbado en vista, y de gentil arreo.

CIPIÓN. Si eso fuese verdad, eso bastaba
 Para triunfar en Roma de Numancia;
 Que es lo que más agora deseaba.

Lleguémonos allá, y haced instancia
 Cómo el muchacho vuelva á nuestras manos
 Vivo, que es lo que agora es de importancia.

VIRIATO desde la torre.

- VIRIATO. ¿Dónde venís, ó qué buscáis, romanos?
 Si en Numancia queréis entrar por suerte,
 Haréislo sin contraste, á pasos llanos;
 Pero mi lengua desde aquí os advierte
 Que yo las llaves mal guardadas tengo
 Desta ciudad, de quien triunfó la muerte.
- CIPIÓN. Por esas, joven, deseoso vengo,
 Y más de que tú hagas experiencia,
 Si en este hecho piedad sotengo.
- VIRIATO. Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,
 Pues no hay en quien usarla; que yo no quiero
 Pasar por el rigor de la sentencia.
 Que, consüelo amargo, lastimero
 De mis padres y patria tan querida
 Causó el último fin terrible y fiero.
- FABIO. Dime : ¿tienes por suerte aborrecida,
 Ciego de un temerario desvario,
 Tu floreciente edad, tu tierna vida?
- CIPIÓN. Templá, pequeño joven, templá el brío
 Y sujeta el valor tuyo y pequeño
 Al mayor de mi honroso poderío;
 Que desde aquí te doy mi fe, y empeño
 Mi palabra, que solo de ti seas
 Tú mismo el propio y conocido dueño,
 Y que de ricas joyas y preseas
 Vivas, lo que vivieres, abastado,
 Como yo podré darte y tú deseas
 Si á mí te entregas, y te das de grado.
- VIRIATO. Todo el furor de cuantos ya son muertos
 En este pueblo, en polvo reducido;
 Todo el huír los pactos y conciertos,
 Ni el dar á sujeción jamás oído,
 Sus iras y rencores descubiertos,
 Está en mi pecho todo junto unido.
 Yo heredé de Numancia todo el brío;
 Ved si pensar vencerme es desvario.
 Patria querida, pueblo desdichado,
 No temas ni imagines que delire
 De lo que debo hacer, en ti engendrado,
 Ni que promesa ó miedo me retire,

Ora me falte el suelo, el cielo helado,
 Ora á vencerme todo el mundo aspire;
 Que imposible será que yo no haga
 Á tu valor la merecida paga :

Que si á esconderme aquí me trajo el miedo
 De la cercana y espantosa muerte,
 Ella me sacará con más denuedo,
 Con el deseo de seguir tu suerte.
 Del vil temor pasado, como puedo,
 Haré ahora la enmienda, osado y fuerte,
 Y el error de mi edad tierna, inocente,
 Pagaré con morir osadamente.

Yo os aseguro, ¡oh, fuertes ciudadanos!,
 Que no falte por mí la intención vuestra
 De que no triunfen pérfidos romanos,
 Si ya no fuere de ceniza nuestra.
 Saldrán conmigo sus intentos vanos,
 Ora levanten contra mí su diestra,
 Ó me asesoren, con promesa cierta,
 Á vida y á regalos ancha puerta.

Teneos, romanos, sosegad el brío,
 Y no os canséis en asaltar el muro;
 Que aunque fuere mayor el poderío
 Vuestro, de no vencerme os aseguro.
 Pero muéstrese ya el intento mío,
 Y si ha sido el amor perfecto y puro
 Que yo tuve á mi patria tan querida,
 Asegúrelo luego esta caída.

Aquí se arroja de la torre, y dice CIPIÓN

CIPIÓN. ¡Oh, nunca vista memorable hazaña,
 Digna de anciano y valeroso pecho,
 Que no sólo á Numancia, mas á España
 Has adquirido gloria en este hecho!
 Con tu viva virtud, heroica, extraña,
 Queda muerto y perdido mi derecho,
 Tú con esta caída levantaste
 Tu fama, y mis victorias derribaste.

Que fuera aún viva, y en su ser Numancia,
 Sólo porque vivieras, me holgara;
 Que tú solo has llevado la ganancia
 D'esta larga contienda, ilustre y rara.—

Lleva, pues, niño, lleva la jactancia
 Y la gloria que el cielo te prepara,
 Por haber, derribándote, vencido
 Al que, subiendo, queda más caído.

Suena una trompeta y sale la FAMA

FAMA. Vaya mi clara voz de gente en gente,
 Y en dulce y suavísimo sonido
 Llene las almas de un deseo ardiente
 De eternizar un hecho tan subido.
 Alzad, romanos, la inclinada frente;
 Llevad de aquí este cuerpo, que ha podido,
 En tan pequeña edad, arrebatáros
 El triunfo que pudiera tanto honraros;
 Que yo, que soy la Fama pregonera,
 Tendré cuidado, en cuanto el alto cielo
 Moviere el paso en la subida esfera,
 Dando fuerza y vigor al bajo suelo,
 De publicar con lengua verdadera,
 Con justo intento y presuroso vuelo,
 El valor de Numancia, único y solo,
 De Batro á Tile, y de uno al otro Polo.

Indicio ha dado esta no vista hazaña
 Del valor que en los siglos venideros
 Tendrán los hijos de la fuerte España,
 Hijos de tales padres herederos;
 No de la muerte la feroz guadaña,
 Ni los cursos de tiempos tan ligeros,
 Harán que de Numancia yo no cante
 El fuerte brazo y ánimo constante.

Hallo sólo en Numancia todo cuanto
 Debe con justo título cantarse
 Y lo que puede dar materia al canto,
 Para poder mil siglos ocuparse;
 La fuerza no vencida, el valor tanto,
 Dino de en prosa y verso celebrarse;
 Mas pues de esto se encarga mi memoria,
 Dése feliz remate á nuestra historia.

FIN DE LA TRAGEDIA

EL TRATO DE ARGEL

Los que hablan en ella son los siguientes :

AURELIO y SILVIA, cautivos.
IZUF y ZARA, amos de Aurelio y Silvia.
FÁTIMA, criada.
SAAVEDRA y LEONARDO, cautivos.
SEBASTIÁN, muchacho.
FRANCISCO, muchacho.
PEDRO, cautivo.
MAMÍ, soldado corsario.
UN PREGONERO
PADRE, MADRE y dos hijos, cautivos.
UN DEMONIO.
LA OCASIÓN.
LA NECESIDAD.
EL REY DE ARGEL.
Cristianos cautivos.
Moros.
Soldados turcos.
Mercaderes, etc.

JORNADA PRIMERA

Entra AURELIO

AURELIO. ¡ Triste y miserable estado;
Triste esclavitud amarga,
Donde es la pena tan larga,
Cuan corto el bien y abreviado
 ¡ Oh. purgatorio en la vida,
Infierno puesto en el mundo,
Mal que no tiene segundo,
Estrecho do no hay salida;
 Cifra de cuanto dolor
Se reparte en los dolores,
Daños que entre los mayores

Se ha de tener por mayor;
 Necesidad increíble,
 Muerte creíble y palpable,
 Trato mísero, intratable
 Mal visible é invisible,
 Toque que nuestra conciencia
 Descubre si es valerosa,
 Pobre vida trabajosa,
 Retrato de penitencia!

Cállese aquí este tormento,
 Que, según me es enemigo,
 No llegará cuanto digo
 Á un punto de lo que siento.

Pondérese mi dolor
 Con decir, bañado en lloros,
 Que mi cuerpo está entre moros,
 Y el alma en poder de amor.

Del cuerpo y alma es mi pena :
 El cuerpo ya véis cual va,
 El alma rendida está
 Á la amorosa cadena.

Pensé yo que no tenía
 Amor poder entre esclavos;
 Pero en mí sus recios clavos
 Muestran más su gallardía.

¿Qué buscas en la miseria,
 Amor, de gente cautiva?
 Déjala que muera ó viva
 Con su pobreza y laceria.

¿No ves que el hilo se corta
 De esa tu amorosa estambre
 Aquí, con sed ó con hambre,
 Á la larga ó á la corta?

Mas creo que no has querido
 Olvidarme en este estrecho;
 Que has visto sano mi pecho,
 Aunque tan roto el vestido.

Desde agora claro entiendo
 Que el poder que en ti se encierra,
 Abraza el cielo y la tierra,
 Y más que no comprehendo.

Una cosa te pidiera,

Si en esa tu condición
 Una sombra de razón
 Por entre mil sombras viera;
 Y es, que pues fuiste la causa
 De acabarme y destruirme,
 Que en el continuo herirme
 Hagas un momento pausa.

Yo no te pido que salgas
 De mi pecho, pues no puedes;
 Antes te pido que quedes,
 Y en este trance me valgas.

Mira que se me apareja
 Una muy fiera batalla,
 Y que no he de atropellalla
 Si tu consejo me deja.

Del lugar do me pusiste,
 Me procuran derribar;
 ¿Pero quién podrá bajar
 Lo que tú una vez subiste?

Ya viene Zara y su arenga;
 ¿Hay enfadosa porfía
 Como que me falte el día
 Antes que la noche venga?

Valedme, Silvia, bien mío;
 Que si vos me dáis ayuda,
 De guerra más ardua y cruda
 Llevar la palma confío.

Entra agora ZARA, ama de AURELIO, y FÁTIMA, criada de ZARA.

ZARA. ¿Aurelio?

AURELIO. ¿Señora mía?

ZARA. Si tú por mal me tuvieras,
 Á fe que luego hicieras
 Lo que ruega mi porfía.

AURELIO. Lo que tú quieres, yo quiero,
 Porque al fin, te soy esclavo.

ZARA. Esas palabras alabo,
 Mas tus obras vitupero.

AURELIO. ¿Cuál ha sido por mí hecha
 Que en ella no te complaces?

- ZARA. Aquellas que no me haces
Me tiene mal satisfecha.
- AURELIO. Señora, no paro más;
Por agua me parto luego.
- ZARA. Otra agua pide mi fuego,
Que no la que tú trairás.
No te vayas, está quedo.
- AURELIO. De leña hay falta en la casa.
- ZARA. Basta la que á mi me abraza.
- AURELIO. Mi amo...
- ZARA. No tengas miedo.
- AURELIO. Déjame, señora, ir,
No venga Izuf, mi señor.
- ZARA. Quien queda con tanto amor,
Mal te dejará partir.
- AURELIO. No hay para qué más porfies.
Señora, déjame ya.
- ZARA. Aurelio, llégate acá.
- AURELIO. Mejor es que te desvíes.
- ZARA. ¿Ansí, Aurelio, me despides?
- AURELIO. Antes te hago favor,
Si con el compás de honor
Lo compasas y lo mides.
¿No miras que soy cristiano
Con suerte y desdicha mala?
- ZARA. El amor todo lo iguala;
Dame por señor la mano.
- FÁTIMA. Zahara, señora mía,
Dígame que me ha admirado
Mirar en lo que ha parado
Tu altivez y fantasía.
Ver, por cierto, es gentil cosa
Y digna de ser notada,
De un cristiano enamorada
Una mora tan hermosa;
Y lo que más lleva al cabo
Tu afición tan sin medida,
Es mirarte tan rendida
Á un cristiano que está esclavo.
Y ¡monta que corresponde
El perro á lo que le quieres!
Perdóname, frágil eres.

- ZARA. ¿Dónde vas?
- FÁTIMA. Bien sé yo á dónde.
- ZARA. Dulce amiga verdadera,
Lo que dices no lo niego;
Mas ¿qué haré? Que amor es fuego,
Y mi voluntad es cera.
Y puesto que el daño veo
Y el fin do habré de parar,
Imposible es contrastar
Las fuerzas de mi deseo.
Vuelve tu lengua é intento
Á combatir esta roca;
Que no será gloria poca
Gozar de su vencimiento.
- FÁTIMA. Quiero en esto complacerte,
Pues al fin puedes mandarme. —
Cristiano, vuelve á mirarme;
Que no es mi rostro de muerte.
- AURELIO. Más que muerte me causáis
Con vuestros inducimientos;
Dejadme con mis tormentos,
Porque en vano trabajáis.
- FÁTIMA. ¿No ves cómo se retira
El bravo en su pundonor?
Así entiende él del amor
Como el asno de la lira.
- AURELIO. ¿Cómo queréis que yo entienda
De amor en esta cadena?
- ZARA. Eso no te cause pena;
Que luego se hará la enmienda.
Las dos te la quitaremos.
- AURELIO. Muy mejor será dejalla;
Que no quiero, con quitalla,
Pasar de un extremo á extremos.
- FÁTIMA. ¿Á qué extremos pasarás?
- AURELIO. Quitando al cuerpo este hierro,
Caeré en otro mayor yerro,
Que el alma fatigue más.
- FÁTIMA. ¿Almas tenéis los cristianos?
- AURELIO. Sí, y tan ricas y extremadas,
Cuanto por Dios rescatadas.
- FÁTIMA. ¡Qué! Son pensamientos vanos;

Pero si almas tenéis,
De diamante es su valor,
Pues en la fragua de amor
Muy más os endurecéis.

Aurelio, resolución :

Ten cuenta en lo que te digo;
No quieras ser tan amigo
De tu obstinada opinión.

Ya te ves sin libertad,
Entre hierros y apretado;
Pobre, desnudo, cansado,
Lleno de necesidad,

Sujeto á mil desventuras,
Á palos, á bofetones,
Á mazmorras, á prisiones
Donde estás contino á oscuras.

Libertad te se promete,
Los hierros te quitarán,
Y después te vestirán;
No hay temor de escuro brete :

Cuzcuz, pan blanco á comer,
Gallinas en abundancia,
Y aun habrá vino de Francia,
Si vino quieres beber.

No te piden lo imposible,
Ni trabajos demasiados,
Sino blandos, regalados,
Dulces lo más que es posible.

Goza de la coyuntura
Que se te pone delante;
No hagas del ignorante,
Pues muestras tener cordura.

Mira tu señora Zara,
Y lo mucho que merece;
Mira que al sol oscurece
La luz de su rostro clara.

Contempla su juventud,
Su riqueza, nombre y fama;
Mira bien que agora llama
Á tu puerta la salud.

Considera el interés
Que en hacer esto te toca;

Que hay mil que pondrían la boca
Donde tú pondrás los pies.

AURELIO. ¿Has dicho, Fátima?

FÁTIMA. Sí.

AURELIO. ¿Quieres que responda yo?

FÁTIMA. Responde.

AURELIO. Digo que no.

ZARA. ¡Ay, Alá! ¿Qué es lo que oí?

AURELIO. Yo digo que no conviene
Pedirme lo que pedís,
Porque muy poco advertís
El peligro que contiene.

FÁTIMA. ¿Qué peligro puede haber
Queriéndolo tu señora?

AURELIO. La ofensa que, siendo mora,
Á Mahoma viene á hacer.

ZARA. Déjame á mí con Mahoma,
Que ahora no es mi señor,
Porque soy sierva de amor,
Que el alma sujeta y doma;
Echa ya el pecho por tierra,
Y levantarte he á mi cielo.

AURELIO. Señora, tengo un recelo
Que me consume y me atierra.

FÁTIMA. ¿De qué te recelas, di?

AURELIO. Señora, de que no veo
Ningún camino ó rodeo
Como complacerte á ti.

En mi ley no se recibe
Hacer yo lo que me ordenas;
Antes con muy graves penas
Y amenazas se prohíbe.

Y aun si bautismo tuvieras,
Siendo, como eres, casada,
Fuera cosa harto excusada,
Si tal cosa me pidieras.

Por eso yo determino
Antes morir que hacer
Lo que pide tu querer,
Y en esto estaré continuo.

ZARA. Aurelio, ¿estás en tu seso?

AURELIO. Y aun por estar tan en él,

Soy para vos tan cruel.

ZARA. ¡Ay, desdichado suceso!

¿Que es posible que tan poco
Valgan mis ruegos contigo?

FÁTIMA. Sin duda que este enemigo
Es muy cuerdo, ó es muy loco.

Perro, ¡tanta fantasía!
¿Pensáis que hablamos de veras?
Antes de mal rayo mueras
Primero que pase el día.

Ruin, sin razón ni compás,
Nacido de vil canalla,
¿Pensábades ya triunfalla,
Perrazo, sin más ni más?

Conmigo las has de haber,
Y de modo, que te aviso
Qué dirá el que nunca quiso :
« Más me valiera querer. »

No estés, Zara, descontenta;
Deja el remedio en mi mano;
Que á este perro cristiano,
Yo le haré que se arrepienta.

ZARA. No es bien que por mal se lleve,

FÁTIMA. Ni aun bien llevarlo por bien.

ZARA. Cese, Aurelio, tu desdén.

FÁTIMA. Con eso el perro se atreve.

Ven, señora, al aposento,
Que en esta pena crecida,
Ó yo perderé la vida,
Ó tú tendrás tu contento.

Éntranse las dos y queda AURELIO solo.

AURELIO. Padre del cielo, en cuya fuerte diestra
Está el gobierno de la tierra y cielo,
Cuyo poder acá y allá se muestra
Con amoroso, justo y santo celo;
Si tu luz, si tu mano no me adiestra
Á salir deste caos, temo y recelo
Que, como el cuerpo está en prisión esquivá,
También el alma ha de quedar cautiva.

En vos, Virgen Santísima María,
De Dios y de los hombres medianera,

De este mi mar incierto cierta guía,
 Virgen entre las vírgenes primera;
 En vos, Virgen y Madre, en vos confía
 Mi alma, que sin vos en nadie espera,
 Que la habéis de guiar con vuestra lumbre
 De este hondo valle á la más alta cumbre.

Bien sé que no merezco que se acuerde
 Vuestra eterna memoria de mi daño,
 Porque tengo en el alma, fresco y verde,
 El dulce fruto del amor extraño;
 Mas vuestra alta clemencia, que no pierde
 Ocasión de hacer bien, mi mal tamaño
 Remedie, que ya estoy casi perdido,
 De Scila y de Caribdis combatido.

Si el cuerpo esclavo está, está libre el alma,
 Puesto que Silvia tiene parte en ella,
 Y la amorosa triunfadora palma
 Ha de llevar sola mi Silvia della.

Ponga Zara su amor, póngale en calma,
 Que á mi firmeza no hay pensar rompella,
 Y aquello que á mi Dios y Silvia debo
 Hace que aun á mirarla no me atrevo. —

¿Dó estás, Silvia hermosa? ¿Qué destino,
 Qué fuerza insana de implacable hado
 El curso de aquel próspero camino
 Tan sin causa y razón nos ha cortado?
 ¡ Oh, estrella ! ¡ oh, suerte ! ¡ oh, fortuna ! ¡ oh, sino !
 Si alguno de vosotros ha causado
 Tamaña perdición, desde aquí digo
 Que mil cuentos de veces le maldigo.

Yo moriré por lo que al alma toca,
 Antes de hacer lo que mi ama quiere.
 Firme he de estar cual bien fundada roca,
 Que en torno el viento, el mar combate y hiere.
 Que sea mi vida mucha, ó que sea poca,
 Importa poco; sólo el que bien muere
 Puede decir que tiene larga vida,
 Y el que mal, una muerte sin medida.

Éntrase AURELIO, y salen SAAVEDRA, soldado, y LEONARDO
 ambos cautivos.

SAAV. En la veloz carrera apresuradas

Las horas del ligero tiempo veo,
Contra mí con el cielo conjuradas.

Queda atrás la esperanza, y no el deseo,
Y así la vida dél, la muerte d'ella;
El daño, el mal aumentan que poseo.

¡Ay dura, inicua, inexorable estrella!
¡Cómo por los cabellos me has traído
Al terrible dolor que me atropella!

LEON. El llanto en tales tiempos es perdido,
Pues si llorando el cielo se ablandara,
Ya le hubieran mil lágrimas movido.

Á la triste fortuna alegre cara
Debe mostrar el pecho generoso;
Que á cualquier mal buen ánimo repara.

SAAV. El cuello enflaquecido, al trabajoso
Yugo de esclavitud amarga puesto,
Bien ves que á cuerpo y alma es peligroso,

Y más aquel que tiene prosupuesto
De dejarse morir antes que pase
Un punto al modo de vivir honesto.

LEON. Si acaso yo tus obras imitase,
Forzoso me sería que al momento
En brazos de la hambre me entregase.

Bien sé que en el cautivo no hay contento,
Mas no quiero crecer yo mi fatiga,
Teniendo en ella siempre el pensamiento.

Á mi patrona tengo por amiga,
Trátame cual me ves; huelgo y paseo :
« Cautivo soy », el que quisiere diga.

SAAV. Triunfa, Leonardo, y goza ese trofeo;
Que si por ser cautivo lo hermo seas,
Yo sé que es torpe, desgraciado y feo.

LEON. Amigo Saavedra, si te arreas
De ser predicador, ésta no es tierra
Do alcanzarás el fruto que deseas.

Déjate d'eso; escucha de la guerra
Que el gran Filipo hace, nueva cierta,
Y un poco la pasión de ti destierra.

Dicen que una fragata de Biserta
Llegó esta noche allí con un cautivo
Que ha dado vida á mi esperanza muerta.

Quitóle libertad el hado esquivo;

De Málaga pasando á Barcelona,
Cautivóle Mamí, corsario altivo.

En su manera muestra ser persona
De calidad, y que es ejercitado
En el duro ejercicio de Belona.

Dice el número cierto que ha pasado
De soldados á España forasteros,
Sin los tres tercios nuestros que han bajado;

Los príncipes, señores, caballeros,
Que á servir á Filipo van de gana;
Los naturales y los extranjeros;

Y la muestra hermosísima lozana
Que en Badajoz el Rey hacer pretende,
De la pujanza de la unión cristiana.

Dice con esto, que ninguno entiende
El disinio del Rey, y el hablar d'esto
Al grande y al pequeño se defiende.

SAAV. Rompeos ya, cielos, y llovednos presto
El librador de nuestra amarga guerra,
Si ya en el suelo no le tenéis puesto.

Cuando llegué cautivo, y vi esta tierra,
Tan nombrada en el mundo, que en su seno
Tantos piratas cubre, acoge y cierra,

No pude al llanto detener el freno;
Que, á pesar mío, sin saber lo que era,
Me vi el marchito rostro de agua lleno.

Ofreciendo á mis ojos la ribera,
Y el monte, donde el grande Carlos tuvo
Levantada en el aire su bandera,

Y el mar, que tanto esfuerzo no sostuvo,
Pues movido de invidia de su gloria,
Airado entonces más que nunca estuvo,

Estas cosas volviendo en mi memoria,
Las lágrimas trujeron á los ojos,
Forzados de desgracia tan notoria.

Pero si el alto cielo en darme enojos
No está con mi ventura conjurado,
Y aquí no lleva muerte mil despojos,

Cuando me vea en más seguro estado,
Ó si la suerte, ó si el favor me ayuda
Á verme ante Filipo arrodillado,

Mi balbuciente lengua y casi muda

Pienso mover en la Real presencia,
 De adulación y de mentir desnuda,
 Diciendo : « Alto señor, cuya potencia
 » Sujetas trae las bárbaras naciones
 » Al desabrido yugo de obediencia,
 » Á quien los negros indios con sus dones
 » Reconocen honesto vasallaje,
 » Trayendo el oro acá de sus rincones,
 » Despierte en tu Real pecho coraje
 » La desvergüenza con que una vil oca
 » Aspira de continuo á hacerte ultraje.
 » Su gente es mucha, mas su fuerza es poca,
 » Desnuda, mal armada, que no tiene
 » En su defensa fuerte, muro ó roca,
 » Cada uno mira si tu armada viene,
 » Para dar á los pies el cargo y cura
 » De conservar la vida que sostiene.
 » De la esquiva prisión, amarga y dura,
 » Á donde mueren quince mil cristianos,
 » Tienes la llave de su cerradura.
 » Todos cual yo, de allá, puestas las manos,
 » Las rodillas por tierra, sollozando,
 » Cercados de tormentos inhumanos,
 » Poderoso señor, te están rogando
 » Vuelvas los ojos de misericordia
 » Á los suyos, que están siempre llorando;
 » Y pues te deja agora la discordia,
 » Que tanto te ha oprimido y fatigado,
 » Y amor en darte sigue la concordia,
 » Haz, ¡ oh, buen Rey ! que sea por ti acabado
 » Lo que con tanta audacia y valor tanto
 » Fué por tu amado padre comenzado.
 » El sólo ver que vas pondrá un espanto
 » Á la bárbara gente, que adivino
 » Ya desde aquí su pérdida y quebranto ».

¿Quién duda que el Real pecho benino
 No se muestre, escuchando la tristeza
 Donde están estos míseros contino?

Mas ¡ ay, cómo se muestra la bajeza
 De mi tan rudo ingenio, pues pretende
 Hablar tan bajo ante tan alta alteza !
 Mas la ocasión es tal, que me defiende.

Pero á todo silencio poner quiero;
Que creo que mi plática te ofende,
Y al trabajo he de ir á donde muero.

Aquí entra SEBASTIÁN, muchacho, en hábito de esclavo

SEB. ¿Hase visto tal maldad?
 ¿Hay tierra tan sin concordia,
Do falta misericordia
Y sobra la crueldad?
 ¿Dónde se halla disculpa
De maldad tan insolente,
Que pague el que es inocente
Por el que tiene la culpa?
 ¡ Oh, cielos! ¿Qué es lo que he visto?
Esto sí que es pueblo injusto,
Donde se tiene por gusto
Matar los siervos de Cristo.

 ¡ Oh, España, patria querida!,
Mira cuál es nuestra suerte;
Que si allá das justa muerte,
Quitan acá justa vida.

LEON. Sebastián, dinos qué tienes,
Que hablas razones tales.

SEB. Una infinidad de males,
Y una penuria de bienes.

LEON. ¡ En ser, como eres, esclavo,
Se encierra todo dolor!

SEB. Otra pena muy mayor
Me tiene á mí tan al cabo.

SAAV. ¿De dónde puede causarse
La pena que dices brava?

SEB. De una vida que hoy se acaba,
Para jamás acabarse.

 Ya sabes que aquí en Argel,
Se supo cómo en Valencia
Murió por justa sentencia
Un morisco de Sargel;

 Digo, que en Sargel vivía,
Puesto que era de Aragón,
Y al olor de su nación,
Pasó el perro á Berbería,
Y aquí corsario se hizo,

Con tan prestas crueles manos,
Que con sangre de cristianos
La suya bien satisfizo.

Andando en curso, fué preso,
Y como fué conocido,
Fué en la Inquisición metido,
Do le formaron proceso;

Y allí se le averiguó
Cómo, siendo bautizado,
De Cristo había renegado,
Y en África se pasó,

Y que por su industria y manos,
Traidores tratos esquivos,
Habían sido cautivos
Más de seiscientos cristianos,

Y como se le probaron
Tantas maldades y errores,
Los justos inquisidores
Al fuego le condenaron.

Súpose del moro acá,
Y la muerte que le dieron,
Porque luego la escribieron
Dos moriscos que hay allá.

La triste nueva sabida
De los parientes del muerto,
Juran y hacen concierto
De dar al fuego otra vida.

Buscaron luego un cristiano
Para pagar este escote,
Y halláronle sacerdote
Y de nación valenciano;

Prendieron éste á gran priesa
Para ejecutar su hecho,
Porque vieron que en el pecho
Traía la cruz de Montesa;

Y esta señal de victoria
Que le cupo en buena suerte,
Si le dió en el suelo muerte,
En el cielo le dió gloria;

Porque estos ciegos sin luz,
Que en tal señal han visto,
Pensando matar á Cristo,

Matan al que trae su cruz.

De su amo le compraron,
Y aunque eran pobres, á un punto
El dinero todo junto
De limosna lo allegaron

En nuestro pueblo cristiano,
Por Dios se pide á la gente
Para sanar al doliente,
No para matar al sano;

Mas entre esta descreída
Gente y maldito lugar,
No piden para sanar,
Mas para quitar la vida.

Hoy en poder de sayones
He visto al siervo de Dios,
No sólo puesto entre dos,
Sino entre dos mil sayones.

Iba el sacerdote justo
Entre injusta gente puesto,
Marchito y humilde el gesto,
Á morir por Dios con gusto.

En darle penas dobladas
Todo el pueblo se desvela;
Cuál sus blancas canas pela,
Cuál le da mil bofetadas.

Las manos que á Dios tuvieron
Mil veces, hoy son tenidas
De dos sogas retorcidas,
Con que atrás se las asieron;

Al yugo de otro cordel
Puesto el cuello humilde lleva,
Haciendo seis moros prueba,
Cuanto pueden tirar d'él.

Á ningún lado miraba
Que descubra un solo amigo;
Que todo el pueblo enemigo
En torno le rodeaba.

Con voluntad tan dañada
Procuran su pena y lloro,
Que se tuvo por mal moro
Quien no le dió bofetada.

Á la marina llegaron

Con la víctima inocente,
Do con barbaria insolente
Á una áncora le ligaron.

Dos áncoras á una mano
Vi yo allí en contrario celo;
Una de hierro en el suelo,
Otra de fe en el cristiano.

Y la una á la otra asida,
La de hierro se convierte
En dar cruda y presta muerte;
La de fe, á dar larga vida.

Ved si es bien contrario el celo
De las dos en esta guerra;
La una del suelo afierra,
La otra se ase del cielo.

Y aunque corra tal fortuna
Que asombre el cuerpo y el alma,
Como si estuviera en calma,
No hay desasirse la una.

Sin yerro al hierro ligado
El siervo de Dios se hallaba,
Y en su cuerpo atado, estaba
Espiritu desatado.

El cuerpo no se rodea,
Que le ata más de un cordel;
Mas el espíritu d'él,
Todos los cielos pasea.

La canalla, que se enseña
Á hacer nueva crueldad,
Trujo luego cantidad
De seca y humosa leña,

Y una espaciosa corona
Hicieron luego con ella,
Dejando encerrada en ella
La santa humilde persona;

Y aunque no tienen sosiego
Hasta verle ya expirar,
Para más le atormentar,
Encienden lejos el fuego.

Quieren, como el cocinero
Que á su oficio más mirase,
Que se ase y no se abrase

La carne de aquel cordero.
 Sube el humo al aire vano,
 Y á veces le da en los ojos;
 Quema el fuego los despojos
 Que le vienen más á mano.

Vase arrugando el vestido ^{lana}
 Con el calor violento,
 Y el fuego, poco contento,
 Busca lo más escondido,

Esperad, simple cordero;
 Que esta ardiente llama insana,
 Si os ha quemado la lana,
 Os quiere abrasar el cuero,

Combátenle fuegos dos;
 El uno humano y visible,
 El otro santo, invisible,
 Que es fuego de amor de Dios.

Yo no sé á cuál más debía,
 Puesto que á los dos pagaba :
 Al que el cuerpo le abrasaba,
 Ó al que el alma le encendía.

Los que estaban á miralle,
 La ira así se les pervierte,
 Que mueren por darle muerte,
 Y entretiénense en matalle.

Y en medio de este tormento,
 No movió el santo varón
 La lengua á formar razón
 Que fuese de sentimiento;

Antes dicen, y yo he visto,
 Que si alguna vez hablaba,
 En el aire resonaba
 Y cielo el nombre de *Cristo*;

Y cuando en el agonía
 Última el triste se vió,
 Cinco ó seis veces llamó
 La Virgen Santa María,

Al fuego el aire le atiza,
 Y con tal ardor revuelve,
 Que poco á poco resuelve
 El santo cuerpo en ceniza;

Mas, ya que morir le vieron,

Tantas piedras le tiraron,
 Que las piedras acabaron
 Lo que las llamas no hicieron.

¡ Oh, Santisteban segundo,
 Que me asegura tu celo
 Que miraste abierto el cielo,
 En tu muerte, desde el mundo !

Queda el cuerpo en la marina,
 Quemado y apedreado,
 El alma vuelo ha tomado
 Hacia la región divina,

Queda el moro muy gozoso
 Del injusto y crudo hecho,
 El turco está satisfecho,
 Y el cristiano temeroso.

Yo he venido á referiros
 Lo que no pudistes ver,
 Si os lo han dejado entender
 Mis lágrimas y suspiros.

SAAV.

Deja el llanto, amigo, ya;
 Que no es bien que se haga duelo
 Por los que se van al cielo,
 Sino por quien queda acá;

Que aunque parece ofendida
 Á humanos ojos su suerte,
 El acabar con tal muerte
 Es comenzar mejor vida.

Mide por otro nivel
 Tu llanto; que no hay paciencia
 Que las muertes de Valencia
 Se venguen acá en Argel.

Muéstrase allá la justicia
 En castigar la maldad;
 Muestra acá la crueldad
 Cuánto puede la injusticia.

SEB.

En tan amarga querella,
 ¿Quién detendrá los gemidos,
 Ellos con culpa punidos,
 Nosotros muertos sin ella?

LEON.

Bastábanos ser cautivos
 Sin temer más desconciertos,
 Pues si allá queman los muertos

Abrasan acá los vivos.

Use Valencia otros modos
En castigar renegados;
No en público condenados.
Mueran á tósigo todos.

Mas un moro viene acá;
No estemos juntos aquí,
Saavedra, por allí;
Tú, Sebastián, por acá.

JORNADA SEGUNDA

IZUF y AURELIO.

IZUF.

Trescientos escudos di,
Aurelio, por la doncella :
Ésto di al turco; que á ella
Alma y vida le rendí;
Y es poco, según es bella.

Vendiómela de aburrido;
Que dice que no ha podido,
Mientras la tuvo en poder,
En ningún modo traer
Al amoroso partido.

Púsela en casa de un moro,
Sin osarla traer acá,
Y allí está, y donde ella, está
Todo mi bien y tesoro,
Y la gloria que amor da,

Allí se ve la bondad,
Junto con la crueldad
Mayor que se vió en la tierra,
Y juntas sin hacer guerra
Belleza y honestidad.

No pueden prometimientos
Ablandar su duro pecho;
Veme en lágrimas deshecho,
Y ofrece siempre á los vientos
Cuantos servicios la he hecho.

No echa de ver su ventura;
Ni cómo el dolor me apura
Poco á poco, sospirando,
Antes cuando yo más blando,
Entonces ella más dura.

Á casa quiero traella,
Y reclinar en tu mano
Mi gozo más soberano :
Quizá tú podrás movella,
Siendo, como ella, cristiano.

Y desde aquí te prometo
Que si conduces á efeto
Mi amorosa voluntad,
De darte la libertad
Y serte amigo perfeto.

AURELIO. En todo lo que quisieres,
He, señor, de complacerte,
Por ser tu esclavo, y por verte
Que melindres de mujeres
Te tengan de aquesa suerte.

¿De qué nación es la dama
Que te enciende en esa llama,
Sin mirar á su interés?

IZUF. Española dicen que es.

AURELIO. ¿El nombre?

IZUF. Silvia se llama.

AURELIO. ¿Silvia? Una Silvia venía
Á donde yo cautivé,
Y según que la miré,
No en tanto allá se tenía.

IZUF. Esa es : yo la compré.

AURELIO. Si ella es, yo sé decir
Que es hermosa sin mentir,
Y que no es tan cruda, altiva,
Que su condición esquivá
Á ninguno haga morir.

Tráela á casa, señor, luego,
Y ten las riendas al miedo;
Y tu verás, si yo puedo,
Cómo á mis manos y ruego
Amaina el casto denuedo.

IZUF. Yo voy, y mientras se ordena

Su venida, por estrena
Del contento que me has dado,
Hoy diré á mi renegado
Que te quite esa cadena.

(Vase.)

AURELIO. ¡Qué es ésto, cielos! ¿Qué he oído?

¿Es mi Silvia? ¿Silvia? ¿Es cierto,
Es posible ¡oh, hado incierto!
Que he de ver quien me ha tenido
Vivo en muerte, en vida muerto?

Esta es mi Silvia, á quien llamo,
Á quien quiero y á quien amo
Más que á todo lo del suelo.
Gracias hago y doy al cielo
Que á los dos ha dado un amo.

Tregua tendrán mis enojos
Entre tanta desventura,
Pues por extraña ventura
Vendrán á mirar mis ojos
Tan sin igual hermosura.

Y si d'ella está rendido
Mi amo, está conocido
Que quien la supo mirar,
Era imposible escapar
De preso, ó de mal herido.

Y pues que con tales bríos
Él descubre sus amores,
Si nos vemos, sus dolores
Se calmarán, y los míos
Le diré, que son mayores.

Y mientras pudiere ver
Tu hermosura y gentil sér,
Templaré mi desconsuelo,
Hasta que disponga el cielo
De entrambos lo que ha de ser.

Vase AURELIO, y entran dos mercaderes moros y MAMÍ
soldado corsario.

MERC. 1.º En fin, Aydar, ¿que en Cerdeña
Habéis hecho la galima?

- MAMÍ. Sí, y aun no de poca estima,
Según se vió en la reseña.
- MERC. 2.º Dícenos que os dieron caza
De Nápoles las galeras.
- MAMÍ. Sí dieron, más no de veras;
Que el peso las embaraza.
El ladrón que va á hurtar
Para no dar en el lazo,
Ha de ir muy sin embarazo,
Para huír; para alcanzar
Las galeras de cristianos,
Sabed, si no lo sabéis,
Que tienen falta de pies
Y que no les sobran manos;
Y esto lo acusa que van
Tan llenas de mercancías,
Que si bogasen dos días,
Un pontón no tomarán.
Nosotros á la ligera,
Listos, vivos como el fuego,
Y en dándonos caza, luego
Pico al viento y ropa fuera.
Las obras muertas abajo,
Árbol y entena en crujía,
Y así hacemos nuestra vía
Contra el viento, sin trabajo;
Y el soldado más lucido,
El más caco y más membrudo,
Luego se muestra desnudo
Y del bogavante asido.
Pero allá tiene la honra
El cristiano en tal extremo,
Que asir en un trance el remo
Le parece que es deshonra.
Y mientras ellos allá
En sus trece están honrados,
Nosotros, d'ellos cargados,
Venimos sin honra acá.
- MERC. 1.º Esa honra y ese engaño
Nunca salga de su pecho,
Pues nuestro mayor provecho
Nace de su propio daño.

Un mozo de poca edad
De estos sardos, comprar quiero.

MAMÍ. Ya los trae el pregonero
Vendiendo por la ciudad.

IZUF. ¿Hay españoles entre ellos?

MAMÍ. Si hay; que también tomamos
Una nave, y allí hallamos
Hasta venticuatro d'ellos.

Entra el PREGONERO con el PADRE y la MADRE y un niño de teta á los pechos y los dos MUCHACHOS.

PREG. ¿Hay quien compre los perritos,
Y el viejo, que es el perrazo,
Y la vieja y su embarazo?
Pues á fe que son bonitos.

De ése me dan ciento y dos,
D'este doscientos me dan;
Pero no los llevarán.

Pasa acá, perrazo, vos.

HIJO. ¿Qué es ésto, madre? ¿Por dicha
Véndennos aquestos moros?

MADRE. Sí, hijo; que sus tesoros
Los crece nuestra desdicha.

PREG. ¿Hay quien á comprar acierte
El niño y la madre junto?

MADRE. ¡Oh, amargo y terrible punto,
Más terrible que la muerte!

PADRE. Sosegad, señora, el pecho;
Que si mi Dios ha ordenado
Ponernos en este estado,
Él sabe por qué lo ha hecho.

MADRE. D'estos hijos tengo pena,
Que no sé por donde han de ir.

PADRE. Dejad, señora, cumplir
Lo que el alto cielo ordena.

MERC. 1.º ¿Qué han de dar déste? decí.

PREG. Ciento y dos escudos dan.

MERC. 2.º ¿Por ciento y diez darlo hán?

PREG. No, si no pasáis de ahí.

MERC. 2.º ¿Está sano?

PREG. Sano está. (Ábrele la boca.)

MERC. 2.º Abre, no tengas temor.

- HIJO. No me la saque, señor;
Que ella misma se caerá.
- MERC. 2.^o ¿Piensa que sacalle quiero,
El rapaz, alguna muela?
- HIJO. Paso, señor, no me duela;
Tenga quedo, que me muero.
- MERC. 2.^o Destotro ¿cuánto dan d'él?
- PREG. Doscientos escudos dan.
- MERC. 2.^o ¿Y por cuánto le darán?
- PREG. Trescientos piden por él.
- MERC. 2.^o Si te compro, ¿serás bueno?
- HIJO. Aunque vos no me compréis,
Seré bueno.
- MERC. 2.^o Y ¿serlo héis?
- HIJO. Ya lo soy, sin ser ajeno.
- MERC. 1.^o Por éste doy ciento y treinta.
- PREG. Vuestro es; venga el dinero.
- MERC. 1.^o En casa dároslo quiero.
- MADRE. ¡El corazón me revienta!
- MERC. 1.^o Comprad, compañero, esotro.
Ven niño, vente á holgar.
- HIJO. No, señor; no he de dejar
Mi madre por ir con otro.
- MADRE. Ve, hijo; que ya no eres
Sino del que te ha comprado.
- HIJO. ¡Ay, madre! ¿habéisme dejado?
- MADRE. ¡Ay, cielo, cuán crudo eres!
- MERC. 1.^o Anda, rapaz, ven conmigo.
- HIJO. Vámonos juntos, hermano.
- HERM. No puedo, ni está en mi mano;
El cielo vaya contigo.
- MADRE. ¡Oh, mi bien, y mi alegría,
No se olvide de ti Dios!
- HIJO. ¿Dónde me llevan sin vos,
Padre mío y madre mía?
- MADRE. ¿Quieres que hable, señor,
Á mi hijo aún un momento?
Dame este breve contento,
Pues es eterno el dolor.
- MERC. 1.^o Cuanto quisieres le di,
Pues será la vez postrera.
- MADRE. ¿Sí? pues ésta es la primera

Que en este trance me vi.

HIJO. Tenedme con vos aquí,
Madre; que voy no sé donde.

MADRE. La ventura se te asconde,
Hijo, pues yo te parí.

Hase escurecido el cielo,
Turbado los elementos,
Conjurado mar y vientos
Todos en tu desconsuelo;
No conoces tu desdicha,
Aunque estás bien dentro della,
Puesto que el no conocella
Lo puedes tener á dicha.

Lo que te ruego, alma mía,
Pues el verte se me impide,
Es que nunca se te olvide
Rezar el *Ave Maria*;

Que esta Reina de bondad,
De virtud y gracia llena,
Ha de limar tu cadena
Y volver tu libertad.

MERC. 1.º Mirad la perra cristiana
Qué consejo da al muchacho.
Sí, que no estaba él borracho
Como tú, sin seso, vana.

HIJO. Madre, al fin ¿que no me quedo?
¿Qué me llevan estos moros?

MADRE. Contigo van mis tesoros.

HIJO. Á fe que me ponen miedo.

MADRE. Más miedo me queda á mí
De verte ir donde vas,
Que nunca te acordarás
De Dios, de mí, ni de ti,

Porque esos tus tiernos años
¿Qué prometen sino esto,
Entre inicua gente puesto,
Fabricadora de engaños?

PREG. Calla, vieja y mala pieza,
Si no quieres, por más mengua,
Que lo que dice tu lengua
Que lo pague la cabeza.

Destotro ¿hay quién me dé más,

- Que es más bello y más lozano,
Que no es el otro su hermano?
- MERC. 2.^o Sus, ¿en cuánto le darás?
- PREG. ¿No os he dicho que trescientos
Escuchos de oro por cuenta?
- MERC. 2.^o ¿Quies doscientos y cincuenta?
- PREG. Es dar voces á los vientos.
- MERC. 2.^o Enamorado me há
El donaire del garzón;
Yo los doy, en conclusión.
- PREG. Dinero ó señal me da.
- MERC. 2.^o Cómo te llamas me di.
- HIJO. Señor, Francisco me llamo.
- MERC. 2.^o Pues que has mudado de amo,
Muda el Francisco en Mamí.
- HIJO. ¿Para qué es mudar el nombre
Si no he de mudar de fe?
- MERC. 2.^o Eso agora no lo sé.
- HIJO. No hay castigo que me asombre.
- MERC. 2.^o Alto, veníos tras mí.
- HIJO. Amados padres, adiós.
- PADRE. El mesmo vaya con vos.
- MADRE. ¡Francisco!
- MERC. 2.^o No, no, Mamí.
- HIJO. Eso no, señor patrón;
Francisco me has de llamar.
- MERC. 2.^o El palo os hará trocar
El nombre, y aun la intención.
- HIJO. Pues me aparta el hado insano
De vos, señor, ¿qué mandáis?
- PADRE. Sólo, hijo, que viváis
Como bueno y fiel cristiano.
- MADRE. Hijo, no las amenazas,
No los gustos y regalos,
No los azotes ni palos,
No los conciertos y trazas,
No todo cuanto tesoro
Cubre el suelo, el cielo ha visto,
Te mueva á dejar á Cristo
Por seguir al pueblo moro.
- HIJO. En mí se verá, si puedo,
Y mi buen Jesús me ayuda,

Cómo en mi alma no muda
La fe, la promesa ó miedo.

PREG. ¡Oh, qué cristiano se muestra
El rapaz! Pues yo os prometo
Que alzaréis con santo aprieto
La flecha, y la mano diestra.

Estos rapaces cristianos,
Al principio muchos lloros,
Y luego se hacen moros
Mejor que los más ancianos.

Sálense, y entran IZUF y SILVIA.

IZUF. Dejad, Silvia, el llanto agora,
Poned tregua al ansia brava;
Que no os compré para esclava,
Sino para ser señora.

Mirad que imagino y creo
Que vuestra gran desventura,
Para daros más ventura,
Ha traído este rodeo.

Con vos fortuna en su ley
No usa de nuevas leyes;
Que esclavos se han visto reyes,
Aunque vos sois más que rey.

Limpiad los húmedos ojos
Que sujetan cuanto miran,
Y al tiempo que se retiran,
Llevan de almas los despojos.

Y no cubra el blanco velo
Esa divina hermosura,
Que es como la nieve oscura
Que impide la luz del cielo

SILVIA. Esme ya tan natura,¹
Señor, el llanto y tormento,
Que si me deja un momento,
Lo tengo por mayor mal;

Y aunque así estoy, estaré
Alegre al obedeceros,
Pues diste tantos dineros
De mí, sin saber por qué;

Que si acaso lo habéis hecho.
Pensando sacar de mí

Gran rescate, desde aquí
 Se apoca vuestro provecho;
 Porque os prometo, señor,
 Que de miseria y pobreza
 Tengo cuanto de riqueza,
 Si la riqueza es dolor;
 Y de dolor soy tan rica,
 Cuanto, por darme pasión
 Este caudal, la ocasión
 Por puntos la multiplica.

IZUF.

Silvia, vives engañada;
 Que yo no quiero de ti
 Sino que quieras de mí
 Ser servida y respetada;
 Que el provecho que yo espero,
 Silvia, de haberte comprado,
 Es ver tu rostro extremado,
 Y no doblar el dinero;
 Que el amor, que se mejora
 En mostrar su fuerza brava,
 Me ha hecho esclavo de mi esclava,
 Esclava que es mi señora;
 Y quedo tan satisfecho
 De perder la libertad,
 Que alabo la crueldad
 D'este crudo y nuevo hecho;
 Y porque lo que aquí digo
 Lo entiendas, Silvia, mejor,
 Nunca me llames señor.

SILVIA.

Aunque tamaña mudanza
 Hace fortuna en mi estado,
 No creo se me ha olvidado
 El término de crianza.

Bien sé cómo he de llamarte,
 Y sé qué es de obligación,
 Que en lo que fuere razón,
 Procure de contentarte.

IZUF.

Tu habla tan comedida,
 Tu donaire, gracia y sér,
 Claro me dan á entender
 Que eres, Silvia, bien nacida.

Y aunque pudiera esperar
De ti un rescate crecido,
Á tal término he venido,
Que tú me has de rescatar.

Mas en tanto que á la clara
Veas cuanto hago por ti,
Ven, Silvia, vente tras mí,
Verás á tu ama Zara.

SILVIA. Vamos, Señor, en buena hora.

IZUF. Silvia, no tanto señor,
Pues mi ventura y amor
Os ha hecho á vos mi señora.

ZARA. Seáis, Izuf, bien llegado.
¿Cual es la esclava rumía?

SILVIA. Vuestra soy, señora mía.

IZUF. Verdad es, yo la he comprado.

ZARA. Por cierto la compra es bella,
Si, cual hermosa, es honesta;
Decid, señor; ¿cuánto cuesta?

IZUF. Dado he mil doblas por ella.

ZARA. ¿Es para ser rescatada?

IZUF. De muy rica tiene fama.

ZARA. ¿Su nombre?

IZUF. Silvia se llama.

ZARA. ¿Es doncella ó es casada?

SILVIA. Casada soy y doncella.

ZARA. ¿Cómo es esto, Silvia, di?

SILVIA. Señora, ello es así;
Que así lo quiso mi estrella.

El cielo me dió marido
No para que lo gozase,
Sino para que quedase
Yo perdida, y él perdido.

Entra un MORO

MORO. Izuf, á llamarte envía
Apriesa el Rey nuestro, Azán.

IZUF. ¿Dónde está agora?

MORO. En Durán.

Metido en grande agonía.

Amet genizar Agá,
Y los volucos bajies,

Y también los de bajies
Y oldajes están allá.

Hánse juntado á consejo
Sobre que se ha averiguado
Que el Rey de España ha juntado
De guerra grande aparejo.

Dicen que va á Portugal,
Mas ténese no sea maña,
Y es bien que tema su saña
Argel, que le hace más mal.

En la guerra hay mil ensayos,
De fraude y de astucia llenos;
Acullá suenan los truenos,
Y acá disparan los rayos.

IZUF. Vamos; que el cielo, que toma
Por suya nuestra defensa,
Á España hará, con su ofensa,
Sujeta y sierva á Mahoma. —

Y vos, señora, ordenad
Á Silvia lo que ha de hacer;
Y vos, Silvia, á su querer
Sujetad la voluntad.

Vanse los dos y queda SILVIA y ZARA, solas.

ZARA. Cristiana, di : ¿de adónde eres?
¿Eres pobre ó eres rica?
De suerte ensalzada ó chica
No me lo niegues, si quieres;
Porque soy, cual tú, mujer,
Y no de entrañas tan duras,
Que tus tristes desventuras
No me hagan enternecer.

SILVIA. Señora, soy de Granada,
Y de suerte así abatida,
Cual lo muestra el ser vendida,
Y á cada paso comprada.

Dicen que fuí rica un tiempo,
Pero toda mi riqueza
Se ha vuelto en mayor pobreza,
Y ha pasado con el tiempo.

ZARA. ¿Has algún tiempo tenido
Enamorado deseo?

- SILVIA. Al estado en que me veo
El crudo amor me ha traído.
- ZARA. ¿Fuiste acaso bien querida?
- SILVIA. Fuílo, y quise con ventaja
Tal, que apenas la mortaja
Borrará fe tan subida.
- ZARA. ¿Fuiste querida primero,
Ó empezó el amor de ti?
- SILVIA. Primero querida fui
Del que quise, querré y quiero.
- ZARA. ¿Es mozo?
- SILVIA. Y aun gentilhombre.
- ZARA. ¿Es cristiano?
- SILVIA. Pues ¡qué! ¿moro?
No sale de su decoro
Quien há de cristiano el nombre?
- ZARA. Y ¿es pecado querer bien
Á un moro?
- SILVIA. Yo no sé nada;
Sé que es cosa reprobada,
Y á cristianos no está bien.
- ZARA. Y ¿querer mora á cristiano?
- SILVIA. Eso tú mejor lo entiendes.
- ZARA. ¡Ay, Silvia, cómo me ofendes
Y me lastimas temprano?
- SILVIA. ¿Yo, mi señora? ¿En qué suerte?
- ZARA. Escucha y te lo diré;
Que, en oyéndome, bien sé
Que vendrás de mí á dolerte.
Has de saber, ¡oh, Silvia! que estos días,
Partieron deste puerto, con buen tiempo,
Doce bajeles, de corsarios todos,
Y con próspero viento caminaron,
Á vuelta de las islas de Cerdeña,
Y allí en las calas, vueltas y revueltas,
Y puntas que la mar hace y la tierra,
Se fueron á esconder, estando alerta
Si algún bajel de Génova ó España
Ú de otra nación con que no fuese
Francesa, por el mar se descubría.
En esto un bravo viento se levanta,
Que maestral se llama, cuya furia

Dicen los marineros que es tan fuerte,
Que las tupidas velas y las jarcias
Del más recio navío y más armado
No pueden resistirla, y es forzado
Acudir al abrigo más cercano,
Si su rigor acaso lo concede.
Las levantadas ondas, el ruido
Del atrevido viento detenía
Los corsarios bajeles en las calas,
Sin dejarles salir al mar abierto;
Y en otra parte con furor insano,
Mostrando su braveza, fatigaba
Una galera, de cristiana gente
Y de riquezas llena, que corriendo
Por el hinchado mar, sin remo alguno,
Venía á su albedrío, temerosa
De ser sorbida de las bravas hondas.
Pero después, al cabo de tres días,
Del recio mar y viento contrastada,
Descubrió tierra, y fué el descubrimiento
De su mayor dolor y desventura,
Porque á la misma isla de San Pedro
Vino á parar, á donde recogidos
Estaban los bajeles enemigos,
Los cuales, de la presa codiciosos,
Salen, y de furor bélico armados,
La galera acometen destrozada
Y de solos deseos defendida.
Una pelota pasa en el momento
Al capitán el pecho, y á su lado,
Del lusitano fuerte, muerto cae
Un caballero ilustre valenciano.
El robo, las riquezas, los cautivos
Que los turcos hallaron en el seno
De la triste galera, me ha contado
Un cristiano que allí perdió la dulce
Y amada libertad, para quitarla
Á quien quiere rendirse á su rendido.
Este cristiano, es Silvia, quien me tiene
Fuera del sér que á moras es debido,
Fuera de mi contento y alegría,
Fuera de todo gusto, y estoy fuera,

Que es lo peor, de todo mi sentido.
 Compróle mi marido y está en casa,
 Y puesto que con lágrimas y ruegos,
 Con sospiros, ternezas y con dádivas
 Procuro de ablandar su duro pecho
 Al mío, que contino es blanda cera,
 El suyo se me muestra de diamante.
 Así que, Silvia hermana, como has dicho
 Que al cristiano no es lícito dé gusto,
 En cosas del amor, á mora alguna,
 Tus razones me tienen ofendida,
 Y con aquesas mismas se defiende
 Aurelio, á quien ha hecho tan cristiano
 El cielo, para darme á mí la muerte.

SILVIA. ¿Aurelio dices que por nombre tiene,
 Señora, ese cristiano?

ZARA. Así se llama.

SILVIA. La galera que dices, según creo,
 Se llamaba *San Pablo*, y era nueva,
 Y de la sacra religión de Malta.
 Yo en ella me perdí, y ansí imagino
 Que conozco á ese Aurelio, y es un mozo
 De rostro grave y de nación hispano.

ZARA. Sin duda has acertado. ¡Ay, Silvia mía!
 ¿Quién es este enemigo de mi gloria?
 ¿Es caballero, ó rústico villano?
 Que todo lo parece en su apostura
 Y dura condición : el talle ilustre
 De la ciudad, la condición del monte.

SILVIA. Á mí, pobre escudero me parece,
 Según en la galera se trataba;
 Que de su hacienda no se más, señora.

ZARA. Ni yo sé que te diga ¡oh Silvia, Silvia!
 Sino que á tal extremo soy venida,
 Que le tengo de amar, sea quien se fuere.
 Sólo te ruego que procures, Silvia,
 De ablandar esta fiera tigre hircana,
 Y atraerla con dulces sentimientos
 Á que sienta la pena que padece
 Esta mísera esclava de su esclavo;
 Y si esto, Silvia, haces, yo te juro
 Por todo el Alcorán, de buscar modo

Como con brevedad alegre vuelvas
 Al patrio dulce suelo deseado.
 SILVIA. Deja, Señora, el cargo á Silvia d'ello;
 Que tú verás lo que mi industria hace
 Por gusto tuyo y por provecho mío.

(Éntrase.)

Sale AURELIO solo y dice :

¡ Oh, santa edad, por nuestro mal pasada,
 Á quien nuestros antiguos le pusieron
 El dulce nombre de la edad dorada !

¡ Cuán seguros y libres discurrieron
 La redondez del suelo los que en ella
 La caduca mortal vida vivieron !

No sonaba en los aires la querella
 Del mísero cautivo cuando alzaba
 La voz á maldecir su dura estrella;

Entonces libertad dulce reinaba,
 Y el nombre odioso de la servidumbre
 En ningunos oídos resonaba.

Pero después que sin razón, sin lumbre,
 Ciegos de la avaricia, los mortales,
 Cargados de terrena pesadumbre,

Descubieron los rubios minerales
 Del oro que en la tierra se escondía,
 Ocasión principal de nuestros males;

Este que menos oro poseía,
 Envidioso de aquel que con más maña
 Más riquezas en uno recogía,

Sembró la cruda y la mortal zizaña
 Del robo, de la fraude y del engaño,
 Del cambio injusto y trato con maraña;

Mas con ninguna hizo mayor daño
 Que con la hambrienta despiadada guerra,
 Que al natural destruye y al extraño.

Ésta consume, abrasa, echa por tierra
 Los reinos, los imperios populosos,
 Y la paz hermosísima destierra;

Y sus fieros ministros, codiciosos
 Más del rubio metal que de otra cosa,
 Turban nuestros contentos y reposos;

Y en la sangrienta guerra peligrosa,
Pudiendo con el filo de la espada
Acabar nuestra vida temerosa,

La guardan de prisiones rodeada,
Por ver si prometemos, por librilla,
Nuestra pobre riqueza mal lograda.

Ya sí puede el que es pobre y que se halla
Puesto entre esta canalla al daño cierto,
Su libertad á Dios encomendalla,

Ó contarse, viviendo, ya por muerto,
Como el que en rota nave y mar airado
Se halla solo, sin saber do hay puerto.

Y no tengo por menos desdichado
Al que tiene con qué, y el modo ignora
Como llegar al punto deseado;

Porque esta gente, do bondad no mora,
No dió jamás palabra que cumpliese,
Como falsa, sin ley, sin fe y traidora.

Guardará por su Dios al interese,
Y do éste no interviene, no se espere
Que por sola virtud bondad hiciese.

Aquí en diverso traje veo que muere
El ministro de Dios, y por su oficio
Más abatido es, peor se quiere;

Y el mancebo cristiano al torpe vicio,
Es dedicado, d'esta gente perra,
Do consiste su gloria y ejercicio

¡ Oh, cielo santo ! ¡ Oh, dulce amada tierra !
¡ Oh, Silvia ! ¡ Oh, gloria de mi pensamiento !
¿ Quién de tu alegre vista me destierra ?

Pero, si no me engaño, pasos siento.
Izuf, mi amo, es éste que aquí viene;
¡ Cuán ajeno de sí le trae el tormento !

Vase, y sale IZUF.

IZUF. Quien con amor amargo se entretiene,
Y al duro yugo de su servidumbre
El flaco cuello ya inclinado tiene,

Si del cielo no viene nueva lumbre,
Que aquella ceguedad de los sentidos
Con claros rayos de razón alumbre,
Todos estos remedios son perdidos;

Que al fin irán por tierra derribados
 Los amigos consejos. Más sabidos,
 Más viejos y más pláticos soldados
 Tiene el Rey á su mando y su servicio;
 Déjeme á mí, que tengo otros cuidados.

Mejor será que el trabajoso oficio
 De reparar los fosos y muralla
 Entregue al que de amor aún es novicio;

Que yo más cruda y más fiera batalla
 Espero á cada paso. ¿Ay suerte dura,
 Que teme el alma y ha de atropellalla!

¡ Oh, Silvia, reina de la hermosura!
 Por vos á los oficios doy de mano,
 Que pudieran honrarme y dar ventura. —

Pero ¿qué es lo que he dicho, ciego insano?
 No vale más gozar de aquellos ojos
 Que ser señor del ancho suelo hispano?

Tu beldad, Silvia, adoro aquí de hinojos.

AURELIO vuelve, y hallándole de rodillas, le dice:

AUREL. ¿Son estos los despojos, señor mío,
 Que el gran cuidado mío te procura?
 Por cierto que es locura averiguada
 Mostrar tan derribada la esperanza;
 Ten, señor, confianza, espera un poco;
 Que das muestras de loco en lo que haces.

IZUF. Poco me satisfaces y contentas,
 Si consolarme tratas con razones.
 ¿Has visto las facciones de mi diosa?

AUREL. Señor, no he visto cosa; ¿es ya venida?
 Si lo es, retraída está allá dentro.

IZUF. Sí está, y aun en el centro de mi pecho.

AUREL. Ten cierto tu provecho, desde hoy ma...

IZUF. Vamos, y verla hás, y ten cuidado
 De lo que te he rogado...

AUREL. El cielo será desto...

Vanse, y sale FÁTIMA, sola

FÁTIMA. El esperado punto es ya llegado,
 Que pide la no vista hechicería,
 Para poder domar el no domado
 Pecho, que domará la ciencia mía.

Por la región del cielo estrellado,
Carro lleva la noche obscura y fría,
Y la ocasión me llama, do haré cosas
Horrendas, estupendas, espantosas.

El cabello dorado al aire suelto
Tiene de estar, el cuerpo desceñido,
Descalzo el pie derecho, el rostro vuelto
Al mar, á donde el sol sea zabullido.
Al brazo este sartal será revuelto
De las piedras preñadas que en el nido
Del águila se hallan, y esta cuerda
Con mi entención la virtud suya acuerda.

Aquestas cinco cañas, que cortadas
Fueron en luna llena por mi mano,
En esta misma forma acomodadas,
Lo que quiero harán fácil y llano.
También estas cabezas, arrancadas
Del jáculo, serpiente, en el verano
Ardiente, allá en la Libia, me aprovechan,
Y aun estos granos, si en el suelo se echan.

Esta carne, quitada de la frente
Del tiernecillo potro cuando nace,
Cuya virtud rarísima, excelente,
En todo á mi deseo satisface,
Envuelta en esta hierba, á quien el diente
Tocó del corderillo cuando pace,
Hará que Aurelio venga, cual cordero
Mansísimo y humilde, á lo que quiero.

Esta figura, que de cera es hecha,
En el nombre de Aurelio fabricada,
Será con blanda mano y dura flecha
Por medio el corazón atravesada.
Quedará luego Zara satisfecha
De aquella voluntad desordenada,
Y el helado cristiano vendrá luego,
Ardiendo en amoroso y dulce fuego.

Á vosotros, oh justos Radamantos
Y Minos, que con leyes inmutables
En los oscuros reinos del espanto
Regis las almas tristes, miserables,
Si acaso tiene fuerza el ronco canto,
Ó murmurio de versos detestables,

Por ellos os conjuro, ruego y pido
Ablandéis este pecho endurecido.

Rápida, ronca, run, raspe, riforme,
Gandulandín clifet Pantasilonte,
Ladrante, tragador, falso tisforme,
Hervárico, pestífero del monte,
Hérebo, engendrador del rostro inorme
De todo fiero Dios, á punto ponte,
Y ven sin detenerle á mi presencia,
Si no desprecias la zoroastra ciencia.

Sale un DEMONIO, y dice :

DEM. La fuerza incontrastable de tus versos
Y murmurios perversos me han traído
Del reino del olvido á obedecerte;
Mas, ¡oh mora! que el verte en esta empresa
Infinito me pesa, porque entiendo
Que es mi tiempo perdiendo.

FÁTIMA. ¿Por qué causa?

DEM. Pon al conjuro pausa, y al momento
Satisfaré tu intento en lo que pides.
Si acaso tú te mides y acomodas
Con mis palabras todas y consejos,
Todos tus aparejos son en vano
Porque un pecho cristiano que se arrima
Á Cristo, en poco estima hechicerías;
Por muy diversas veces te conviene
Atraerle á que pene por tu amiga.

FÁTIMA. ¿Ansí que esta fatiga no aprovecha?

DEM. En vano ha sido hecha; mas escucha,
Que con presteza mucha y sin rodeo
Cumplirás tu deseo; en este modo
En el infierno todo va, y quien haga
Más cruda y fiera plaga entre cristianos,
Aunque muestren más sanos corazones
Y limpias intenciones, que es la dura
Necesidad, que apura la paciencia.
No tiene resistencia esta pasión,
La obra es la Ocasión; si éstas dos vienen,
Y con Aurelio tienen estrecheza,
Verás á su braveza derribada

Y en blandura tornada, y con sosiego
Regalarse en el fuego de Cupido,

FÁTIMA. Pues esas dos te pido que me envíes.
Y que no te desvies d'esta empresa.

DEM. Tu mandado se hará con toda priesa.

(Vanse.)

JORNADA TERCERA

Salen DOS ESCLAVOS y DOS MUCHACHILLOS MOROS que les salen diciendo estas palabras, que se usan decir en Argel : « Joan, ó Juan, non rescatar, non fugir; don Juan no venir; acá morir, perro, acá morir; don Juan no venir; acá morir. »

ESC. 1.º Bien decís, perros; bien decís, traidores;
Que si don Juan, el valeroso de Austria,
Gozara del vital amado aliento,
Á sólo él, á sola su ventura,
La destrucción de vuestra infame tierra
Guardara el justo y piadoso cielo.
Mas no le mereció gozar del mundo;
Antes, en pena de tan graves culpas
Como en él se cometen, quiso el hado
Cortar el hilo de su dulce vida,
Y arrebetar el alma al alto cielo.

MORO.] ¡ *Don Juan no venir; acá morir!*

ESC. 1.º Si él acaso viniera, yo sé cierto
Que huyérades vosotros y este infame.

MORO.] ¡ *Don Juan no venir; acá morir!*

ESC. 2.º Vendrá su hermano, el inclito Filipo,
El cual sin duda ya venido hubiera,
Si la cerviz indómita y erguida
Del luterano Flandes no ofendiese
Tan sin vergüenza á su Real corona.

MORO.] ¡ *Don Juan no venir; acá morir!*

ESC. 1.º Primero espero ver puestas por tierra
Estas flacas murallas, y este nido
Y cueva de ladrones abrasado;
Pena que justamente es le debida
Á sus continos y nefandos vicios.

- ESC. 2.º Será nunca acabar si respondemos.
Déjalos ya, Per Álvarez amigo,
Que ellos se cansarán; y dime agora
Si todavía piensas de huirte.
- ESC. 1.º Y ¿cómo?
- ESC. 2.º ¿En qué manera?
- ESC. 1.º ¿En qué manera?
Por tierra, pues no puedo de otra suerte.
- ESC. 2.º Dificultosa empresa cierto emprendes.
- ESC. 1.º Pues ¿qué quieres que haga? dime, hermano.
Que mis ancianos padres, que son muertos,
Y un hermano que tengo sea entregado
En la hacienda y bienes que dejaron;
El cual es tan avaro, que aunque sabe
La esclavitud amarga que padezco,
No quiere dar, para librarme della,
Un real de mi mismo patrimonio.
Como esto considero, y veo que tengo
Un amo tan cruel como tú sabes,
Y que piensa que yo soy caballero,
Y que no hay modo que limosna alguna
Llegue á dar el dinero que él me pide,
Y la insufrible vida que padezco,
De hambre, desnudez, cansancio y frío,
Determino morir antes huyendo,
Que vivir una vida tan mezquina.
- ESC. 2.º ¿Has hecho la mochila?
- ESC. 1.º Sí, ya tengo.
Casi diez libras de bizcocho bueno.
- ESC. 2.º Pues hay desde aquí á Orán sesenta leguas.
Y ¿no piensas llevar más de diez libras?
- ESC. 1.º No, porque tengo hecha ya una pasta
De harina y huevos, y con miel mezclada,
Y cocida muy bien, la cual me dicen
Que da muy poco d'ella gran sustento;
Y si esto me faltare, algunas hierbas
Pienso comer, con sal, que también llevo.
- ESC. 2.º ¿Zapatos llevas?
- ESC. 1.º Sí, tres pares buenos.
- ESC. 2.º ¿Sabes bien el camino?
- ESC. 1.º Ni por pienso.
- ESC. 2.º ¿Pues cómo piensas ir?

- ESC. 1.º Por la marina,
Que agora como es tiempo de verano,
Los alarabes todos á la sierra
Se retiran, buscando el fresco viento.
- ESC. 2.º ¿Llevas algunas señas por do entieras
Cuál es de Orán la deseada tierra?
- ESC. 1.º Sí llevo, y sé que he de pasar primero
Dos ríos, uno Délbat es nombrado
Río del Azafrán, que está aquí junto;
Otro el de Hiqueznaque, que es más lejos,
Cerca de Mostagán, y á man derecha,
Está una levantada y grande cuesta,
Que dicen que se llama el Cerro Gordo,
Y puesto encima d'ella, se descubre
Frente por frente un monte, que es la silla
Que sobre Orán levanta la cabeza.
- ESC. 2.º ¿Caminarás de noche?
- ESC. 1.º ¿Quién lo duda?
- ESC. 2.º ¿Por montañas, por riscos, por honduras
Te atreves á pasar en las tinieblas
De la cerrada noche, sin camino
Ni senda que te guíe á donde quierres?
¡ Oh, libertad, y cuánto eres amada!
Amigo dulce, el cielo santo haga
Salir con buen suceso tu trabajo;
Dios te acompañe.
- ESC. 1.º Y él vaya contigo.

(Vanse.)

Salen AURELIO y SILVIA.

- AUREL. Dádome há la fortuna por descuento
De todo mi trabajo, Silvia mía,
La gloria de mirarte y el contento;
Mi pena será vuelta en alegría
De hoy más, pues que te veo. Silvia amada,
Y mi cerrada noche en claro día.
- SILVIA. Yo soy, mi bien, la bien afortunada,
Pues que torno á gozar de tu presencia,
De lo que estaba ya desconfiada.
- AUREL. ¿Cómo os ha ido, esposa, en esta ausencia,
En poder d'esta gente, que no alcanza

- Razón, virtud, valor, alma, conciencia?
- SILVIA. Como he tenido y tengo la esperanza
Puesta en el Hacedor de tierra y cielo,
Con cristiana y segura conianza,
Por su bondad, aún tengo el casto velo
Guardado, y con su ayuda santa, espero,
No tener de mancharle algún recelo.
- AUREL. Sabrás, esposa dulce, que el artero
Y vengativo amor ha salteado
Con áspero rigor, airado y fiero
El pecho de mi ama, y le ha llagado
De una llaga incurable, pues le tiene
Deste pecho que es tuyo, enamorado,
Y á do quiera que voy, conmigo viene;
Y según que la mora me declara,
Con el sólo mirarme se entretiene.
- SILVIA. Todo ese cuento ya me ha dicho Zara,
Y me ha pedido que yo á tí te pida
No quieras desdeñarla así á la clara.
También no pasa menos triste vida
Izuf, nuestro amo, que también me adora
Con fe, que á lo que creo, no es fingida.
- AUREL. ¡ Oh, pobre moro !
- SILVIA. ¡ Oh, desdichada mora !
- AUREL. ¡ Cómo enviáis en vano al vano viento
Vuestros vanos suspiros de hora en hora !
También me ha dicho Izuf todo su intento,
Y me ha rogado que yo á vos os ruegue
Algún alivio déis á su tormento;
Mas antes con airada furia llegue
Una saeta que me pase el pecho,
Y esta alma de las carnes se despegue,
Que tan á costa mía su provecho,
Y tan en daño vuestro, procurase,
Aunque él quede de mí mal satisfecho.
- SILVIA. Si en este caso, Aurelio, nos bastase
Mostrar á estos voluntad trocada,
Sin que el daño adelante más pasase,
Tendríalo por cosa yo acertada,
Porque d'este fingir se granjearía
El no estorbarnos nuestra vista amada.
Dirás á Zara que por causa mía

No te nuestras tan áspero, y yo al moro
Diré que mucho puede tu porfía;

Y guardando los dos este decoro,
Con discreción podremos fácilmente
Aplacar, con el vernos, nuestro lloro.

AUREL. El parecer que has dado es excelente,
Y haráse cual ordenas, y entre tanto
Quizá se aplacará el hado inclemente.

Yo escribiré á mi padre en el quebranto
En que estamos los dos; tú, Silvia, puedes
Escribir á los tuyos otro tanto;

Y porque á veces tienen las paredes,
Como se dice, oídos, Silvia mía,
Agradeciendo al cielo estas mercedes,
Pasemos esta plática á otro día.

(Vanse.)

Salen LA OCASIÓN y LA NECESIDAD.

OCASIÓN. Necesidad, fiel ejecutora

De cualquiera delicto que se ofrece
La pública ocasión ó la secreta,
Ya ves cuán apremiadas y forzadas
Del hérebo infernal habemos sido
Para venir á combatir la roca
Del pecho encastillado de un cristiano
Que está rebelde y muestra que no teme
Del niño y ciego dios la grande fuerza.
Es menester que tú le solicites,
Y te le muestres siempre á todas horas,
En el comer y en el vestir y en todas
Las cosas que pensare ó pretendiere;
Yo, de mi parte, de continuo pienso
Ponérmele delante, y la melena
De mis pocos cabellos ofrecerle,
Y detenerme un rato, porque pueda
Asirme d'ella, cosa poco usada
De mi ligera condición y presta.

NECES. Bien puedes, Ocasión, estar segura
Que yo haré por mi parte maravillas,
Si tu favor y ayuda no me falta;
Pero ves, aquí viene el indomable;

Apercíbete, hermana, y derribemos
La vana presunción d'este cristiano.

Sale AURELIO.

- AUREL. ¿Que no ha de ser posible, pobre Aurelio,
El defenderte desta mora infame,
Que por tantos caminos te persigue?
Sí será, sí, si no me niega el cielo
El favor que hasta aquí no me ha negado.
De mil astucias usa y de mil mañas
Para traerme á su lascivo intento;
Ya me regala, ya me vitupera,
Ya me da de comer en abundancia,
Ya me mata de hambre y de miseria.
- NECES. Grande es, por cierto, Aurelio, la que tienes.
- AUREL. Grande necesidad cierto padezco.
- NECES. Rotos traes los zapatos y vestido.
- AUREL. Zapatos y vestidos tengo rotos.
- NECES. En un pellejo duermes y en el suelo.
- AUREL. En el suelo me acuesto en un pellejo.
- NECES. Corta traes la camisa, sucia y rota.
- AUREL. Sucia, corta camisa y rota traigo.
- OCAS. Pues yo sé, si quieres, que hallarías
Ocasión de salir d'este trabajo.
- AUREL. Pues yo sé, si quisiese, que podría
Salir desta miseria, á poca costa.
- OCAS. Con no más de querer á tu ama Zara,
Ó con dar muestras sólo de quererla.
- AUREL. Con no más de querer bien á mi ama,
Ó fingir que la quiero, me bastaba;
Mas ¿quién podrá fingir lo que no quiere?
- NECES. Necesidad te fuerza á que lo hagas.
- AUREL. Necesidad me fuerza á que lo haga.
- OCAS. ¡ Oh, cuán rica que es Zara y cuán hermosa !
- AUREL. ¡ Cuán hermosa y cuán rica que es mi ama !
- NECES. Y liberal, que hace más al caso;
Que te dará á montón lo que quisieres.
- AUREL. Y siendo liberal y enamorada,
Daráme todo cuanto le pidiere.
- OCAS. Extraña es la ocasión que se te ofrece.
- AUREL. Extraña es la ocasión que se me ofrece;
Mas no podrá torcer mi hidalga sangre,

De lo que es justo y á sí misma debe.

OCAS. ¿Quién tiene de saber lo que tú haces?
Que un pecado secreto, aunque sea grave,
Cerca tiene el remedio y la disculpa.

AUREL. ¿Quién tiene de saber lo que yo hago?
Y una secreta culpa no merece
La pena que á la pública le es dada.

OCAS. Y más, que la ocasión mil ocasiones
Te ofrecerá secretas y escondidas.

AUREL. Y más, que á cada paso se me ofrecen
Secretas ocasiones infinitas.
Cerrar quiero con una... Aurelio, paso;
Que no es de caballero lo que piensas,
Sino de mal cristiano, descuidado
De lo que á Cristo y á su sangre debe.

NECES. Misericordia tuvo y tiene Cristo.
Con que perdona siempre las ofensas
Que por necesidad pura se hacen.

AUREL. Pero bien sabe Dios que aquí me fuerza
Pura necesidad, y ésto reciba
El cielo por disculpa de mi culpa.

OCAS. Agora es tiempo, Aurelio, agora puedes
Asir á la ocasión por los cabellos;
Mira cuán linda, dulce y amorosa
La mora hermosa viene á tu mandado.

(Sale ZARA.)

ZARA. Aurelio ¿sólo estás?

AUREL. Y acompañado.

ZARA. ¿De quién?

AUREL. De un amoroso pensamiento.

ZARA. ¿Quién fué la causa? dí.

AUREL. Si te la digo,

Podría ser que ya no me llamases
Riguroso ó cruel desamorado.

NECES. Obrando va tu fuerza, compañera.

OCAS. Pues ¿no ha de obrar? Escucha en lo que para.

ZARA. Si eso así fuese, Aurelio, dichosísima

Sería mi ventura, y tu serías

No menos venturoso, dulce Aurelio;

Y porque más despacio y más á solas

Me puedas descubrir tu pensamiento,

Sígueme agora, Aurelio, que se ofrece
La ocasión de no estar Izuf en casa.

AUREL. Si seguiré, señora; que ya es tiempo
De obedecerte, pues que soy tu esclavo.

NECES. Por tierra va, Ocasión, el fundamento
Del bizarro cristiano : ya se rinde.

OCAS. Tales combates juntas le hemos dado.
Entrémonos con Zara en su aposento,
Y allí de nuevo, cuando Aurelio entrare,
Tornaremos á darle tientos nuevos.

Éntranse y queda AURELIO solo.

AUREL. Aurelio, ¿dónde vas? ¿Parado mueves
El vagaroso paso? ¿Quién te guía?
¿Con tan poco temor de Dios te atreves
Á contentar tu loca fantasía?
Las ocasiones fáciles y leves
Que el lascivo regalo al alma envía,
¿Tienen de persuadirte y derribarte,
Y al vano y torpe amor blando entregarte?
¿Es éste el levantado pensamiento
Y el propósito firme que tenías
De no ofender á Dios aunque en tormento
Acabases tus cortos tristes días?
¿Tan presto has ofrecido y dado al viento
Las justas amorosas fantasías,
Y ocupas la memoria de otras vanas,
Inhonestas, infames y livianas?
Vaya lejos de mí el intento vano;
¡ Afuera, pensamiento mal nacido!
Que el lazo enredador de amor insano
De otro más limpio amor será rompido.
Cristiano soy, y he de vivir cristiano;
Y aunque á terminos tristes conducido,
Dádivas ó promesa, astucia ó arte,
No harán que un punto de mi Dios me aparte.

al FRANCISCO, el muchacho hermano del que vendieron en la
segunda jornada, y dice:

FRANC. ¿Has visto, Aurelio, á mi hermano?

AUREL. ¿Dices á Juanico?

FRANC. Sí.

- AUREL. Poquito habrá que lo vi.
 FRANC. ¡ Oh, santo Dios soberano!
 AURELI ¿Padeces algún tormento,
 Francisco?
- FRANC. Sí, una fatiga
 Que no sé cómo la diga,
 Aunque sé cómo la siento.
 Y no quieras saber más.
 Para entender mi cuidado,
 Sino que mi hermano ha dado
 El ánima á Satanás.
- AUREL. ¿Ha renegado por dicha?
 FRANCIS. ¿Dicha llamas renegar?
 Si él lo viene á efectuar,
 Ello será por desdicha.
 Ha dado ya la palabra
 De ser moro, y este intento
 En su tierno pensamiento
 Con regalos siempre labra.
- AURELIO. Vesle, Francisco, á do asoma;
 Bizarro viene por cierto.
- FRANCIS. Estos vestidos le han muerto :
 Que él, ¿qué sabe de Mahoma?

Sale JUANICO, el hermano de FRANCISCO.

- AURELIO. Vengáis horabuena, Juan.
 JUAN. No saben ya que me llamo...
 AURELIO. ¿Cómo?
 JUAN. Así como mi amo.
 FRANCIS. ¿En qué modo?
 JUAN. Solimán.
 FRANCIS. Tósigo fuera mejor,
 Que envenenara aquel hombre
 Que así ha mudado el nombre.
 ¿Qué es lo que dices, traidor?
- JUAN. Perro, poquito de aqueso,
 Que se lo diré á mi amo.
 ¿Porque Solimán me llamo,
 Me amenaza? ¡ Bueno es eso!
- FRANCIS. Abrázame, dulce hermano.
 JUAN. ¿Hermano? ¿De cuándo acá?
 Apártese el perro allá,

FRANCIS. No me toque con la mano.
¿Por qué conviertes en lloro
Mi contento, hermano mío?

JUAN. Ese es grande desvarío,
¿Hay más gusto que ser moro?
Mira este galán vestido
Que mi amo me le ha dado,
Y otro tengo de brocado
Más bizarro y más polido.
Alcuzcuz cómo sabroso,
Sorbete de azúcar bebo,
Y el corde, que es dulce, pruebo,
Y el pilas, que es provechoso,
Y en vano trabajarás
De aplacarme con tu lloro;
Mas si tú quieres ser moro,
Á fe que lo acertarás.
Toma mis consejos sanos
Y veráste mejorado;
Adiós; porque es gran pecado
Hablar tanto con cristianos.

(Vase.)

FRANCIS. ¿Hay desventura igual en todo el suelo?
¿Qué red tiene el demonio aquí tendida,
Con que estorba el camino de ir al cielo?
¡Oh, tierna edad, cuán presto eres vencida,
Siendo en esta Sodoma secuestrada
Y con falsos regalos combatida!

AUREL. ¡Oh, cuán bien la limosna es empleada
En rescatar muchachos! que en sus pechos
No está la santa fe bien arraigada.

¡Si de hoy más en caridad deshechos
Se viesen los cristianos corazones,
Y fuesen en el dar no tan estrechos
Para sacar de grillos y prisiones
Al cristiano cautivo, especialmente
Á los niños de flacas intenciones!

En esta santa obra así excelente,
Que en ella sola están todas las obras
Que al cuerpo y alma tocan juntamente :
Al que rescatas, de perdido cobras;

Reduces á tu patria el peregrino,
 Quitasle de cien mil y más zozobras :
 De hambre que le aflige de continuo,
 Y de la sed insufrible y de consejos
 Que procuran cerrarle el buen camino;
 De muchos y continuos aparejos
 Que aquí el demonio tiene, con que toma
 Á muchachos cristianos y aun á viejos.

¡ Oh, secta fementida de Mahoma,
 Ancha casaca, poco escrupulosa,
 Con qué facilidad los simples doma !

FRANCIS. ¿Mándasme, buen Aurelio, alguna cosa?

AUREL. Dios te guíe, Francisco, y ten paciencia;

Que la mano bendita poderosa
 Curará de tu hermano la dolencia.

Vase FRANCISCO, y yéndose á salir AURELIO, sale SILVIA y dice :

SILVIA. ¿Dó vas, Aurelio, dulce amado esposo?

AUREL. Á verte, Silvia, pues tu vista sola
 Es el perfecto alivio á mis trabajos.

SILVIA. También el verte yo, mi caro Aurelio,
 Es el remedio de mis graves daños.

Abrázanse, y estánlo mirando sus amos; y Zara va dar á
 SILVIA y IZUF á AURELIO.

ZARA. Perra, y ¿ésto se sufre ante mis ojos?

IZUF. Perro, traidor, esclavo ¿con la esclava?

ZARA. No, no, señor; no tiene culpa Aurelio;
 Que es hombre al fin, sino esta perra esclava.

IZUF. La esclava no, señora; este maldito,
 Forzador é inventor de mil embustes,
 Tiene la culpa d'estas desvergüenzas.

ZARA. Si esta lamida, si esta descarada
 No diera la ocasión, no se atreviera
 Aurelio así á abrazarla estrechamente.

AUREL. No por cierto, señores; no ha nacido
 Nuestra desenvoltura de ocasiones
 Lascivas, según da las muestras d'ello,
 Sino que á Silvia le rogaba agora
 Me hiciese una merced que há muchos días
 Que se la pido, y no por mi interese,
 Y ella también á mí me ha persuadido

Que un servicio le hiciere, que conviene
 Para mejor servir la casa vuestra,
 Y por habernos concedido entrambos
 Aquello que pedía el uno al otro,
 En señal de contento, nos hallastes
 De aquel modo que vistes, abrazados,
 Sin manchar los honestos pensamientos.

IZUF. ¿Es verdad esto, Silvia?

SILVIA. Verdad dice.

IZUF. ¿Qué le pediste tú á él?

SILVIA. Poco te importa
 Saber lo que yo á Aurelio le pedía.

ZARA. ¿Concediótelo al fin?

SILVIA. Como yo quise.

IZUF. Entraos á dentro; que por fuerza os creo,
 Porque si no os creyese, convendría
 Castigar vuestro exceso con mil penas.

Éntranse AURELIO y SILVIA.

Sabréis, Zara, que en este mismo punto,
 Viniendo por el Zoco, me fué dicho
 Cómo el Rey me mandaba que llevase
 Á Silvia con Aurelio á su presencia,
 Y tengo para mí, que algún tresleño
 Y mal cristiano que á los dos conoce,
 Al Rey debe de haber significado
 Cómo son de rescate estos cautivos;
 Y como el Rey está tan mal conmigo,
 Porque aceptar no quise el cargo y honra
 De reparar los fosos y murallas,
 Quiéremelos quitar sin duda alguna.

ZARA. El remedio que en esto se me ofrece,
 Es advertir á Aurelio que no diga
 Al Rey que es caballero, sino un pobre
 Soldado que iba á Italia, y que esta Silvia
 Es su mujer; y si esto el Rey creyese,
 No querrá, por el tanto que costaron
 Quitártelos; que el precio es muy subido,

IZUF. Muy bien dices, señora : ven, entremos,
 Y demos este aviso á los dos juntos.

JORNADA CUARTA

Entra el CAUTIVO que se huyó, descalzo, roto el vestido, y las piernas señaladas, como que trae muchos rasgones, de las espinas y zarzas por do ha pasado.

CAUTIVO. Este largo camino,
 Tanto pasar de breñas y montañas,
 Y el bramido contino
 De fieras alimañas
 Me tienen de tal suerte,
 Que pienso de acabarle con la muerte,
 El pan se me ha mojado,
 Y roto entre jarales el vestido,
 Los zapatos rasgado,
 El brío consumido;
 De modo que no puedo
 En pie del otro pie pisar un dedo.
 Ya la hambre me aqueja
 Y la sed insufrible me atormenta;
 Ya la fuerza me deja;
 Y espero d'esta afrenta
 Salir, con entregarme
 Á quien de nuevo quiera cautivarme.
 He ya perdido el tino;
 No sé cuál es de Orán la cierta vía;
 Ni senda ni camino
 La triste suerte mía
 Me ofrece; mas ¡ay, laso!
 Que, aunque la hallase, no hay mover el paso. —
 Virgen bendita y bella,
 Remediadora del linaje humano,
 Sed vos aquí la estrella
 Que en este mar insano
 Mi pobre barca guíe,
 Y de tantos peligros la desvíe.
 Virgen de Monserrate,
 Que esas ásperas sierras hacéis cielo,
 Enviadme rescate,
 Sacadme d'este duelo,
 Pues es hazaña vuestra
 Al misero caído dar la diestra.
 Entre estas matas quiero

Asconderme, porque es entrado el día,
 Aquí morir espero :
 Santísima María,
 En este trance amargo,
 El cuerpo y alma dejo á vuestra cargo.

Échase á dormir entre unas matas, y sale un león y échase junto á él muy manso, y luego sale OTRO CRISTIANO, que también se ha huído de Argel, y dice :

CRIST. Estas pisadas no son
 Por cierto, de moro, no,
 Cristiano las estampó,
 Que con la misma intención
 Debe de ir que llevo yo.
 De alárabes las pisadas
 Son anchas y mal formadas,
 Porque es ancho su calzado;
 El nuestro más escotado,
 Y así son diferenciadas.

Y seguro que no está
 Muy lejos de aquí escondido,
 Porque el rastro es ya perdido,
 Mas el sol alto está ya,
 Y yo mal apercebido.
 Aquí me quiero esconder,
 Hasta que al anoecer
 Torne á seguir mi viaje;
 Que en este mismo paraje
 Mostagán viene á caer.

Pues el sol sale de allí,
 El Norte hacia aquí se inclina;
 No está lejos la marina.
 ¡ Oh, qué mal estoy aquí ! —
 Buen Jesús, tú me encamina,
 Que mucho alárabe pasa
 Por esta campaña rasa;
 Si hoy me he acertado á esconder,
 No me despido de ver
 Mis hijos, mujer y casa.

Escóndese y sale luego UN MORILLO, como que va buscando hierbas y ve escondido á este segundo cristiano y comienza á dar voces : « ¡ Nizarra, Nizarra ! », á las cuales acuden OTROS MOROS, y cogen al cristiano, y dándole de mojicones, se entran; entrando, despierta el primer cautivo, que está junto al león, y viéndole, se espanta y dice:

CAUT.

¡ Santo Dios ! ¡ qué es lo que veo !
 ¡ Qué manso y fiero león !
 Saltos me da el corazón.
 Cumplido se ha mi deseo :
 Libre soy ya de pasión,
 Pues lo quiere mi ventura.
 Este con su fuerza dura
 Mis días acabará,
 Y su vientre servirá
 Al cuerpo de sepultura.

Pero tanta masedumbre
 No se ve así fácilmente
 En animal tan valiente,
 Aunque su fiera costumbre
 Muestra á las veces clemente.
 Mas ¿quién sabe si movido
 El cielo de mi gemido,
 Este león me ha enviado
 Para ser por él tornado
 Al camino que he perdido?

Sin duda es divina cosa;
 Y asegúrame este intento
 Que en mis espíritus siento
 Con fuerza maravillosa
 Y nuevo y crecido aliento;
 Y ya es caso averiguado
 Que otro león ha llevado
 Á la Goleta un cautivo,
 Que le halló en un monte esquivo
 Huído y descaminado. —

Obra es ésta, Virgen pía,
 De vuestra divina mano;
 Porque ya está claro y llano,
 Que el hombre que en vos confía,
 No espera y confía en vano. —
 Espérame, compañero;
 Que yo determino y quiero
 De seguirte do quier fueres;
 Que ya me parece que eres,
 No león, sino cordero.

Éntrase, y vuelve á salir y dice :

Nunca menos con afán
 He caminado camino,
 Y aquello que yo imagino
 No está muy lejos Orán.
 Gracias te doy, Rey divino;
 Virgen pura, á vos alabo;
 Yo ruego llevéis al cabo
 Tan extraña caridad;
 Que si me dáis libertad,
 Prometo seros esclavo.

Vase, y salen los dos cautivos PEDRO y SAAVEDRA.

PEDRO. Siete escudos de oro he granjeado
 Con mi solicitud, industria y maña,
 Y aun son pocos, según he trabajado.
 Nunca tuve otros tantos en España
 Cuando anduve en la guerra de Granada,
 Armado nueve meses en campaña.

SAAV. ¿Cómo cayeron, Pedro, en la celada
 Los siete escudos hoy? Por vida mía,
 Cualque nueva campaña fabricada.

PEDRO. Muy mal se negará á tu cortesía
 Cualquier secreto mío; escucha agora
 Y verás lo que he hecho en este día,
 En esta casa grande, do Izuf mora,
 Renegado español que está casado
 Con Zahara, la ilustre hermosa mora,
 Está un cautivo nuevo que es llamado
 Aurelio, y una Silvia, hermosa dama,
 De quien está el Aurelio enamorado.
 Los dos de principales tienen fama,
 Y helo dicho yo al Rey, y mandó darme
 Los tres escudos d'estos.

SAAV. ¡Gentil trama!

PEDRO. Gentil ó no gentil, si remediarme
 No puedo de otra suerte, y cada día
 He de dar mi jornal y sustentarme,
 ¿Quieres que cate y guarde cortesía
 Á quien puede pagar bien su rescate?
 No reza esa oración mi letanía.

SAAV. ¿Los otros cuatro?

PEDRO. Son de un jaque y mate

Que he dado en una bolsa de un cristiano
Con un muy concertado disparate.

Hele hecho tocar casi con mano
Que tengo ya una barca medio hecha,
Debajo de la tierra, allá en un llano.

Queda d'esta verdad bien satisfecha
Su voluntad, y cierto el bobo piensa
Alcanzar libertad ya de esta hecha;

Para ayudar el gasto y la despensa
De tablas, vela, pez, clavos y estopa,
Los cuatro dió con que compró su ofensa.

SAAV. ¡ Desdichado de aquel que acaso topa
Contigo, Pedro; y tú más desdichado,
Que así codicias la cristiana ropa!

En peligroso golfo has engolfado
Tu barca, de mentiras fabricada,
Y en ella tú serás solo anegado.

PEDRO. La de Noé, que está bien ancorada
En las sierras de Armeña, sería buena,
Si no vale la mía acaso nada,

Ó quizá nos llevara á sierra ó breña;
Pero por cuatro escudos, buena es ésta,
Si acuden otros cuatro á caer carena,

Ajenos pies han de subir la cuesta
Agria de mi trabajo, y yo, holgando,
Haré gasajo, regocijo y fiesta. —

¿Qué piensas Saavedra?

SAAV. Estoy pensando
Cómo se echa á perder aquí un cristiano,
Y más mientras va más empeorado.

Cautivo he visto yo que da de mano
Á todo aquello que su ley le obliga,
Y vive á veces vida de pagano.

Á otro le avasalla su fatiga,
Y en Dios y en ella ocupa el pensamiento,
La abraza y la quiere como amiga;

Y de ti sé que tienes el intento
Holgazán, embaidor y codicioso,
Fundado sobre embustes sin cimientto.

Tarde habrás libertad.

PEDRO. Estás donoso;
Antes la tengo ya cierta y segura,

Sino que estoy un poco vergonzoso.

Pienso mudar de nombre y vestidura,
Y llamarme Mamí.

SAAV. ¿Renegar quieres?

PEDRO. Sí quiero, más entiende de qué hechura.

SAAV. Reniega tú del modo que quisieres :
Que ello es muy gran maldad y horrible culpa,
Y corresponde mal á ser quien eres.

PEDRO. Bien sé que la conciencia ya me culpa;
Pero tanto el salir de aquí deseo,
Que esta razón daré por mi disculpa.

Ni niego á Cristo, ni en Mahoma creo :
Con la voz y el vestido seré moro,
Para alcanzar el bien que no poseo.

Si voy en corso, séme yo de coro
Que en tocando en la tierra de cristianos,
Me huiré, y aun no vacío de tesoro.

SAAV. Lazos son esos codiciosos, vanos,
Con que el demonio tienta fácilmente
Con el alma ligarte pies y manos.

Un falso bien se muestra aquí aparente,
Que es tener libertad, y en renegando,
Se te irá el procurarla de la mente;

Que siempre esperarás el modo y cuando,
Este año no, el otro será cierto;
Y así lo irás por años dilatando.

Tiéneme en estos casos bien experto
Muchos que he visto con tu mismo intento,
Y á ninguno llegar nunca á buen puerto;

Y puesto que llegases, ¿es buen cuento
Poner un tan inorme y falso medio
Para alcanzar el fin de tu contento?

Daño puedes llamarle tal remedio.

PEDRO. Si no puede esperarse, ni es posible,
De mi necesidad otra salida

Para alcanzar la libertad gozosa,
¿Es mucho aventurarse algunos días
Á ser moro no más de en la apariencia,
Si con esta cautela se granjea

La amada libertad que va huyendo?

SAAV. Si tú supieses, Pedro, á dó se extiende
La perfección de nuestra ley cristiana,

Verías cómo en ella se nos manda
Que un pecado mortal no se cometa
Aunque se interesase en cometerle
La universal salud de todo el mundo.
Pues, ¿cómo quieres tú, por verte libre
De libertad del cuerpo, echar mil hierros
Al alma miserable, desdichada,
Cometiendo un pecado tan inorme
Como es negar á Cristo y á su Iglesia?

PEDRO.

¿Dónde se niega Cristo ni su Iglesia?
¿Hay más de retajarse, y decir ciertas
Palabras de Mahoma, y no otra cosa,
Sin que se miente á Cristo y á sus santos?
Ni yo le negaré por todo el mundo;
Que acá en mi corazón estará siempre,
Y él sólo el corazón quiere del hombre.

SAAV.

¿Quieres ver si lo niegas? está atento :
Fingete ya vestido á la turquesca,
Y que vas por la calle, y que yo llevo
Delante de otros turcos, y te digo :
« ¡ Sea loado Cristo, amigo Pedro !
¿No sabéis cómo el martes es vigilia,
Y que manda la Iglesia que ayunemos? »
Á ésto, dime, ¿qué responderías?
Sin duda que me dices mil puñadas,
Y dijese que á Cristo no conoces,
Ni tienes con su iglesia cuenta alguna,
Porque eres muy buen moro, y que te llamas,
No Pedro, sino Aydar ó Mahometo.

PEDRO.

Eso haríalo yo, mas no con saña,
Sino porque los turcos que lo oyesen
Pensasen que pues d'ello me pesaba,
Que era perfecto moro, y no cristiano;
Pero acá en mi intención, cristiano siempre.

SAAV.

¿No sabes tú que el mismo Cristo dice :
« Aquel que me negare antes los hombres,
De mí será negado ante mi Padre;
Y el que ante ellos á mí me confesare,
Será de mí ayudado ante el eterno
Padre mío? » ¿Es prueba esta bastante,
Que te convenza y desengañe, amigo,
Del engaño en que estás en ser cristiano

Con sólo el corazón, como tu dices?
 Y ¿no sabes también que aquel arrimo
 Con que el cristiano se levanta al cielo,
 Es la cruz y pasión de Jesucristo,
 En cuya muerte nuestra vida vive,
 Y que el remedio para que aproveche
 Á nuestras almas el tesoro inmenso
 De su vertida sangre por bien nuestro,
 Depositado está en la penitencia,
 La cual tiene tres partes esenciales
 Que la hacen perfecta y acabada :
 Contrición de corazón la una,
 Confesión de la boca la segunda,
 Satisfacción de obras la tercera?
 Y aquel que contrición dice que tiene,
 Como algunos cristianos renegados,
 Y con la boca y con las obras niegan
 Á Cristo y á sus santos, no la llares
 Aquélla contrición, sino un deseo
 De salir del pecado, y es tan flojo,
 Que respetos humanos le detienen
 De ejecutar lo que razón le dice :
 Y así con esta sombra y apariencia
 D'este vano deseo, se les pasa
 Un año y otro, y llega al fin la muerte
 Á ponerle en perpetua servidumbre
 Por aquel mismo modo que él pensaba
 Alcanzar libertad en esta vida.
 ¡ Oh, cuántas cosas puras, excelentes,
 Verdaderas sin réplica, sencillas,
 Te pudiera decir, que hacen al caso,
 Para poder borrar de tu sentido
 Esta falsa opinión que en él se imprime !
 Mas el tiempo y lugar no lo permite.

PEDRO. Bastan las que me has dicho, amigo, bastan,
 Y bastarán de modo que te juro
 Por todo lo que es lícito jurarse,
 De seguir tu consejo, y no apartarme
 Del santísimo gremio de la Iglesia
 Aunque en la dura esclavitud amarga
 Acabe mis amargos tristes días.

SAAV. Si á ese parecer llegas las obras,

El día llegará, sabroso y dulce,
Do tengas libertad; que el cielo sabe
Darnos gusto y placer por cien mil vías
Ocultas al humano entendimiento;
Y así no es bien ponerse en contingencia
Que por sola una senda y un camino
Tan áspero, tan malo y trabajoso,
Nos venga el bien de muchos procurado,
Y hasta aquí conseguido de muy pocos.

PEDRO. Mis obras te darán señales ciertas
De mi arrepentimiento y mi mudanza.

SAAV. El cielo te dé fuerzas y te quite
Las ocasiones malas que te incitan
A tener tan malvado y ruin propósito.

PEDRO. El mismo á ti te ayude, cual merece
La sana voluntad con que me enseñas.
Adiós, que es tarde, adiós.

SAAV. Adiós, amigo.

Sale el REY con cuatro turcos.

REY. De ira y de dolor hablar no puedo,
Y es la ocasión de mi pesar insano
El ver que don Antonio de Toledo
Ansí se me ha escapado de la mano.
Los arraces, sus amos, con el miedo
Que yo no les tomase su cristiano,
Á Tetuán con priesa lo enviaron,
Y en siete mil ducados le tallaron.

¿Un tan ilustre y rico caballero
Por tan vil precio distes, vil cãnalla?

¿Tanto os acudiciastes al dinero?

¿Tan grande os pareció que era la talla,

Que le añadistes otro compañero,

El cual sólo pudiera bien pagalla?

Francisco de Valencia ¿no podía

Pagar sólo por sí mayor cuantía?

En fin, favorecióles la ventura,

Que pudo más que no mi diligencia;

Que esta es la que concerta y asegura

Lo que no puede hacer humana ciencia.

Conocieron el tiempo y coyuntura,

Y huyeron de no verse en mi presencia;

Que si yo á don Antonio aquí hallara,
Cincuenta mil ducados me pagara.

Es hermano de un conde, y es sobrino
De una principalísima duquesa,
Y en perderse, perdió en este camino
Ser coronel en una ilustre empresa.
Airado el cielo, se mostró y benino
En hacerle cautivo y darse priesa
Á darle libertad por tal rodeo,
Que no pudo pedir más el deseo.

Pero pues ya no puede remediarse,
El tratar más en ello es excusado;
Mirad si viene alguno á querellarse.

MORO. Señor, aquí está Izuf el renegado.

REY. Entre, con intención de aparejarse
Á obedecer en todo mi mandado;
Si no, á fe que le trate en mi presencia
Cual merece su necia inobediencia.

Entra IZUF.

REY. ¿Dónde están tus cristianos?

IZUF. Allí fuera.

REY. ¿Cuánto diste por ellos?

IZUF. Mil ducados.

REY. Yo los daré por ellos.

IZUF. No se espera
De tu bondad agravios tan sobrados.

REY. ¿En esto me replicas?

IZUF. Da siquiera
Algún alivio en parte á mis cuidados.
El esclavo te doy, Rey, sin dinero,
Y déjame la esclava, por quién muero.

REY. ¿Tal osaste decir, oh, moro infame? —

Llevalde abajo, y dalde tanto palo,
Hasta que con su sangre se derrame
El deseo que tiene torpe y malo.

IZUF. Dame, señor, mi esclava, y luego dame
La muerte en fuego, á hierro, á gancho en palo.

REY. Quitádmeme delante, acabad presto.

IZUF. ¿Por pedirte mi hacienda soy molesto?

Sacan fuera á IZUF á empujones, y entran luego dos alárabes con EL CRISTIANO que se huyó que asieron en el campo, y estos dos moros dicen al REY: « Alicum Zalema, lultam adereimi guaharan cal cul ».

- REY. ¿Adónde vas, cristiano?
- CRIST. Procuraba.
- Llegarme á Orán, si el cielo lo quisiera.
- REY. ¿Adónde cautivaste?
- CRIST. En el Almadraba.
- REY. ¿Tu amo?
- CRIST. Ya murió, que no debiera,
Pues me dejó en poder de una tan brava
Mujer que no la iguala alguna fiera.
- REY. ¿De España eres?
- CRIST. En Málaga nacido.
- REY. Bien lo muestras en ser así atrevido.
¡Oh, Zujara Caur! Dalde seiscientos
Palos en las espaldas muy bien dados,
Y luego le daréis otros quinientos
En la barriga y en los pies cansados.
- CRIST. ¿Tan sin razón ni ley tantos tormentos
Tienes para el que huye aparejados?
- REY. Cito, cifuti brequedi, atalde,
Abrilde, desollalde y aun matalde.

(Átanle con cuatro cordeles de pies y manos y tiran cada uno de una parte, y dos le están dando, y de cuando en cuando el cristiano se encomienda á Nuestra Señora, y el REY se enoja y dice en turquesco una cólera : « Laguedi denicara bacinaf, á la testa, á la testa », y está diciendo mientras le están dando :)

No sé qué raza es esta d'estos perros
Cautivos españoles : ¿Quién se huye?
Español. ¿Quién no cura de los yerros?
Español. ¿Quién comete otros mil yerros?
Español. ¿Quién hurtando nos destruye?
Español : que en su pecho el cielo influye
Un ánimo indomable, acelerado,
Al bien y al mal contino aparejado.

Una virtud en ellos he notado :
Que guardan su palabra sin reveses,
Y en esta mi opinión me han confirmado
Dos caballeros Sosas, portugueses;
Don Francisco también la ha asegurado
Que tiene el sobrenombre de Meneses,
Los cuales sobre su palabra han sido
Enviados á España, y la han cumplido.
Don Fernando de Ormaza también fuese

Sobre su fe y palabra, y así ha hecho,
 Un mes antes que el término cumpliese;
 La paga, con que bien me ha satisfecho :
 De darlos libertad un interese
 Se sigue tal que dobla mi provecho;
 Que como van sobre su fe prendados,
 Les pido los rescates tres doblados.

Y éste dalde á su amo, y llamad luego
 Un cristiano de Izuf, que está allí fuera
 Que quiero que granjee su sosiego,
 Por ver si mi opinión es verdadera,
 De pérdida y ganancia es este juego.

MORO. Señor, del bien hacer siempre se espera
 Galardón, y si falta en este suelo
 La paga, se dilata para el cielo.

Entran AURELIO y dícele el REY.

REY. Ya sé quién eres, cristiano,
 Tu virtud, valor y suerte,
 Y sé que pronto has de verte
 En el patrio suelo hispano.

Esta Silvia ¿es tu mujer?

AURELIO. Sí, señor.

REY. ¿Y adónde ibas
 Cuando en las ondas esquivas
 Perdiste todo el placer?

AURELIO. Yo se lo diré, señor,
 En verdaderas razones;
 De otro Rey y otras prisiones
 Fuí yo esclavo, que es amor.
 D'esta Silvia enamorado
 Anduve un tiempo en mi tierra,
 Y la fuerza d'esta guerra
 Me ha traído á este estado.

Á su padre la pedí
 Muchas veces por mujer,
 Pero nunca á mi querer
 Sólo un punto le rendí;
 Y viendo que no podía
 Por aquel modo alcanzalla,
 Determiné de roballa,
 Que era la más fácil vía.

Cumplí en esto mi deseo.
Y pensando ir á Milán,
Trújome el hado al afán
Y esclavitud, do me veo.

REY.

No pierdas la confianza
En esta vida importuna,
Pues sabes que de fortuna
La condición es mudanza.

Yo te daré libertad
Á tí y á Silvia al momento,
Si tienes conocimiento
De pagar tal voluntad.

Mil ducados he de dar
Por los dos, y sólo quiero
Que me déis dos mil; empero,
Habéismelo de jurar;

AURELIO.

Y así sobre vuestra fe
Os partiréis luego á España,
Señor, á merced tamaña
¿Qué gracias te rendiré?

Yo prometo de enviallos
Dentro de un mes, sin mentir,
Aunque los sepa pedir
Por Dios, ó si no hurtallos,

REY.

Pues luego os aparejad,
Y la primer saetía
Tomad de España la vía;
Que á los dos doy libertad,

AURELIO.

El suelo y cielo te trate
Cual merece tu bondad.
Y toma mi voluntad
Por prenda de mi rescate;
Que yo perderé la vida
Ó cumpliré mi palabra;
Que este bien ya es carba y labra
En mi sangre bien nacida.

MORO.

Señor, un navío viene.

REY.

¿De qué parte?

MORO.

De Occidente.

REY.

Mejor es que no de Oriente.

¿Es de gavia?

MORO.

Gavia tiene.

REY. Debe ser de mercancía.

MORO. Podría ser aunque se sueña.
Que la mercancía es buena.

REY. Si es limosna...

MORO. ^{MORO} Si sería.

REY. Vamos. — Tú, Aurelio, procura
Tu partida, y ten cuidado
De aquello que me has jurado.

AURELIO. Crezca el cielo tu ventura.

(Éntranse el REY, y queda AURELIO solo.)

Gracias te doy, eterno Rey del cielo.
Que tan sin merecerlo, has permitido
Que por la mano de quien más temía,
Tanto bien, tanta gloria me viniese.

Entra FRANCISCO y dice :

FRANCIS. Albricias, caro Aurelio; que es llegado
Un navio de España, y todos dicen
Que es de limosna cierto, que en él viene
Un fraile trinitario cristianísimo,
Amigo de hacer bien y conocido,
Porque ha estado otra vez en esta tierra
Rescatando cristianos, y da ejemplo
De una gran cristiandad y gran prudencia.
Su nombre es fray Juan Gil.

AUREL. Mira no sea
Fray Jorge de Olivar, que es de la Orden
De la Merced, que aquí también ha estado,
De no menos bondad y humano pecho;
Tanto, que ya después que hubo expendido
Bien veinte mil ducados que traía,
En otros siete mil quedó empeñado,
¡Oh, caridad extraña! ¡Oh, santo pecho!

Entran tres esclavos, asidos en sus cadenas

ESC. 1.º ¡Qué buen día, compañeros!
La limosna está en el puerto.
Mi remedio tengo cierto,
Porque aquí me traen dineros.

ESC. 2.º No tengo bien ni le espero.
Ni siento en mi tierra quien
Me pueda hacer algún bien.

ESC. 3.º Pues yo no me desespero.

FRANCIS. Dios nos ha de remediar;
Hermanos, mostrad buen pecho;
Que el Señor, que nos ha hecho,
Nos nos tiene de olvidar.

Roguémosle, como á Padre,
No vuelva á nuestra mejora,
Pues es nuestra intercesora
Su Madre, que es nuestra madre.

Porque con tan santo medio
Nuestro bien está seguro;
Que ella es nuestra fuerza y muro,
Nuestra luz, nuestro remedio.

Echan todos las cadenas al suelo, hincándose de rodillas, y dice el
ESCLAVO 1.º :

ESC. 1.º Vuelve, Virgen Santísima María,
Tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
Á los tristes que lloran noche y día,
Y riegan con sus lágrimas el suelo;
Socórrenos, bendita Virgen pía,
Antes que este mortal corpóreo velo
Quede sin alma en esta tierra dura,
Y carezca de usada sepultura.

ESC. 2.º Reina de las alturas celestiales,
Madre y Madre de Dios, Virgen y Madre,
Espanto de las furias infernales,
Madre y Esposa de tu mismo Padre,
Remedio universal en nuestros males;
Si con tu condición es bien que cuadre
Usar misericordia, úsala agora
Y sácame de entre esta gente mora.

ESC. 3.º En vos, Virgen dulcísima María,
Entre Dios y los hombres medianera,
De nuestro mar incierto cierta guía,
Virgen, entre las vírgenes primera;
En vos, Virgen y Madre, en vos confía
Mi alma, que sin vos en nadie espera,
Que me habréis de sacar con vuestras manos
De dura servidumbre de paganos.

AUREL. Si yo, Virgen sagrada, he conseguido
De tu misericordia, un bien tan alto,

¿Cuándo podré mostrarme agradecido
Tanto, que al fin no quede corto y falto?
Recibe mi deseo, que subido
Sobre un cristiano obrar, dará tal salto,
Que toque, ya olvidado d'este suelo,
El alto trono del empireo cielo.

Y en tanto que se llega el tiempo y punto
De poner en efecto mi deseo,
Al ilustre auditorio que está junto,
En quien tanta bondad dicierno y veo,
Si ha estado mal sacado este trasunto
De la vida de Argel y Trato feo,
Pues es bueno el deseo que he tenido,
En nombre del autor, perdón le pido.

FIN DE LA COMEDIA